

Por las calles del mundo

Poli Délano

863. Ch Délano, Poli
D Por las calles del mundo.
Santiago de Chile: Editorial MAGO, 2009
232 p.; 20 cm.
ISBN: 978-956-317-0xx-x
1. Narrativa Latinoamericana.

© Copyright 2009, by Poli Délano
Primera edición: septiembre 2009
Colección: **Cuentos / Grandes Escritores**

Edita y distribuye: Editorial MAGO
Merced N° 22 Of. 403, Santiago de Chile
Tel/ Fax: (56-2) 638 6605 - 664 5523
editorial@magooeditores.cl
www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° xxx.xxx
ISBN: 978-956-317-0xx-x

Diseño y diagramación: Ricardo Barrios

Lectura y revisión: Sebastián Barros

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*
Derechos Reservados

Por las calles del mundo

Con los ojos abiertos por las calles del mundo

En una vida que ya va siendo larga, me ha tocado viajar un poco. Soy chileno nacido en España y he pasado períodos significativos en lugares como México (años de infancia y más tarde un exilio largo), Nueva York, en cuyos barrios, siendo adolescente, aprendí que los puños pueden ser bastante útiles en la vida; la China de Mao, donde viví un periodo de importante aprendizaje, Suecia, Francia. Pero además, entre las vagancias juveniles y los viajes maduros como escritor invitado, pude conocer Japón, Hong Kong cuando aún era colonia inglesa, Rusia (entonces Unión Soviética), diversas partes de Africa, especialmente las zonas selváticas que circundan el volcán Kilimanjaro, que tanto gustaba a Hemingway.

Creo que en todos mis libros de cuentos hay historias que transcurren en alguno de esos lugares, porque en cada uno de ellos me pasó algo, conocí a alguien singular, viví cierta experiencia crucial, me asombré, crecí. Las historias de **Por las calles del Mundo** se mueven en esos escenarios: Estocolmo, Kyoto, Cuernavaca, Moscú, ciudad de México, Guanajuato, París, Nairobi, Nueva York, pero el protagonista, el ojo que observa el mundo y calibra las cosas es siempre un chileno de paso que deambula muy abierto a vivir lo que se le cruce en el camino.

De manera que éstos son los cuentos que, tomados de mis diversos libros y escritos en diferentes momentos de la vida, integran este volumen. Incluí a Chile debido a que también en sus rincones puedo de pronto sentirme como un forastero.

El título elegido no es propiamente un plagio, pero anda cerca. Luis Enrique Délano tenía en mente usarlo para un libro que recogiera sus múltiples crónicas de viaje. No alcanzó a hacerlo. Quiero agregar que mi padre había sacado estas palabras del tango «Garras», que le gustaba mucho y que a mí también me gusta. *No pude más en mi afán por llegar, era un duende errabundo / que se perdió sin poderte encontrar POR LAS CALLES DEL MUNDO.* Así dice. A la memoria de mi padre dedico este conjunto.

Poli Délano

EN JAPÓN

Como buen chileno

A veces, igual que cuervos mal paridos acechan recuerdos vergonzantes como ahora mientras espero el desayuno escuchando noticias de Japón y entonces metido entre la fila de multicolores jeroglíficos luminosos de la calleja estrecha y bullanguera bajo el torturante calor de un verano como todos, otra vez esa sensación de que se ha pasado el límite y no se puede volver atrás, de haber caminado más de la cuenta igual que durante aquella fiesta en Santiago en la primavera de los jaleos cuando después de los disfraces, después del vino, has pasado la baranda del balcón en el segundo piso y estás no atreviéndote a saltar mientras abajo todos aguardan expectantes y alguien te grita que ya, pues, que hasta cuándo y ya sabes que de todas maneras vas a tirarte, que aunque tengas que sujetarte el potito con las dos manos no piensas echarte atrás, y lo mismo también que cuando muy orondo trepas, trepas y caminas hasta hallarte en la punta cimbreada del último tablón de la piscina cordillerana mirando hacia abajo en el agua, tan lejos a Patricia, tu novia, que seguro ha de temblar de excitación y sabes que no puedes salir de ahí por la escalerilla, así mismo, ahora, encerrado entre las dos hileras de bares hay algo también que me asusta, porque no es mía la culpa de tener pinta de gringo aunque sí la es de estar vagando por un país donde los gringos la pegan poco y donde mi buen romance serviría apenas para no aclarar nada y si quisiera expresarme, comunicarme con los hipotéticos agresores,

tendría que echar lengua del inglés empeorando quizás las cosas, algo que a la vez me inquieta y me irrita porque qué carajos tengo yo que ver con que el señor presidente don Dwight Eisenhower, Ike, como le llaman, esté empeñado como mula en venir y los japoneses para impedirselo formen todas las tardes sus gigantescas culebras callejeras recordando Nagasaki, enardecidos hasta la hostilidad con cualquier gringo que vaya pasando y para qué putas tendré facha de gringo, pero cuando la iridiscencia de uno de los rótulos me muestra debajo de los jeroglíficos escarlatas las palabras «*Latín Música Bar*», tales como aquí las transcribo, siento el relajamiento de quien encuentra parte de su casa y, lo mismo que al dar el salto hacia el agua esmeralda con los ojos bien cerrados, abro la puerta, me asomo, y lo primero que oigo es a los Tabajaras cantando esa samba como del 51 de *tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar* y me sacude rápido el recuerdo nervioso de Patricia y me digo que tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar, pero siempre que yo deje de caminar por estos países de las antípodas y retorne con mi mochila al hombro a caminar por Santiago, por Ñuñoa, por Avenida Suecia, que de seguro ella todavía está allí, sin moverse de su calle sombreada por viejos plátanos orientales, pero total, eso puede ser más adelante también, para qué nos va a volver a juntar tan luego y, después de todo, para qué caminando también, porque ella fue la que no quiso seguirme y yo, no me digan nada, dele y dele vuelta, como buen chileno, y aquí estamos entrando a un bar que en este instante llena los últimos poros de su atmósfera con las guitarras y las voces nostálgicas de ese par de indios que hace añitos pasaron de moda.

—Un *high-ball* —le digo a la dulce cara de almendra que me atiende. Ella me habla algo en japonés. Pongo cara de idiota y le explico: *Scotch and water and ice*. Ella muy sonriente me dice con la mano que no entiende ni jota, que espere, y enseguida se retira. El bar es occidental de corte. Un mesón y pequeñas mesas dispuestas por toda la sala dividida en dos niveles de piso. Las paredes están tapizadas con afiches de México, Perú, Guatemala, y con fotografías de palmeras cubanas, de bigotudos rostros morenos, de hermosos ojos negros (grandes y brillantes como los de Patricia), de canoas mariposeantes en el lago Pátzcuaro, y después de *Caminando* no siguen los Tabajaras punceteando la memoria, pero viene desde el tocadiscos otro dardo y cierro los ojos para olvidar el contorno y es casi como si estuviera en Chile, en el mismo Santiago, en la pensión de Riquelme preparando un examen, o tocando la armónica, o tirándome a la dueña, cuando escucho después de tanto tiempo, en este bar surgido de una droga, la voz maricona, aterciopelada y dulcemente cursi de Lucho Gatica pidiéndole al reloj que detenga su camino. Cara de Almendra vuelve con un joven más joven que yo. Él me saluda con una reverencia y en un inglés bastante mediocre me pregunta si hablo el español. ¡A mí! ¡En un bar de una calleja perdida en una ciudad que ya ni siquiera es la capital!

—Sí...

—La señorita quiere saber qué va a tomar.

—Un *high-ball*.

Cuando él le explica, Cara de Almendra me mira asintiendo y luego vuelve a retirarse.

—¿Usted ha estado en América, es hijo del dueño? —le pregunto. Me dice que no—. ¿Dónde aprendió español? ¿Por qué no se sienta?

Se sienta, dice que no habla muy bien, que es estudiante de español en la Universidad de Nara.

—Venga a nuestra mesa —dice—. Mi amigo habla mejor que yo.

Entonces como buen chileno pienso entre exclamativos que ya las paré, que son un par de caza turistas lanzando el cebo con el anzuelo listo para agarrar, dispuestos a dar golpes de sable hasta estrujarme el último dólar, a tomar y divertirse a costa mía y capaces hasta de asaltarme sin tapujos cuando ya me vean dando vueltas como un trompo perdiendo la fuerza al terminar la noche mientras ande como un idiota buscando el hotelucho de la estación donde he tomado una pieza. Pero también como buen chileno acepto y diciéndome «ojo, gallito, despacio por las piedras», sigo a mi nuevo compañero hasta una mesa medio metro más abajo, donde un tipo bastante corpulento para japonés se levanta a saludarme y luego me hace las preguntas de rutina en un español más fluido que el de su amigo, mientras viene llegando Cara de Almendra con mi trago y reparo en que los dos compinches están a pura cerveza y les invito a un *Scotch* diciéndome con frialdad que será la única atención que les prodigue y que no podré permitirme ni un pequeño mareo, porque mi dinero lo llevo en el bolsillo de la campera de algodón prendido con un alfiler de gancho y los vivos nunca ignoran esas tretas y bueno, ya veremos, y el sudor nos sale a todos a raudales por la frente y el cuello y las axilas y hacemos el primer brindis justo cuando Pedro Vargas se manda *Adiós Mariquita linda*.

Y ya más o menos por el cuarto *high-ball*, también como buen chileno, sabes que estás llegando a la raya porque la lengua se pone un poco torpe y vas sabiendo que la raya está cerca, pero que no cejarás antes de pasarla, que esta noche seguirás tomando hasta que las velas no ardan con ese par de tipazos formidables y risueños y cantarines que cuando tú has querido pagar la primera vuelta —tu única—, te han dicho «nonnes», porque eres el huésped chileno y están felices de tenerte y todo corre por cuenta de ellos sin discusión y, claro, como buen chileno que eres también, calculas que si ellos pagan todo ahora es de seguro porque estarán pensando que después podrán bolsearte una semana entera, pero se van a joder, los vas a cagar de adentro, porque, primero, no vas a estar más que dos días y, segundo, no dejarás que te encaminen al hotel ni les darás tus señas, de modo que, pero la cabeza ya te está echando burbujas y palmoteas a Junichiro, el grueso, y le preguntas si acaso cree en brujas o si no, que cómo mierda se explica que un chileno solo, después de una punta de días sin hablar con nadie, se mete a un bar de Kyoto, en una porquería de calle, y encuentra a dos tipos que hablan su propio idioma, uno que estudia el teatro de Lope y el otro que ya egresó titulándose con una tesis sobre los estados económicos de tu propio país y que habla de cobre, de salitre, de papas, y del norte y el sur, y que sabe una montonera de cosas que tú ignoras, como buen chileno, y que toma como tú y conoce hasta algunas de tus canciones y cuando tras mucho Gatica y Vargas y Los Panchos y mucho whisky, somos casi los únicos clientes en el local, te dice ahora vamos donde yo sé y gritonea una frase en japonés y en rápida sucesión llega la

cuenta, paga sin que tú alegues y están ya de pie y tú miras a la camarera y la enfocas más o menos y le pones suavemente la palma de tu mano sobre la mejilla y le dices «adiós, carita de almendra» mientras ella sonríe como si quedara muy feliz, y el más joven, Ikuo, te hace un guiño y te anuncia que ahora van donde hay muchachas y entonces piensas que ahora sí, que ahora sí que viene la cosa y palpas en tu bolsillo el rollo de billetes prendido con el alfiler de gancho, pero adelante, mierda, que como buen chileno vas a la pelea, porque venga lo que venga, con uno siempre cuentan.

—Tú me enseñas una canción de tu país: yo te enseño una canción de *mi* país.

Y las caritas de almendras, todas idénticas salvo la sin kimono, fascinadas con este tipo que viene de mundos que ni siguiera de oídas les han llegado, a no ser por uno que otro terremoto, al que le sonríen y colman de atenciones y buenos tratos y que como chileno de primera, ya los tiene —a Junichiro y a Ikuo— en fila repitiendo frase por frase y anotando en servilletas de papel *Qué grande que viene el río* mientras una y otra cerveza van pasando y entre ensayo y ensayo este pechito ya se ha estado conversando a la tirada a occidental y hasta se han otorgado como a la disimulada un par de cariñitos y en un inglés bien chapuceado ella le ha dicho que mejor mañana y él «*tonight we go together*» y ella le ha insistido, entre unos suaves besuqueos, en que mañana, bueno y también *qué grande se va a la mar*, ah, mierda, ¿ésa no la conocías, por mucho que se las vengan a dar aquí? y pasan, pasan las botellas y cuando soy yo el que

repite frase a frase y anota en su libreta una vieja canción de cuna *Odonga ichín chuté, aga naite kurioka* que tiene poco de cuna en las palabras y menos —a mi oído degenerado por los Presleys— en la música *Si yo muero en campaña ¿quién me llora?* y como soy afinadito, las notas las voy dando, para gran complacencia de las japonesitas y en especial de Kochio-san, que así le dicen a mi dulce amada, o enamorada, o enamorada, y como no es difícil pronunciar el japonés, le voy dando y dando *oranu matsuyama* hasta aprenderla *semigá nakú* o *en el monte la cigarra te llora*, aprenderla bien y cuando después de otra cerveza nos levantamos y las piernas las tengo medio enmohecidas de la posición budesca sobre el *tatami* en torno a la mesita, y tomándonos los tres por los hombros la cantamos de un viaje, la cosa es el despiporre y cuando después de nuevo los tres el «Río, río», a poco que no me largo a llorar y a enseñarles paso a paso la canción nacional con sus campos de flores bordados y todo, y sin que se me haya permitido aportar un solo *yen* al pago de la cuenta vamos partiendo y Kochio-san me vuelve a decir que no, pero me requetejura que en la mañana entrará en mi pieza y me ventilará con su abanico hasta que despierte y yo le pregunto a fuerza de guiños si acaso cuando despierte va a estar desnudita y me jura y me rejura que sí y las diez cuadras oscuras que luego caminamos hasta la estación se me hacen pesadillas grises y negras y sigámosle metiendo al canto y al sudor, que es un verano como todos y el calor no afloja ni cuando los gallos, como ahora, se lanzan sus primeras alharaqueadas y frente al hotelucho mis amigos sonríen y yo palpo el rollito de billetes por fuera de la tela y ahí estamos para despedirnos de una noche el descueve.

—Este hotel no muy bueno —me dice Junichiro.

Le lanzo un gesto como de que a quién le importa que sea bueno o no el hotel, que qué más da. La noche empieza a levantarse.

—Mañana vendré —dice Ikuo— y si te parece puedes ir a mi casa. Tenemos otra cama.

Le digo que sí, que desde luego y me promete también llevarme a conocer todo lo mejor de Kyoto, los templos, los barrios, y el grandulón Junichiro me dijo que como por el día trabaja, sólo después de las seis se podrá encontrar con nosotros y, total, decidí quedarme mis dos días y tres más y tiramos el programa entero para la semana y finalmente nos despedimos y les dije una y otra vez «*sayonara*» y me fui a acostar, pensando que a la mañana siguiente iría Kochio-san a echarme aire con su abanico, y recordé que en toda la noche no había gastado ni un solo cobre y entonces, me cayó la chaucha: seguro que era ésa la táctica: la primera vez, pagarlo ellos todo; después, métale sable con el turista. Mañana, pues, empezaba la cosa, pero conmigo no, me dije, a mí no me iban a venir a meter goles tan jauja, porque como buen chileno, a vivo no me la gana nadie.

Y así, después de todo, fui capaz de desconfiar casi hasta lo último de dos tipos que cuando un rollito de dólares tenía que aguantarme muchas vueltas antes del regreso, no me dejaron pagar ni el boleto del tranvía y que al despedirme después de una semana en el andén me deslizaron en el bolsillo un sobre con unos cuantos yenes y unas letras tiernas y solidarias que como chileno de los mejores nunca contesté.

EN SUECIA

Nadie en Shepargatan

Golpeando suavemente la pipa en un costado del escaño, para deshacerse del tabaco quemado, el hombre se decidió por fin a hablar:

—Usted de seguro entiende inglés —dijo—, como todos los de aquí. Si quiere, no me conteste. Sólo déjeme decirle que la encuentro bastante atractiva y que me gustaría mucho ir a la cama con usted.

Ella mostró más el verde ambarino de sus ojos y luego pareció querer mirarlo sin sorpresa, como si en realidad el tipo hubiera dicho poco. Arrastrando la parka hacia su regazo, desvió la vista en dirección a los barcos. Algunas gaviotas planeaban sobre el paseo de Strandvägen y graznaban quizás alegres, como saludando este día inicial de primavera que Dios enviaba tras las tardías nieves de abril. Volvió a mirar al hombre, como si hubiera descubierto algo.

—¿De veras? —le dijo—. Debe tener méritos muy importantes para comportarse así. ¿Tiene alguno especial? ¿Obtuvo el Premio Nobel? ¿Actor de películas?

Él le clavó con fuerza los ojos y, entreabriendo los labios, estiró una especie de sonrisa triunfal, como si ya hubiese ganado la pelea.

—La tengo enorme —dijo, dejando caer la vista hacia sus entrepiernas.

Ella se atragantó en un gesto como de escupir.

—Esa película la he visto muchas veces, ya pasé los veinte años. Por qué no trata de inventar un argumento más sólido.

—Bueno —dijo él—, a veces soy poeta.

Recordó los pocos versos que en ciertas ocasiones había escrito. Unos cuando recién conoció a Nina en Valparaíso, ya muchas épocas atrás. «Llegó la luz montada de a caballo». Otros, dictados con vehemencia por el entusiasmo del proceso, allá lejos, cuando el pueblo se tomó las calles y quiso trabajar cantando. Los más, generados en el fondo del dolor cuando mataron a Jaime y Malva y desapareció el *nietepín*, como llamaban al rubiecito de rizos dorados.

—¡Qué asco! —dijo ella—. Ya conocí a varios poetas. Son un asco. Te miran con ojos acuosos y solicitud de perros, sin siquiera haberse afeitado. Cuando les llegas a dar el sí, se ponen tan contentos, que beben hasta nublarse por completo y tenerlo todo, de arriba abajo, todo, demasiado lánguido. A la mañana siguiente, igual que si se hubieran comportado como héroes, pretenden que les prepares desayuno. Me voy, no me interesas. ¡Poeta!

—Espera, no te largues todavía. Dame tu mano... ¿Cómo te llamas? Toca.

Ella se dejó llevar y palpó como si estudiara la calidad de un casimir.

—Eres un degenerado. Me llamo Inger. ¿Te gusta beber?

—Sí, me gusta. Me gusta mucho. Pero siempre bebo después, ¿comprendes? Al revés de los poetas.

—Bueno, ¿y si te dijera que sí?

—Lo pasaríamos bien.

—¿Dónde?

—Vengo de fuera. Quizás eso lo puedas arreglar tú.

—Claro, yo. Eres increíble. La única posibilidad sería mi departamento. Peter no llega hasta las siete.

—¿Tu hijo?

Uno de los barquitos blancos acababa de zarpar y dejaba una estela de brillo en la tranquilidad del agua. Silbó una sirena muy porteña, conocida, muy antigua.

—Mi marido. Él trabaja en las afueras. Sale de su turno a las seis, y tarda más de una hora en llegar a casa. Daría lo mismo que llegara o no. Siempre llega.

—Me gustaría. ¿Pero qué haré después de las siete?

—Lo que quieras. Me da igual. ¿Acaso no tienes dónde ir?

—Te dije: soy de fuera.

—¿Qué quieres decir de fuera? ¿De dónde?

—De fuera, de fuera, qué importa. Vine a arreglar un asunto muy breve en esta ciudad y no conozco a nadie. Bueno, tal vez conozca, porque hay muchos compatriotas míos anclados por aquí. Pero no sé.

—¿Y lo arreglaste?

—Si te refieres al asunto, sí, de algún modo lo arreglé. No me preguntes.

—Cosas de dinero.

—Tal vez, no me preguntes.

—Bueno —se levanta—. Es sí o no, ¿vienes? Eras tú el que propuso.

—¿Y ahora?

—Yo también. Algo.

—¿Caliente?

—Más bien curiosidad.

—¿No te convenció mi argumento?

—Un poco. *Pas mal.*

—No querrás que me vaya a las siete. ¿Te arriesgas?

—Ningún riesgo. Y no es a las siete. Es antes. Deberé echarte de cualquier modo.

—Tienes una sonrisa preciosa, esos hoyuelos, aunque un tanto desencantada.

—¿Te parece poco?

—¿Qué cosa?

—Tener una sonrisa que sea

—Das la impresión de sufrir bastante.

—A veces sufro, ¿tú no?

—No.

—¿No?

—¡No!

Ella dijo que Estocolmo, pensarán lo que pensarán estos extranjeros que hoy en día solían llegar desde tantas partes, era una ciudad que sabía siempre derivar hacia metas tranquilas, sin vientos ni gran oleaje, cosa importante en épocas de confusión y violencia. Acercaron los pasos a la baranda de la costanera y echaron a caminar por Strandvägen, bajo gaviotas en el aire, a la izquierda de pequeñas embarcaciones. Primero no hablaban. Después, ella dijo algo:

—Eres un tipo raro —él la miró con cierta interrogación, sin sacar las manos de los bolsillos—. Nunca nadie me había abordado de esa manera. Tal vez estés loco.

—Tal vez, y no es para menos. A cualquiera se la doy —y le fue desenrollando su viaje a Suecia en busca del nieto, que los padres del chico estaban muertos, y había descubierto

su paradero después de mucho andar. Era ahora el hijo de un matrimonio sueco y ni siquiera hablaba español, un suequito hermoso, bastante risueño, de ojos grandes y brillantes, pero sueco, «hijo» de estos suecos ya un tanto maduros, buenas personas, cariñosos, solidarios, que allá abajo en el sur, vecinos de piso, lo habían recogido de la nada después que a él y a ella se los llevó la patrulla, a pocos días del gran asalto.

Tres años le había tomado el descubrimiento, seguir los pasos, disparar preguntas en tiempos en que no debe preguntarse y en que la gente, además, no contesta. Tres años de investigación hasta hoy mismo, la mañana en que decide mandar los tres años al tacho de la basura, el chico será feliz con ellos, será un sueco feliz y jamás sospechará siquiera historia de sangre que hay tras él —Oye —dijo, como poniendo punto final a su historia—, paremos —y al detenerse la abrazó con nervio y le dio un largo beso en la boca.

Ella se lo quedó mirando estremecida.

—Eres un salvaje —le dijo.

—Sí.

—¿Por qué te dejas derrotar?

—Terminemos con el tema.

—Aquí debemos doblar.

Era la calle Shepargatan y no había nadie en varias cuadras rumbo a Karlavagen.

—¿Sabes una cosa? Vivo un poco más allá, vamos a llegar.

—Qué bueno.

—¿Y sabes otra?

—No.

—Hoy es la noche de Walpurgis.

—¿De veras? Y mañana es Primero de Mayo.

—Ah, lo de los trabajadores. Aquí se hacen muchas manifestaciones.

—Y hoy las brujas y los demonios, la orgía desatada.

—Quizás eres comunista.

Él rió, mirándola a los ojos. Se detuvo y la detuvo. Le besó cada ojo. Ella forcejeó por separarlo.

—Los comunistas casi nunca se matan —dijo él—. Y yo pienso matarme.

—¿Qué dices?

—Mejor no hablemos de eso. No lo dije para ganar tu compasión.

—¿Matarte, por qué? Si los males tienen remedio, no te quejes. Si no lo tienen, pues tampoco, ¿para qué?

—¿Acaso me quejé?

—Pero no caigas en la tentación. La vida, a pesar de todo, no es tan fea.

—Es una mierda. Y además es «un cuento narrado por un idiota», no tiene sentido; si es que consideras que la única meta legítima pueda ser la felicidad.

—¿Fuiste feliz?

—Alguna vez.

No había nadie en Shepargatan, nadie, en toda la calle, cuando llegaron al edificio de Inger. Ella marcó los números de la clave y entraron. Subieron al tercer piso en un ascensor viejo y muy lento.

—¿Un café? —dijo Inger cuando ya estaban instalados en el living.

—Por qué no —dijo él.

Ella fue a la cocina y regresó con dos tazas y un termo. Sirvió.

Cuando dejaron las tazas vacías sobre la mesita de centro, él tomó la mano de Inger y después la besó, y ella se dejó todo, colaboradora y risueña. Fueron cayendo a la alfombra, se desnudaron el uno al otro, lucharon, gimieron, se lanzaron corazones con la risa, se miraron al fondo del alma, jadearon, se estremecieron a la vez y luego quedaron un largo rato quietos, lacios, mirando acezantes al cielo de la sala.

—Van a ser las seis treinta —dijo ella, clavando los ojos en un reloj de pared al que se le habían caído varios números—. Tienes que irte. Fue delicioso, pero tienes que irte.

—Está bien.

—¿Dónde irás?

—No lo sé.

—Me gustaría poder decirte que te quedarás.

—Gracias.

—Pero no puedo.

—Entiendo.

Ambos terminaban de vestirse y él preguntó por el baño. Cuando volvió, todo estaba otra vez en su lugar, como si nada hubiera pasado, o muy poco; la alfombra estirada, las tazas fuera de vista, la ropa puesta. Sólo un poquito de peinado le venía faltando a Inger.

—Bueno —dijo él—. Hasta la vista.

—Adiós —dijo ella—. Buena suerte.

Él abrió la puerta y la miró.

—Oye... —dijo Inger, poniéndose un dedo en la sien como si fuera una pistola.

—No te prometo nada. Ya sabes lo que pienso. Poca gente logra ser feliz, pero llegará el día.

—O sea que sí eres comunista —dijo ella.

Él puso cara de pregunta y le iba a responder algo, pero lo que respondió fue otra cosa, sonriendo:

—Sí, claro. Por supuesto.

Una vez en la calle, empezó a deshacer el camino hacia la costanera. Ni un alma perdida rondaba en la noche de Wapurgis por Shepargatan.

EN MÉXICO

Morir en Guanajuato

Se llamaba Leonor Andrade Sánchez dijo el guía mientras nosotros nos retorcíamos mirando estupefactos el único diente que asomaba del hueco bastante macabro de esa boca en gesto de dolor. Ella estaba de pie, al lado del doctor francés y alineada junto a las otras dentro de la vitrina. De su sexo arrugado subsistía únicamente la zanja que divide ambos montes semipoblados de largos vellos color café; sus piernas, desde el disminuido muslo, iban descendiendo hasta penetrar muy escuálidas (sólo huesos y piel seca amarillenta) en unas botas de cuero negro que habrán sido espléndidas en otra época, puesto que a pesar del dolor ella quiso ponérselas para ir hasta el salón a decirles a los demás que ya estaba bien y que su hijo vivía, que sí vivía, dijeran lo contrario, y que para que todos lo vieran con sus propios ojos ahí lo llevaba acunado en el brazo izquierdo, mientras el derecho sostenía en lo alto una mano empuñada en torno al mango de hueso de un cuchillo; botas que habrían caminado también los caminos del cielo y del amor, que habrían subido mil veces y bajado mil veces esas callejas estrechas donde a veces de balcón a balcón se besaba un par de enamorados infelices por la cruel imposición paterna de la dulce, pero no seamos: para que alguien nos entienda, sepamos primero nosotros mismos qué es lo que deseamos que se nos entienda, es decir, a todas luces y certeramente volvamos atrás y *ordenemos* bien las piezas del

rompecabezas: Leonor Andrade Sánchez seguía de pie junto al doctor francés, sin su hijito en el brazo, pero con el grueso hilo muy visible juntando sin escondrijos la carne de su vientre que el bisturí debió haber separado bajo la dirección de una mano quizás experta, quizás torpe, pero eso sí dueña del firme propósito de dar vida al hijo que se anhelaba, de lograr que a pesar de todo lo difícil, de todo lo que vendría (un año, otro y otro) aquellos pulmones diminutos recibieran el primer violento impacto de este aire malsano que no sólo porta oxígeno sino también la esencia del veneno, de asestarle el primer golpe sobre la tierra.

El feto de Leonor Andrade Sánchez continuó el guía *lo veremos más adelante, en la vitrina de los niños.*

Y siguió diciendo que el médico francés, ahí junto a la desdichada Leonor, era el único otro extranjero del museo, aparte de la china. El médico era un hombre alto. Podíamos notar que durante quizás los primeros días después de alcanzarlo la muerte, le había crecido una barba suave y rubia, y también —como excepción entre todas las que llevábamos vistas— que su mueca de horror parecía casi una sonrisa, pero no, explicaba el guía, no fuéramos a creer que las otras eran muecas de horror, no nos equivocáramos, ¿entendíamos?, tomáramos en cuenta que al ir deshidratándose los cadáveres, la piel del rostro se estira haciendo presión sobre la mandíbula inferior y recogiendo los labios, de modo que aunque el muerto hubiera muerto de la más plácida muerte, terminaba siempre por mostrar esa horrible mueca que sólo dejaba algunos dientes a la intemperie aunque era sí preciso recalcar que dos de las muecas de horror eran en efecto verdaderas: la del minero

que murió ahogado y la de la china, en cuya enagua, fijáramos bien, podía observarse el tajo y la mancha de sangre seca en torno a la herida ya sin vigencia que produjo al penetrar el cuchillo asesino, sí, viéramos, era una china joven, de esqueleto frágil, que a pesar de los veintidós años que llevaba en el museo y de los cinco que previamente estuviera enterrada en el panteón, seguía siendo joven, muy china, como si no quisiera prestarse a confusiones raciales, y como si se negara a envejecer. Porque eso sí, teníamos que saber, por ley el panteón les daba sepultura gratuita durante cinco años, pero transcurrido el plazo los muertos eran sacados si es que no había un ser sobre la tierra que quisiera pagar por la perpetuidad de su descanso. Era curioso, notáramos, que al no haber querido nadie financiarles la eternidad, se les hubiera eternizado de un modo mucho más poderoso, porque no a todos los que expulsaban de sus tumbas les tocaba el privilegio de entretener y asombrar a los ojos del mundo: a la mayoría los incineraban y entonces nos preguntáramos por qué misteriosos designios estaban juntos los presentes. ¿Acaso alguna fuerza había vuelto a unir a algunos de ellos después de la muerte para ilustrar el sinsentido que a veces significa vivir? y diferenciándose también del resto, los dos únicos extranjeros, quién sabe debido a qué dictados del pudor, eran también los únicos que seguían con sus vestimentas: ella con su enagua ensangrentada, tal como se hallaba cuando el flujo de sangre y la muerte se unieron en la misma sustancia. A él, en cambio, lo enterraron de chaquet y zapatos de charol y hasta viéramos la cadena de metal cruzándole el espacio que otrora ocupara su buena barriga.

Quién pudiera saber en qué fecha exacta un joven médico de Normandía, cansado del tedio de la provincia francesa, decidió tirarlo todo por la borda y abandonó a su es-posa y a sus cuatro pequeños para tomar el tren nocturno hasta Marsella, donde se embarcaría en un destartalado paquebot cuyo destino final era el puerto de Veracruz. Pero un día bien preciso sí sabemos que llegó a Guanajuato con un maletín donde llevaba sus implementos médicos y otro maletín donde llevaba su chaquet; de aspecto pobre, barba de varios días, y una dignidad que jamás lo abandonaba. Ese día era el 11 de febrero de 1937, según supimos por el patético diario de vida que nunca al parecer dejó de llevar Pai Li.

De pronto cruzaba la plazoleta frente a la Posada Obsidiana y se me apareció Gerard sentado en un banco, fumando su pipa... Cuando ya estuve muy convencida de que era él, aunque la verdad es que lo supe de sólo verlo debido al golpe que recibí, como una corriente eléctrica, después de tantos años, desde que nos dijo adiós a mí y a mi padre al pisar Veracruz, así, con toda naturalidad, igual que si nunca en el barco me hubiera herido con sus raros ojos penetrantes, a pesar de lo niña que entonces era yo. Me senté junto a él y suavemente posé una mano sobre su brazo. Los ojos se le iluminaron al mirarme y no dijo nada más que «ya eres toda una linda mujer».

Nos falla el acceso a muchas de las páginas que Pai Li habrá escrito desde que comenzó a llevar el diario hasta que la pluma fue deslizándose en él su última palabra, que mucho quisiéramos poder leer. Pero hay algunas cosas que nos logramos imaginar. Habiendo perdido a su padre cuando

ante la desesperanza éste quiso tentar mejores rumbos y se lanzó a cruzar nadando el río Bravo, Pai Li se dedicó con afán y mucho esfuerzo a encontrar un lugarcito en la vida. Pasaron algunos años y llegó a tener una coquetona tienda de ropa para niños que en gran medida ella misma se encargaba de coser y bordar con hermosos diseños orientales. Alquilaba una casita de dos recámaras que, de seguro habrá sido, casi sin dudas, la primera morada que en esa ciudad tuvo Monsieur Gerard Lotí, y nido también de un desprejuiciado romance que durante la navegación sólo había rondado los lindes de lo platónico. Queremos imaginar que al cabo de un año o tal vez un poco más, el médico tendrá ya una clientela lo suficientemente buena como para instalar su propio consultorio y tendrá ya también relaciones con alguna joven de la zona, candidata a cambiar su dinero y su buena casa por un apellido francés y por el prestigio que suele dar a las familias el ejercicio de la medicina, dos razones de sobra para anidar un poderoso anhelo de independencia. Por eso es que también nos resulta fácil imaginar su reacción la tarde en que Pai Li le cuenta la noticia.

Y aquí tenemos a la más extraña y a la vez extraordinaria momia del mundo sigue el guía, dando una cuchillada al curso de nuestras divagaciones. Démonos cuenta, momia sin siquiera haber alcanzado a nacer, momia feto, porque supiéramos que el momento en que Leonor Andrade Sánchez de Lotí sorprendió a amigos y parientes con el bebé acunado en su brazo izquierdo y gritando desesperadamente que todos miraran, que si acaso no veían que estaba vivo, el pequeño llevaba dos días muerto sin que

nadie hubiera podido alterar la situación y, antes, según el propio padre, habría pasado otros dos o quizás más días sin vida dentro de la entraña materna. «Gerard, Gerard», había dicho ella antes de caer a la alfombra de la estancia, «¿qué hiciste con nuestro hijo, cómo pudiste!» y ésas fueron las últimas palabras que pronunció sobre este mundo. El señor Andrade, haciendo a un lado a la señora Sánchez que trataba de calmarlo, se colocó frente al doctor francés y le dijo:

—¡Usted es un imbécil! Haga cuanto antes sus valijas y se larga de esta casa. Y también de la ciudad. ¡No quisiera volver a encontrarme con usted!

Tal vez fue a partir de ese momento que comenzó la larga pero precisa carrera hacia la indigencia del doctor Gerard Lotí.

—Necesito hablar contigo —le había dicho Pai Li apenas unos meses después de que él hubiera instalado su consultorio—. Ven a verme, por favor, si puedes.

Maletín en mano, Gerard llegó a la pequeña casa. Aunque el romance ya se había roto, siempre sus relaciones permanecían tiernas y a veces hasta desembocaban en un creciente juego amoroso entre chispas que seguían de algún modo manteniéndose vivas, a pesar de Leonor. Él nunca dejaba de mirarla como queriendo deshacerle los ojos almendrados, como queriendo reconstruir perfecta la imagen de una bella adolescente oriental que se ríe y que también se pone nostálgica apoyada junto a él sobre la baranda de estribor mirando los infinitos juegos del mar. «Algún día te voy a encontrar», le había dicho él. «No», decía ella, «soy yo la que te va a encontrar algún día». Pai Li lo hizo sentarse y le ofreció té. Luego, sin ambages, le dejó caer la causa de

su llamado, sí, estaba encinta, sí, naturalmente que de él, no había conocido a otro hombre, cuatro meses ya y no, no había dudas. Él tiene que haberse ofuscado, que haberse puesto nervioso, que haber sentido miedo y visto derrumbarse su gran sueño tan cerca de la realidad, las bodas que sorprenderían a todo el estado. Qué puede haber dicho. La habrá palpado, le habrá gritado estúpida al comprorlado con sus dedos, pero habrá terminado de seguro acariciándola y poseyéndola como tantas otras veces.

Es frecuente que la gente se desmaye siguió el guía mientras el doctor francés y la china hacían el amor despiadadamente, sobre todo, aseguró, algunas damas extranjeras que venían de turistas y que no tenían costumbre. El caso más patético había sido el de una señora francesa ya madura que andaba conociendo el país con la mayor de sus hijas. Después de pararse frente a la primera vitrina, un tanto descolorida, sus ojos se habían abierto hasta el desórbita y un grito de horror agudo, ¡Gerard!, había hecho eco recorriendo las bóvedas mientras la mujer caía exangüe a los pies de charol que se proyectaban desde un pantalón a rayas.

Podemos preguntamos por qué Gerard Lotí, siendo médico, eligió un modo tan brutal para deshacerse de su amante cuando supo que ésta se estaba cruzando en su camino. Por qué no usó el veneno, una bala en la sien, las manos en torno al cuello. Pero también podemos preguntarnos qué tiernos pensamientos suicidas atravesaron la mente de la chinita Pai Li en el momento en que decidió dejar un puñal desenvainado sobre la mesa de noche junto a la cual hacían por última vez el amor, y preguntarnos además

por qué designios de la pasión se empeñó en facilitarle hasta ese punto las cosas al médico francés que desde su vitrina parece examinarnos ahora con horror e ironía.

EN SUECIA

Marionetas

*A la íntima amiga de la señora Dolly.
Y por supuesto también a la señora Dolly.*

Parece que hiciera mucho más. Pero apenas ha pasado un año. Un año justo. Poca cosa, podrá decirse. Porque entre una víspera del 10 de enero y la víspera siguiente transcurre exactamente eso: doce meses, suponiendo que la única medida del tiempo fuera el calendario; convengamos: hay años cortos y hay años largos. Por eso es que parece que hiciera mucho más.

Hace justo un calendario entero, todo Estocolmo estaba cubierto por una espesa y muy limpia capa de nieve que al sol de las mañanas parecía jugar, contar un chiste, hacer piruetas arrancando hasta del desdichado una sonrisa, pero que después de mediodía, en esa rápida carrera hacia la noche que alrededor de las tres ya estaba consumada, era capaz de concentrar toda la lúgubre sordidez de las tinieblas, de confundirse en una sola imagen con la tristeza del hemisferio entero. El hemisferio sur, quiero decir. Y eso, a pesar de las multicolores lucecitas que intentaban alegrar la tarde y de los ánimos siempre pataleantes de la mayor fiesta del año.

Más o menos a las tres, acabando de almorzar, don Fedor y yo nos pusimos a matar el tiempo jugando al Casino, mientras Beatriz y la señora Laura miraban las imágenes sin sonido de un televisor descompuesto. Iba justo a bajar la

persiana para evitar que la noche se nos metiera en la cocina y nos buscara el alma, cuando vi que estaba comenzando a nevar en grandes copos y me dejé vencer por una sorda depresión que hizo que don Fedor me revolcara duro en el primer partido. En lugar de concentrarme en las cartas, le di la mano al miedo, a un miedo distinto, un miedo áspero de que llegara la medianoche, de que estuviéramos ya donde Pepe, de que repicaran las doce campanadas y empezaran los abrazos paralizándolo la sangre al sentir el puntetazo de aquellos que no podríamos dar. A unos porque estaban muertos. A otros porque estaban lejos. De modo que cada vez que me correspondía jugar, cometía un error que mi adversario iba capitalizando para su puntaje.

Casi todo los días Beatriz y yo caíamos a comer al departamento que le habían prestado a don Fedor mientras se arreglaba lo del viaje. No nos unía sólo el haber nacido en las mismas tierras vegetales de Valdivia y el estar en un país tan lejano bajo el mismo signo de infortunio, sino también precisamente lo del viaje, la angustia de la espera de esas visas que tercamente se negaban a llegar y que nos permitirían emprenderlas rumbo a regiones de más sol y colores más violentos. A él por razones de salud. A mí por otras razones. Llevábamos ya algo de dos meses soportando con ira ese tedio estéril que nos impedía hacer otra cosa que esperar: el vuelo era todos los martes. Cuando ya la tarde de los sábados nos azotaba la certeza de que las visas no habían llegado a ninguna de las direcciones, perdíamos oscuramente las esperanzas de partir el martes siguiente. Ya no sería hasta el otro. Pero como el otro tampoco era, la baraja generosamente ayudaba a que las horas se hicieran más

cortas, ya que por esas largas noches bajo cero jamás nos asomábamos al frío, un frío intenso, puntiagudo, que lo perforaba todo, y al cual no estaban acostumbradas nuestras miserables carnes. Digo jamás, exceptuando la salida a esperar el autobús de las diez y cinco que nos dejaba a Beatriz y a mí a un par de cuadras del departamento donde una señora de buena voluntad y aficionada al tango nos había facilitado una pieza que podríamos usar hasta que retornara el barco de su marido. En las mañanas, claro, siempre salíamos. Nos íbamos a caminar por *Strandvägen*, donde toda clase de embarcaciones soportaban la rudeza del invierno cubiertas de nieve y hielo. O recorríamos una por una las vivas, coloridas, comerciales y cálidas cuadras de Drötningatan, las reas de ropa, las colecciones de bromas, las especies orientales, metiéndonos cada cierto trecho a alguna tienda si el frío nos daba muy duro. Hurguetéabamos entre cualquier cantidad de cosas, preguntábamos precios en mal inglés. Beatriz se probaba una chaqueta de cuero, y cuando ya el calorcito de la calefacción nos navegaba por la sangre, salíamos de nuevo al invierno y seguíamos caminando hasta el final de la calle, cruzábamos ese canal lleno de patos desconcertados, vagábamos un poco por las callejas medievales de Gamla Stan, la *ciudad vieja*, tomábamos finalmente el autobús que nos llevaba a casa de don Fedor, en el barrio sur, cerca del asilo para ancianos y de la iglesia sobre la loma, Santa Catherina, cerca también de la poética y humilde callecita de los artistas y de la casi deshabitada compra-venta donde una semana antes habíamos adquirido entre todos, por menos de dos coronas, algunas chucherías que poder regalamos la noche de Navidad, mientras en otras partes ocurrían otras cosas.

Después de rigurosas revisiones del lugar para que nada malo fuera a ocurrir, cuando muy sonriente llegó el general Bolilla a la población Barrancas para ofrecer su discurso de Navidad (1973) y llevar a cabo la entrega de juguetes a los hijos de los trabajadores, su sonrisa de pronto se detuvo: en un amplio y pajizo campo árido se concentraban cientos de niños serios o atemorizados, pero silenciosos, sí. Por sobre sus cabezas, entre dos postes de madera, en letras disparejas e insolentemente rojas que resaltaban del fondo de un blanquecino lienzo de tocuyo, que a su vez contrastaba con el cielo muy azul de ese verano, se leía: «General Bolilla: no queremos juguetes: ¡Devuélvanos a nuestros padres!».

Todo tan alegre en la mañana, tan triste por la noche. Porque nunca eran iguales los dos viajes en el bus. En el mediodía hasta podíamos hacernos bromas con Beatriz. «Es un aspecto de la ciudad», le decía yo mientras íbamos cruzando algunos de los puentes y se nos presentaba un paisaje formidable, instándola a que mirara. Nos reíamos con cierto raquitismo. Otras veces le decía con la típica circunspección de un viejo inglés de película:

—¡Tú no miras la ciudad!

—¡Oh, síiii! —respondía ella con la tenacidad persuasiva de una vieja inglesa de película—. ¡Tú no miras la ciudad! —y hasta podíamos darnos un beso.

En cambio de noche recorríamos el mismo trayecto, pero sin hablar, sin dirigirnos una mirada, cada uno muy solo, correteado por sus propios fantasmas, por la marca que día a día nos inyectaba palidez y agonía y que sabíamos, estábamos seguros, no nos iba a permitir la paz hasta el momento del retorno.

Así que la nevazón me deprimió y pensé en mandar todo a la mierda, año nuevo y todo, y partir a enterrarme en mis sábanas, aturdirme con un poco de alcohol y escuchar bien hasta el sueño, bien hasta el alba, la colección de Gardel que había en el departamento. Sobre todo «Marionetas», escucharlo una y otra vez. Pero Beatriz tenía puesta cierta ilusión en la fiesta y preferí no defraudarla.

Más vino Carlos, hombre, vamos, venga ese ánimo, me decía Pepe. En realidad estábamos todos un poco apagados. Éramos ocho los que nos entreteníamos comiendo galletas duras con mantequilla y arenque molido y tomando un Rioja Alta que Pepe había conseguido barato. Ocho que como una buena parte de la humanidad esperábamos la medianoche para agredirnos sentimentalmente con los abrazos: Pepe y Perla, su mujer, valencianos exiliados mucho tiempo atrás y ya casi totalmente asimilados al modo de vida sueco, aunque añorantes siempre de su tierra y despotricadores y tercos como cualquiera de sus paisanos; Rafael, un periodista uruguayo que tampoco podía regresar a su país, y el poeta. Pero de los siete, los más enmierdados por el exilio éramos don Fedor y yo, digamos, las dos parejas, y también el más jodido de los países era nuestra larga y angosta faja, enlutada de norte a sur por tanta muerte, asolada por el crimen de la gorra verde, por la punzante bala de uniforme, deshaciéndose en sangre que fluye como un torrente hacia las regiones blancas de la Antártida. A ratos la mirada de don Fedor se perdía lejos y yo adivinaba que estaría viendo agitarse las olas de la caleta bajo su casa marina, o salir prendido a su anzuelo del nueve un tomoyo

resbaloso y jaspeado, de ancha boca y mirada hosca ante ese nuevo mundo que lo agrede, ante el cambio forzado de la vida, o caminando con la señora Laura por la extensa terraza que serpentea bordeando el mar entre las dos playas, la Chica y la Grande, a la hora en que se pone el sol y llegan don Quijote, el Rucio mechas de clavo y René Garfias, al dominó vespertino y al par de botellitas de tinto que deberán pagar los perdedores en el Morocco, a todo aire y a toda sal; o mirando desde la ventana de su escritorio cómo se alejan los pescadores, cada bote una lucecita tenue en la noche, internándose mar adentro, en las regiones del congrio generoso y difícil. La señora Laura no. A ella no se le perdía la mirada, porque siempre estaba haciendo algo, no se daba tiempo para dejar que el recuerdo la agrediera; ella de seguro lloraba por la noche, cuando nadie pudiera oírla nombrar a sus hijos presos, cuando a nadie pudiese dolerle también su dolor; recordaría fijo las mañanas de compra, las conversaciones en el almacén, donde solía concentrarse toda la lucha ideológica del barrio, el billete a Goyito para otra copa en el bar de la esquina, el paso por casa del maestro Martínez, el tejido para sus nietos por la tarde tranquila y quizás echaría también unas lágrimas por Rolando el pescador, Luis el arquitecto, Rosita la maestra y los demás amigos y amigas del pueblo que habían dado con sus pobres huesos en el campo de torturas donde ellos también estarían ahora si no les hubiera tocado la suerte de salir, y hasta se preguntaría también si acaso de veras este viaje sin retorno visible no era una muerte. O por lo menos una prisión. Y Beatriz, quizás como yo, con sus ásperas imágenes clavadas en el alma, como si se nos hubiera adherido para siempre un infierno.

Aterrada todavía por las balaceras y las explosiones de las dos últimas noches, por las amenazas de exterminio que televisión y radio lanzaban sobre ellos, por la tristísima noticia de que el Presidente había muerto, Beatriz recorrió apenas la cortina de su habitación en el segundo piso de la casa, cuando se escucharon los síntomas del despliegue y sonó el timbre de una manera violenta: una corrida de seis militares cerraba el paso hacia la derecha y otra corrida de seis militares cerraba el paso hacia la izquierda. En la puerta del patio el padre entregó sus documentos al oficial y ambos sostuvieron una conversación que Beatriz hubiese querido escuchar. Luego Sultán, olfateando la hostilidad del ambiente, comenzó a ladrar. Una bala más significó poco para el oficial y a Beatriz se le hizo un nudo el corazón.

—¡Entren! —gritó el oficial hacia fuera—. ¡Ahora lo niegan todo estos carajos! ¡Ahora resulta que son todos unos mansos corderitos! ¡Ni un rincón sin registrar!

Con la cabeza erguida, el padre se dirigió hacia la puerta de entrada. A medio camino se detuvo, se volvió y gritó a todo pulmón:

—¡Cobardes! ¡Traidores!

Al sentir la ráfaga, Beatriz no pudo contenerse. Bajó volando las escaleras y salió al patio justo en el momento en que arrastraban el cuerpo del padre hacia el camión.

—¿Por qué lo hicieron? —gritó llorando a toda lágrima.

Uno de los soldados le detuvo la carrera con un culatazo en los pechos, mientras el oficial se encargaba de cerrar el diálogo:

—¡Cállate, puta, si no quieres que a ti también te apliquemos la ley fuga!

—Vamos, hombre, Carlos, Beatriz, ¡salud y ánimo, que ya va a comenzar el nuevo año, que por cierto será mejor que el año que se marcha!

Y levantando automáticamente el vaso nos echamos otro trago, sin que los ojos de mi conciencia puedan despegar la vista de los mismos rostros que se repiten.

Apenas se levantó el toque de queda, fue la rolliza señora de la fiambrería, la sobrinísima de aquel honorable diputado Díez, que tan triste recuerdo dejara en los tiempos de la Cámara, quien emprendió voluntariamente y sin presiones, con la frente alta y el corazón bien puesto, la delación de los «marxistas» de su barrio. Primero telefonó a buena parte de su clientela para pedirles nombres, direcciones y cualquier dato útil de los militantes o aun los simpatizantes de la U. P. residentes en el sector (podían ser peligrosos, muy peligrosos, aseguraba). Luego corrió acezante hasta los militares más cercanos y les entregó dos hojas de cuaderno mientras asentía una y otra vez con la cabeza.

No mostraron ninguna compasión sus ojos a la mañana siguiente, cuando frente a su negocio, después del allanamiento de la casa amarilla, fusilaron en la misma puerta al joven que le compraba siempre dulce de membrillo y queso mantecoso.

Fue Pepe a cambiar el disco de Flamenco y una voz conocida nos vino a latiguar también el recuerdo, dándole gracias a la vida por dichas y pesares y enseñándonos algo muy hondo, otra buena lección que debíamos aprender.

—¡Que bárbaro! —dijo el uruguayo Rafael, cuando con su guitarra y la voz todavía fresca Violeta termina diciendo que el canto de todos es su propio canto—. Esta mujer fue un monstruo de talento. ¡Qué familia del carajo, con Ángel y Chabela, y hasta el propio Nicanor! Después de todo, que el cabrón le esté haciendo cariños a la dictadura no lo convierte automáticamente en mal poeta.

—Aunque sea un canallita —metió baza el poeta— alguna vez salió a recorrer las solitarias calles de su aldea, acompañado por el buen crepúsculo que era el único amigo que le quedaba.

—Ahora ya ni ese le debe quedar —dijo Pepe.

—Sí —dijo la señora Laura, que hablaba poco—. Todavía le queda un buen amigo por encontrar: adivinen.

—¿Será el olvido?

—¿Será el hielo?

—¿Será el crepúsculo?

—Frío, frío.

—¿Un buen amigo?

—Ya sé...

—Tiene que ser el crepúsculo.

—Adivinen, adivinen.

—Crepúsculo, «nica».

—Picamor en la aldea solitaria, dígallo, no nos pida adivinanzas.

—Picamor, Nicanor.

—Picamar, ni-cagar.

Y entre todos comenzamos a jugar con las palabras, hasta que el trabalenguas nos quedó más o menos bien, como para mandárselo de saludo de año nuevo.

La esposa de Pepe ha puesto las botellas de champán sobre la mesa y ha colocado siete paquetitos de celofán que nos hacen mirarla con curiosidad, en busca de una rápida explicación. Es simple y español: doce uvas por cabeza; una para cada campanada. Tragarlas rápido. Y por la voz del locutor, aunque sueco no entendemos, se va advirtiendo que ahora sí, que ya el miserable de 1973, el año hijo de puta, se está yendo derechito a la espesa mierda que lo espera, que se va juntando su fin a la primera punta de 1974 con toda esa nieve cayendo en copos grandes allá afuera y aquí todos calientitos, el uruguayo, el poeta, los españoles y nosotros, a puro vino y ¡ya! Bombos y platillos, la primera campanada y la primera uva directamente a la boca desde la mesa, sin manos intermediarias, y llegan las doce a cañonazos mientras el cable del periódico *General Bolilla*, *no queremos juguetes: devuélvanos a nuestros padres* nos martillea un escalofrío y mientras también entre abrazos llorosos el ánimo no nos llega desde ningún punto cardinal, no quiere traernos un pedazo de sonrisa para aplacar la nieve y despejar la mierda que nos corre por las venas, y el uruguayo también está de luto, y los españoles, desde un poco más lejos, solidarizan como hermanos mayores que con el dedo gastándose cada año han llegado a saber que Franco no muere tan fácilmente y que los hombres se sobreponen a todo, y siguen las canciones y uno que otro brindis por tiempos mejores, por una pronta derrota de los criminales, hasta que se va haciendo preciso recordar que a la una y media pasa el último tren a la ciudad y ahí vamos los seis calle abajo hacia el andén. Guerreemos un poco con bolas de nieve. Don Fedor y la señora Laura no; caminan serios, dignos, sin comprometerse en carreras

o escondidas tras los automóviles que parecen montículos blancos; de más edad. Y también con menos alcohol.

Al bajar del metro —era ya el último y nunca estuvo tan lleno— toda clase de gentes circulaban por los andenes de la estación y por sus laberintos de acceso a la noche. Rubios adolescentes de cabellera larga y naciente bigote, botella en mano pateaban las máquinas tragamonedas con exceso de ira y lanzaban gritos guturales. Un hombre con los ojos hinchados gesticulaba como implorándole a una formidable negra de botas hasta la rodilla. Dos lindas muchachas, de mejillas sonrosadas (suecas en todo el sentido de la palabra), caminaban abrazadas y sonrientes, coquetas a quien les dedicara una mirada. Un largo túnel y todos saliendo como apretado rebaño. A un lado primero un hombre tocando acordeón, de mirada muy triste, no tener una moneda que echarle a su gorro porque a los músicos siempre sí, y a los borrachos también siempre una moneda para el último trago de una noche que por lo general se niega a terminar, como se niega ésta a terminar, a pesar del metro; y al otro lado, más allá, un conjunto de tres morenos cantando en español también con la boina en actitud de súplica, barbas hirsutas, pelo sucio, desentonando un poco una canción de los Quilas *tun-tún, quién es, abre la muralla, tun-tún quién es, cierra la muralla*. Beatriz y yo nos detuvimos automáticamente, pero no pudimos permanecer, porque la avalancha nos empujaba hacia la *escalator* que ahora sí nos ascendería hasta el mismo imperio de la nieve, el blanco de la noche negra donde encontraremos apoyada en el farol de luz a Greta, flaca y arrugada, tratando de hacer coincidir la llama del encendedor con la punta del cigarrillo que más o

menos le cuelga de los labios resecos sin adorno. No sé por qué me mira. O nos mira. Pero me detengo y tomándole su propio encendedor le soluciono el problema a su mano temblorosa, quizás de frío, quizás de alcohol que falte. Me dice algo en sueco. *Sorry*, le digo, *no swedish*, y entonces en un inglés vacilante de lengua me dice que se llama Greta y nosotros quiénes somos, qué bonito que marchemos de la mano, debemos ser dichosos, se ve en nuestra mirada franca.

Después de los infelices y dolientes días del Estadio, en que tuvo que tragarse cada noche la fetidez a sudor y mugre de algún furioso soldadito, a Beatriz la trasladaron a la correccional a esperar juicio, pues según don Rafael, su denunciante, no sólo se contaba entre las más fanáticas y agresivas izquierdistas del barrio, sino que en dos ocasiones, cuando lo del abastecimiento, sólo entregó pollos y aceite a los vecinos que militaban en la U. P.

Al correr de las semanas fue arrugándose en el patio de la cárcel el ceño de Beatriz, mientras sentía minuto a minuto crecer su vientre. Miraba hacia la nada, se acababan los ruidos, el corazón parecía dar un salto y luego detenerse, cuando con rabia y dolor se sorprendía diciéndose en silencio: «Y pensar que tendré que matarlo».

Aunque no, piensa que también sufrimos sin derecho, por qué, por qué, si estamos juntos y no solos como ella, buscando inútilmente por las calles una mirada tierna, un sólo gesto de calor que ahora nosotros le estamos dando mientras la borreguería, dice, pasa indiferente, riendo tristes, sobrios o borrachos, sin que nieve o frío los alteren, pero yo

no, le digo, nosotros estamos helándonos, no somos de temperaturas tan bajas, adiós, ¡feliz año! Sí, nos mira, muy linda pareja, deberían ser muy felices.

Una tarde él la encontró muy triste apoyada contra el muro del patio, casi el punto donde lanzaron por encima del muro el cadáver desfigurado de la Magali. Hasta entonces casi nunca habían hablado, pero él, de alguna manera, entre la multitud de hombres, mujeres y niños que atestaban la embajada, le había puesto los ojos encima. Se acercó con las manos en los bolsillos y la cabeza mirando al suelo, caminando lento.

—Te quiero —le dijo.

A ella se le extraviaron los ojos (como si la frase estuviera recordándole algo). No respondió, pero una sonrisa lejana despejó de nubes su expresión toda.

Él le tomó la mano y agachó un poco la cabeza como en gesto de besársela, aunque no lo hizo.

Sí, así nos mira Greta en el hielo de la noche, una pareja espléndida.

Beatriz había salido al patio pensando que hoy sí, después primero de todo ese tiempo de horror, y ahora en estas tres semanas que se parecían a muchos años, él la buscaría, más bien él la encontraría, porque de algún modo, siempre la buscaba. La vio venir y supo, como en uno de esos sueños buenos que más que soñarse apenas se imaginan, que era como la continuación de algo, o la continuación de todo. ¿La confirmación de qué? Cuando

escuchó que él decía «te quiero», le pareció vislumbrar entre velos un mundo perdido, un mundo tan lejano que a duras penas podía parecer real, porque en el intertanto, entre aquello y esto, era como si algo hubiera ocurrido, algún canario tal vez había dejado de cantar. Sin embargo, la flacura del hombre, su palidez, sus manos en los bolsillos, como si nunca, le sacaron de alguna zona de su baldío un momento de ternura.

Por eso sonrió.

Nos damos un abrazo y nos deseamos otro *happy new year*, pero luego Greta camina a nuestro lado como si fuéramos la única tabla de salvación. Total, insto a Beatriz, nuestra anfitriona no duerme en casa esta noche, qué más da que la llevemos a la gringa y le demos un trago de ginebra que tengo guardada para el final de la noche, cuando Carlitos cante y recante y vuelva a cantar como que el tiempo sobra sus *Marionetas* y así, caminando y entrando y subiendo los cuatro pisos en el ascensor todavía adornado de estrellitas brillantes y lucecitas de color, estamos en el departamento sacándonos los gorros, los abrigos y las botas de goma, y por primera vez veo que Greta sonríe y siento que su sonrisa es linda y entonces sí le digo que quiero contarle, que justamente lo que quiero es contarle, que felices no, no podemos, pero un poquito apenas sí, que no llevamos mucho tiempo juntos, pero que después del aborto nos conocimos en la misma guarida, y aunque una especie de amor entre pálido e imprescindible apuntaba hacia una brechita de felicidad, las sombras de la bestia eran demasiado pesadas

para no verlas, las imágenes perseguían como lobos hambrientos y ahí en la embajada no descansaban los oídos del bombardeo día y noche de los crímenes del monstruo de cuatro cabezas y sus guardianes verdes.

Por las noches Luisito, quizás el más joven de los asilados, no podía dormir. Cuando intentaba cerrar los ojos se le atravesaba un camión del que saltaban muchos soldados fusil en mano acordonando la casa de enfrente; la que se ve desde el cuarto en que otros compañeros lo tienen oculto. «Después vendrán aquí», piensa, empuñando la pistola 38 que guarda bajo el cinturón y repasando en su mente los pasos que debe dar si comienza el allanamiento. El camión se aleja hacia la esquina y algunos militares entran en la casa derribando la puerta del patio mientras otros pocos hacen guardia afuera, con los fusiles apuntando hacia las ventanas del segundo piso.

Las gentes de la cuadra se asoman a las puertas de sus casas sin atreverse a ir más cerca del lugar de turno.

De pronto los militares que se hallaban dentro salen llevando a empujones y culatazos a un hombre de edad madura. Detrás de ellos corre una mujer más o menos joven gritando y tomando de las mangas al conscripto de la retaguardia. Éste le da un codazo. Desde el suelo la mujer grita «criminales» y les arroja algún objeto. El soldado se vuelve, le apunta y dispara, mientras ya al hombre lo están subiendo al camión. Detrás de la mujer que se desangra, venía un niño de pantalón corto llorando y dando gritos. El soldado le apunta y por segunda vez hace fuego, demostrando su perfecta puntería. En pocos minutos el

camión parte y, salvo dos cadáveres en la cuadra, la tranquilidad retorna a los hogares.

Entonces Luisito no podía dormir y comenzaba a contar la historia y de tanto y tanto no dormir se le fueron poniendo blancos los ojos vacíos, y de tanto contar lo que había ocurrido a su padre, a su madre y a su hermano menor, se le fijaron los más grotescos tics en la cara.

Greta nos decía que era el año nuevo que empezaba, que los años nuevos siempre traían algo distinto. Por ejemplo esperanzas. Pero yo ya no la escuchaba. Ni siquiera agradecía su sonrisa. Sólo quería que me perforara el alma Carlitos el rey, el viejo amigo, contándome sobre el encanto suave que tenía aquella casa en la humilde belleza de su patio colonial, donde si hasta le parecía verla (a la nena) con su pollerita corta y sus bucles despeinados empinada sobre el banco, y contemplando absorta aquellos títeres al otro lado del muro que hablaban inglés, ruso y francés, mirando cómo se paraban doña Rosa y don Pánfilo Ligerero por la magia de aquel titiritero de voz aguardentosa llamado Menedín y refregándonos (Calitos) en las narices el paso de los años felices de la infancia y castigándonos con la triste verdad de que la nenita se fue de su casa así como también los títeres vecinos, y diciéndonos que los oídos de ella supieron escuchar piropos y promesas hasta finalmente convertirla, también, en simple marioneta que baila sin cesar y ahí el latigazo de las imágenes, los compases de un viejo tango que se mete al tiempo en el bolsillo y a medida que lo vamos oyendo más y más, también a la nenita la vemos sonreír sobre el muro ante la maravilla, entre asustada y eufórica, y

la vemos con dos pechos muy redondos y líneas sobre los ojos desparramada sobre el escenario y sin sonrisa, del que pronto, automática, ante la voz de Menedín, se levanta para dirigirse al público primero en inglés, luego en ruso y finalmente en francés con una sonrisa falsa y ponerse entonces a dar vueltas sobre sí misma girando y girando sin cesar, mientras Greta, que nada puede comprender, mira con asombro cómo las lágrimas escapan sin control desde mis cuencas cansadas nublando en mis pupilas la visión de la nenita empinada sobre el banco y mientras Beatriz echa más ginebra, mucho más ginebra en mi vaso, y entre ginebra y Carlitos se va asomando de a poco la mañana del primer día de ese nuevo año que ahora, en este momento, acaba de morir, justo a las doce, cuando don Fedor, Beatriz, la señora Laura, yo, en pleno trópico, y muchos otros en diversos puntos del globo, estamos sintiendo que cada año que nos aleje de aquel once en que vimos el espectáculo más grande del mundo,

Entre rugidos de leones, música marcial, malabarismos impresionantes, baile de caballos, saltos de trapecio, increíbles prestidigitaciones y graciosos tonies, surgió potente la voz del señor Corales, hombre de lentes oscuros y boca de bulldog:

—Señoras y señorees; respetable público!!!; ¡queremos reconstruir este país!

que cada año y que cada día que pase, de todas maneras, inevitablemente, nos irá acercando hacia el regreso o si no, por lo menos, hacia la muerte.

EN KENYA

Un leopardo en la cumbre de un volcán

*A Ricardo Figueroa
y a Ernest Hemingway*

Pueden tener razón en eso de representar al amor como un flechazo lanzado por Cupido. Sólo que habría que agregar que la flecha suele acarrear su buena dosis de veneno. Muy cierto que se siente de pronto como una herida ardiente con la que castigan a nuestra carne, lo que en otras palabras equivale a decir que cuando menos se piensa salta la liebre, o si no, por qué mierda estoy en este lugar, volví a preguntarme mientras entre todas las cosas con que la naturaleza nos quería abrir la boca a cada rato comenzaron, primero desde arriba y luego descendiendo, a disiparse las nubes y apareció de a poco la cumbre nevada del Kilimanjaro semejando un volcán inconcluso, algo así como un flan de pendientes muy suaves, y mientras con su tono cortante y categórico, la francesa le decía a Michael que se detuviera, que quería contemplar quieta y a gusto el espectáculo de esas nieves eternas que como un chorro de chantilly bañaban el flan y donde alguna vez el viejo *Ernesto* pretendió encontrar un leopardo congelado que quién sabe también qué mierda podía haber andado buscando en esas alturas.

Era un buen lugar para detenerse, para quedarse una vez más boquiabierto admirando el esplendor de la montaña y recordar con orgullo, y acaso sin nostalgia, las cúpulas inmensas de la Cordillera de los Andes, tanto más misteriosa,

quizás también algo más inaccesible. Atardecía y una extraña luminosidad se filtraba espectralmente a través de las nubes y cubría las planicies, matizándolas con un melancólico tono entre el morado y el blanco, dos colores de la misma familia. Era otro de esos momentos en que la felicidad de los sentidos es capaz de superar toda pena orgánica, un punto del tiempo como para decirse y repetirse con énfasis que sólo por el hecho de estar ahí y entonces ya valía la pena haber vivido.

—*Voilà* —dijo Denisse—. No podía irme del África sin verlo.

La gringa gorda no hizo esta vez observaciones superfluas. Junto a ella, Michael movía de lado a lado su cabeza oscura asegurándonos que el volcán era muy famoso, que en todas partes del mundo se hablaba de él y que no había turista que no quisiera verlo y dispararle un par de fotos, que algunos hasta iban con ese único fin, la cumbre más alta del continente, si el propio Gregory Peck, decían, había filmado una película. Le traduje todo a Denisse, que como buena francesa, hablaba pésimo inglés «Ah, oui», me dijo al final con indiferencia. Ni siquiera ahora estaba contenta, con el volcán ahí, mismo, a plena vista. Bueno, ya me lo había dicho: esta excursión la desilusionaba mucho. Habíamos andado buscando, a la vuelta de la rueda, a todas las bestias de la selva, moviéndonos muy lentos entre elefantes rojizos siempre en familia, delicadas jirafas con sus cachitos que no fueron y los pájaros desgarrapatándoles el exagerado cuello, dándonos la espalda como damiselas ofendidas hasta por el más ligero requiebro, uno que otro rinoceronte mascando solitario sus hojas y sus penas entre los arbustos, impalas y gacelas Grant huyendo a saltos

voladores ante el rugido del motor (¿será una de ésas la gerenuk, la de cuello tan grácil que Hemingway tuvo agallas para derribar de un tiro y que alguna vez quiso comprarle «el cabrón de Mussolini, rumbo-rum-bararumbambá»?), antílopes como bueyes, rebaños de búfalos, algún chacal en busca de carroña, y me preguntaba también por qué les diríamos chacales a los asesinos más siniestros cuando el chacal es un lindo animalito, gracioso de carrera, simpático de cara que, además, no mata a nadie sino que se gana muy honestamente el sustento, esperando con paciencia que los leones den por acabada a una cebra o a un búfalo para entonces repararlos, darles la segunda mano cuidándose muy bien de dejarles una pizquita a los cóndores que sobrevolando el sitio como aviones espías esperan también pacientes su turno para darles el último toque de limpieza a los huesos de la víctima, pero no cóndores como los de allá, majestuosos cóndores de escudo y cuello blanco, sino enormes buitres miserables de aspecto y mirada hipócrita, y también entre jabalíes macizos, arrogantes, temibles, pero con una porquería de cola, una colita que da lástima, y entre aves también, grandes y chicas, brillantes y opacas, con corona y sin corona, de colas abundantes y descoladas, voladoras y de tierra, la garza coronada con su cabeza igual a la purpúrea flor del cardo en los cerros de Cartagena, el *secretary bird* de patas altas, gruesas, como una especie de gallo con pantalones Luis XV y párpados muy rojos, de pluma blanca y negra, y la más fea de la selva, la «había una vez truz», grises las hembras y negros los machos con su par de troncos secos y sus ridículas cabezas de pico achatado y ancho como de idiotas y su plumero can can en el trasero, seis o siete

horas de rodaje lento en este reino de las bestias, en la tierra donde ruge la fauna bruta, hoy más salvajemente libre que nunca, desde que no va el hombre a matarla, pero todo esto podía encontrarse también en los zoológicos, de modo que la cosa era quejarse. Madmuasel Denisse quería vegetación, árboles enormes apesados entre lianas, humedad y sudor, selva espesa, hondas quebradas impenetrables y bóvedas de ramaje sobre ríos de violentas caídas, arenas movedizas, y justo era todo eso lo que no habíamos visto, por rodar en cambio a través de planicies semiáridas de vegetación baja, pasturas amarillas a falta de lluvia, verdes colinas sólo a lo lejos, tierras resquebrajadas, malezas a cuya miserable sombra solían flojear echadas las leonas lamiendo de vez en cuando a sus cachorros, jadeantes, mirándonos casi con desprecio, sin siquiera saludarnos con dos o tres rugidos. Ella quería otros rumores, otras sensaciones, revivir acaso tanta selva vista a golpes de ilusión en las viejas películas de Tarzán, árboles por los cuales se deslizaban sigilosas pitones, terribles arañas carnívoras, y no podía entender que a mí se me escapara por cualquier cosa una sonrisa. Ella conocía el otro lado de África, por el Atlántico, y eso sí era muy diferente. Pero aquí no. No había el mismo sabor. Por eso ella no reía: no se compensaban los dólares que había pagado con la mediocridad de esta selva donde las bestias estaban ya medio habituadas a esos raros monstruos *land rovers* poblados de tipos rubios que ni siquiera les disparaban con rifles sino apenas con plácidas y ronroneantes filmadoras a las que no valía la pena dedicarles una mirada hosca, un gruñido de protesta, una carrera desesperada. Y esto mismo, en cambio, sí que era el África, decía la gringa gorda, el

sueño dorado de toda la vida y, bueno, otra vez podía yo preguntarme, sobándome la herida del flechazo, qué carajos estaba haciendo ahí, de todas maneras, con francesa o sin francesa pero más solo que la mismísima mierda, en las reservas de Amboseli a los pies de un volcán que valía la pena y en los dominios de la más abundante y rica fauna de todo el globo. Y ahora qué. Ahora nada: seguir hasta el final, dar la vuelta por Tanzania, llegar después a Tsavo y cruzar los dedos para que se nos dejara caer una selva más tarzánica, de mayor misterio, a ver si a Denisse se le calmaban los nervios y le volvía el alma al cuerpo. ¡Y quién crestas era Denisse! Y qué me importaban a mí sus nervios o sus desilusiones. ¡Que se fuera a la mismísima! Pensar que yo solito, el imbécil, me las había buscado para integrar *ese* safari porque al saber que iría solo con dos mujeres hasta llegué a decirme que las estrellas estaban conmigo, que mi ángel de la guarda no desertaba, que qué mejor, y así solos en *ese jeep* íbamos nada más los cuatro. El negro y la gorda adelante. Denisse y yo atrás. Una francesa histérica que ni siquiera sonreía, pero que aceptaba cada cigarrillo que uno le ofreciera como la cosa más natural. No haberme quedado mejor vagando por las callejas de Nairobi, viendo en las tardes a la negrita de Uganda para entre risa y risa sacarle hasta leche de sus pezones duros y escucharla contar sus aventuras en barcos italianos y llevarla después del amor a tomar un buen jugo de papaya en vaso grande, sentados a la brisa del atardecer. Pero bueno.

Oscurecía y era preciso emprender la retirada. Hay limitaciones de hora y algunas fieras, según Michael, son distintas por la noche. Había que volver, cenar en el estúpido

comedor de la posada y regresar a la cabaña, donde un cuarto lo ocupaban mis dos compañeras de viaje y el otro yo solo, lo que quería decir diez dólares más. Un cuarto a cuya puerta, mirando al techo, no dejaban de colgar su par de murciélagos dormidos, y cuyos rincones eran habitados por familias enteras de inquietantes arañitas.

Y bien, era la hora de regresar y la noche ya pronto estaría sobre nosotros. Por eso nos alarmamos bastante cuando nuestro guía resultó perfectamente incapaz de hacer partir el vehículo. Desperfecto eléctrico, pero qué diablos, no se podía uno bajar para revisar el motor porque era zona de leones. ¿Aquí comenzaba la aventura? Quién mierda me mandaba a meterme en safaris cuando podía estar en Nairobi paseando tranquilo o ni siquiera en Nairobi, ni siquiera en África, quién mierda, mejor, me mandaba a salir de mi casita, de mi buen barrio en Las Condes, donde a esta hora mi rica mujercita me estaría esperando con un jaibol preparado y algunas aceitunas para picar, donde podría llegar uno que otro amigo a comer y conversarse cómo se debe un par de botellas de vino, reírse un poco, despotricar contra la política, arreglar los problemas del mundo y tanta cosa que se hace en un buen sillón sin tener que andar hueveando en safaris. Está bien que las aventuras ocurran cuando uno va equipado, listo, dispuesto. ¿Por qué no podíamos estar ahí mismo en una tienda bien montada, con alimentos, con mosquiteros y con un rifle? Pero que falle el motor cuando uno tiene que volver, cuando hasta la buena botella de *Old Smuggler* no anda con nosotros, es cosa ya de orates, de malos de la cabeza. ¿Y ahora? El negro dice que no nos preocupemos, que no hay nada, pero nada que temer. Cuando en la posada

adviertan nuestra ausencia, partirá una patrulla de rescate. Es posible que por la noche no nos encuentren en la vastedad de las planicies, pero mañana *sí*, a la luz del día, no temamos, no nos asustemos. Advierte que de todas maneras no podemos abandonar el vehículo y aconseja paciencia. De acuerdo, padrecito, no hay mayores peligros dentro de este tanque, pero es aburrido no moverse; será una espera larga y tediosa. Bueno, Denisse, francesita de ojos diabólicos y piernas como para comérselas a mordiscos, entonces, como ni la gringa gorda ni el negro hablan mote de francés, verdad, sigamos solitos nuestro diálogo. Se lo vuelvo a preguntar:

—¿Qué buscas en África?

Pienso que es una idiotez andarse con esas preguntas, pero igual se la disparo porque adivino que ella no *es* feliz. De algún modo, no es feliz.

—Ya se lo he dicho. No busco nada especial. Ver la selva, como todos, como usted mismo. Además, yo siempre viajo. Es posible que sólo me interese conocer.

Pero algo busca, estoy seguro. Busca olvidar. O matarse. Algo.

—Ver qué, conocer qué. No parece tener mucha afición por los seres humanos.

—¿Por qué? ¿Porque no le hago una sonrisa? ¿Porque no me voy a su cuarto de noche?

Eso es cierto. Es perfectamente cierto que no se va a mi cuarto de noche.

—Porque usted no se da —le digo—. No se trata de ir a cuartos de noche. Hay otras formas de darse.

—¿Está seguro?

—Quizás usted nunca las haya conocido. En cuanto a lo de la sonrisa, bueno, una sonrisa contiene muchos mundos.

Usted ignora lo que es una sonrisa en el momento justo, una sonrisa que exprese todo lo que hay detrás, abajo, arriba, que descubra el equipaje completo de una persona. Es una forma de entrega.

—No me dé sermones.

—O puede serlo. Y no compromete para nada las buenas costumbres —o malas, según el cristal— que puedan cultivarse. Tal vez usted es de las que cree que en toda relación navega el sexo de por medio.

O quizás si tuviera razón Michael anoche acompañándome en mi pieza durante buenos momentos de escocés mientras nos amenazaba una araña de patas gruesas estacionada en la pared al decirme que oyera, amigo, que podíamos hablar como hombres igual que a lo mejor ellas estaban hablando como mujeres, que estaba pero muy bien la chica francesa. Es bonita, le dije yo, lindos ojos, lindas piernas, pero me parecía una mujer seca, sin gran excedente de simpatía, que estaba bien que se defendiera (me ardía bastante la herida del flechazo) pero que eso no le quitaba el derecho a ser cordial ni se lo otorgaba para desinteresarse totalmente de alguien que busca sólo una comunicación porque se anda juntos en un safari, porque se va lado a lado y así habrá de ser durante algunos días, porque se tiene más o menos la misma edad y en fin, como usted y yo, Michael, que nos hemos entendido y nos estamos comunicando, mientras la araña sigue estacionada y no la descuido porque antes de dormir tendré que reventarla de un zapatazo y Michael insiste, que oiga, mi amigo, entre hombres podemos hablar y mire, seguro que esa chica quiere y además vea: las víboras no andan buscando a las personas para morderlas.

Las muerden y las matan cuando las personas les ponen el pie encima, y bueno, Michael, de acuerdo, parece que tiene la razón.

—El sexo no me interesa —me abofeteó Denisse.

—Está bien, ¿pero por qué piensa que los demás tienen que ser necesariamente obsesos sexuales? A mí tampoco me interesa. Quizás *cierto* sexo. No el sexo en sí.

—Me revientan las ciudades. Me aburre siquiera pensar en una vida de familia. Prefiero que me coma un cocodrilo.

—¿Nunca pensaste en casarte? —a ratos se me escapaba el tuteo que desde el primer día Denisse se encargó muy bien de suprimir.

—Oh, sí, *mon chere amie*. Ya estuve casada. Conozco *esa* canción. Al comienzo algo simpático. Después tedio. Y no se puede comenzar tantas veces como se quisiera. Todo es una gran lata. Cambiemos el tema.

—¿Por qué?

—Se lo diré —y me lo dijo así como para desarmarme la muy condenada, sin siquiera sospechar que a mí no me den para nada sus lindas piernas, ni esos ojos tan azules, ni su largo cuello de gacela, si acaso la ternura no lo inunda todo—. Soy como los animales —siguió—. Cuando quiero un macho, dejo que me tome el primero que salga al paso. Y se acabó. Ni siquiera me doy el trabajo de elegirlo. Ni siquiera le ofrezco la ilusión de la conquista. Y ahora, como es lo más usual, no quiero ningún macho. Y la conversación me está aburriendo. Mejor pregúnteme otra vez qué busco, para poder decirle que dormir.

Y empezó al parecer a quedarse dormida, con buen cuidado de que no fuera sobre mi hombro donde cayese finalmente su cabeza, mientras yo pensaba que cómo podía ser tan bruto para exigirle que supiera a ciencia cierta lo que buscaba en ese lugar, entre el frenesí de los colores, cuando por lo general siempre se ignora la causa de los viajes. Su cabeza, por supuesto, no cayó sobre mi hombro. «Qué se habrá creído esta mierda», pensé. Y le dije, aun a riesgo de que ya no escuchara, que no era por nada, pero que quedaban todavía muchas millas y tres noches antes del regreso a Nairobi, y que si caía en celo ni se figurara que ahí iba a estar yo para darle gusto. «Por bruta» me dije. Pero parece que no escuchó mis palabras, y la verdad neta es que a estas alturas, haciéndome el tonto a mí mismo, haciéndome el que en nada me afectaba mi brutal fracaso, ya no me interesaban ni sus ojos, ni su sexo, y punto. Lo que me interesaba era pues «la metafísica cubierta de amapolas», era saber por qué mierda, igual que yo, estaba ahí, lo que no decía, durmiéndose, ahí al comienzo de una noche estrellada y sin luna (¿qué buscaba un leopardo en la cumbre nevada de un volcán?), bajo un cielo donde ni siquiera, quién sabe por qué, se divisaba la Cruz del Sur, por mucho que uno no dejara de escudriñar ni un solo rincón entre las galaxias.

EN FRANCIA

Tango-Sur

Entre los múltiples filamentos que es capaz de generar el dolor tal vez el que más haya logrado perforar el alma de Marambio sea la pérdida definitiva de Laura Cárdenas. No se trata del primer huracán, ni tampoco de que el destino le jugara mal; pero, como suele decirse en esa misma tierra donde tuvo que permanecer tantos años cuando perdió el sur: «no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*». Antes también, a lo largo de sus días —entre una que otra ficha acertando a pleno— había tenido sus pesadumbres por barrios que han cambiado, pero ni qué decir que el tiempo va alborotando las cosas y entonces resulta que perder a estas alturas, piensa Marambio con ámbar en la mirada, era ni más ni menos que perderlo todo de un contundente paraguazo.

En verdad el dolor es un territorio difícil de medir, y al afirmar «lo más doloroso» se puede estar mintiendo sin querer. También la enfermedad y muerte del Capitán arrasaron por muchos meses con todas las crisis menores; primero las mañanas de hospital esperando entre exámenes el cuchillo cirujano, y después aquellas tardes abiertas y esperanzadas hacia una recuperación que no aparecía por ninguno de los horizontes del mar, «te vas a poner bien, papá».

Pero sus ojos navegaban sin sonreír el brillo habitual porque quizás supieran que no, que nada era cierto, *Capitán*,

padre mío, Capitán de navío / ¿dónde están las ciudades azules y los puertos sombríos?, sí, toda otra crisis pasaba de inmediato a segundo plano, justo la muerte, la estúpida, cuando se estiraban hacia adelante: algunos años plácidos tras la implacable tormenta.

Y el exilio, a pesar de la vida a salvo y los favores, fue también bastante doloroso, por tantos sueños rotos, ausencias, separaciones, *arenas que la vida se llevó*, las hijas aquí, los padres allá, los amigos aventados a los cuatro puntos cardinales, o pasados a mejor vida por las gentiles bayonetas. Y también el alejamiento paulatino de la mujer que durante años ha compartido contigo las buenas y las malas, esa erosión permanente, la catástrofe de los nervios hasta la depre final y el naufragio irreversible.

Y para qué decir, más recientemente, el viraje a babor hacia los imanes brutales de un agujero negro de esa nave que prometía bogar hacia las islas felices, en las que creímos a pie juntillas y por las cuales se entregó un buen pedazo de vida, cantando La Internacional desde muchacho, empujando el cabrestante siempre puño en alto y sin vacilaciones rumbo a un mundo mejor hoy esfumado.

Pero la pérdida de Laura Cárdenas era otra cosa, un dolor como para sacarse los ojos y comérselos, o llorar a gritos en una casa sola. Una punzada embutida ahí en el pecho con la brutalidad de un arpón.

Tendría que retroceder Marambio, necesariamente, a aquellas largas peroraciones con Lucho por las callejuelas del Barrio Latino, los grandes bulevares, o cualquier ribera del Sena, maldiciendo a diestra y siniestra, arreglando los desórdenes del mundo, lamentándose de los amigos malos

como el maricón del Cáceres, que lo pedía siempre todo para él y a cambio de lo recibido jamás entregaba nada, inepto para compartir la felicidad de sus pequeño logros, inmovible ante el dolor ajeno; o aquel otro bellaco que ilustraba a la perfección los términos con que el «gringo viejo», se atrevió a definir la palabra espalda como la «parte del cuerpo de un amigo, que uno tiene el privilegio de contemplar desde la adversidad», desde la desolación de un Año Nuevo en muelles lejanos, por ejemplo, solo como perro apestado, o bien desde la atmósfera yodada de los hospitales. Y lamentando también —a la deriva por las calles— a esas mujeres canibalescas que no dejan vivir ni crecer, que indagan despiadadamente tus minutos y exigen con ternura castrense el desarrollo de la cuenta bancaria, policías camufladas, putas con polleritas de Colombinas, dispuestas a un persistente trabajo de pájaro carpintero hasta que te esquilman el alma y los bolsillos. Interminable y asombrosa calle de París siempre dispuesta —de noche o de día, en cualquiera de las cuatro estaciones—, a entregar su sorpresa, arreglando el mundo de la boca para afuera y ejerciendo ya, aunque temprano en la vida, una contundente dosis de cinismo a través de la mirada. Y naturalmente también cantando Sur, sí, por los bulevares y no por las noches de Pompeya, sin perfume de yuyos y de alfalfas, hace ya bastante tiempo.

Porque Sur de todos modos era Sur, nada menos, mucho más, y después de Rivero el Feo, nadie había llegado a gemirlo como ese amigo enojado con la vida que de pronto se queja en pleno atardecer, limando los tacos contra las aceras del trillado Boul Mich, se queja de que la vida esto,

de que la vida lo otro, lo blanco es negro, lo negro es más negro aún y «residente» es el que no puede irse —como él, por la cresta— igual que Run-run cuando se largó al norte y *encima de una piedra se puso a divagar, que la vida es mentira, que la muerte es verdad*, ¡son todos unos maricones, hijos de puta! Nadie quiere dar la cara y vergüenza debieran tener, pero ni eso, y para qué decir ella misma, la maldita, que hace tres años lo echó de la casa con viento fresco, a puntapiés, ya está bueno, te me largas, nunca más, Melville y Rimbaud volando por la ventana, calzoncillos atrapados en la cablería de rue Laplace, pañuelos que aletean como palomas, y a pesar de los tres años, el castigo aún pesa, sigue quitando el habla, aún lo paraliza en los metros, le impide seguir adelante, lo atrofia para buscar dulzura en otra sonrisa, lacera carne adentro y horada las entrañas cada noche, maricona, me cagaste firmeza, pero requetejuro que *ya nunca me verán como me vieran, recostado en la vidriera, esperándote*, nunca, ¡maldita perra!

—Calma, Lucho, calma —le dice Marambio—. Llevas dos horas despotricando y quejándote como un enfermo mental. Ponte a pensar algunas cosas en serio, saca conclusiones. Céntrate, Lucho, no te apartes de lo principal, lo mero principal, como dicen mis cuates. Te ataca por un costado el destino de tu país; por otro la desertión de Silvia. Pura víctima de todo, eso eres. Y para nada te has puesto a pensar que a estas alturas, la edad que tienes, arenas que la vida se llevó, amigo, el camino recorrido, lo único verdaderamente significativo debiera ser que todavía se te pare.

Lucho guardó silencio caminando, caminando, luego se detuvo y dijo:

—Tienes razón.

—¿Viste? No todo está perdido. O mejor, perdido nada. De manera que vamos al *Marché aux pus*, te compras una piedra, la enhebras en un cuerito para colgártela del cuello, dejar que caiga sobre el pecho y darte ahí con ella varias veces al día. Antes de almuerzo, después de almuerzo, sobre todo en la noche.

Claro, para Marambio, de paso, París era París, y treinta jóvenes veranos sobre el mundo eran apenas eso, tres décadas, muy distinto, verdad, no como hoy.

Han llegado al Pont Neuf, ribera izquierda, y Lucho mira primero las aguas (una pareja de patos navega plácidamente), luego las nubes: gaviotas. El sol acaba de ensartarse en la cúpula de una iglesia lejana y vierte su sangre purpúrea sobre los muelles del Sena. Vuelve Lucho a concentrarse en las aguas verdosas del río. Los patos giran ahora alrededor de las pétreas columnas que como proas se sumergen río abajo para sostener al puente nuevo; algunos niños agitan las manos desde la cubierta de una blanca «vedette» enfilando rumbo hacia la torre y cruzándose ahí con una peniche que avanza indiferente y le saca a Lucho un saludo marinero: *Adiós, capitán adiós / en ti se rompió un bauprés*. Riberas que no cambian, pero donde ya cuando llega el filo de la noche se preparan los enamorados. Dentro de muy poco, dos muchachitas se estarán besando cálidamente entre caricias, apoyadas contra la baranda de la costera, y un poco más allá una dama entrada en años le estará diciendo a su jovenzuelo ansioso que no más, deben terminar, mientras le da un voraz beso fluvial al aire libre, libre también de todo prejuicio, todo, para todo da París,

hasta para que suba la euforia, se cuele la nostalgia y también sin ambages, como las dos muchachas, como la vieja impúdica, Lucho vuelva a mirar las aguas y las nubes y recuerde de pronto que *si yo deseo un agua de Europa es el charco / negro y frío donde hacia el crepúsculo perfumado / un niño arrodillado lleno de tristeza lanza / un barco frágil como una mariposa de mayo*, y entonces empieza otra vez sin vacilación, con esa voz cargada de vibraciones, a cantar Sur, *San Juan y Boedo antiguo, y todo el cielo...*

Sí, piensa Marambio treinta años después, perderla, a Laura Cárdenas por la más perra de todas las razones, la más temible, la patética, ¿qué culpa podía estar expiando, era acaso cierto eso de que en la vida nada es gratis, todo se paga? Pero si Marambio nunca hizo daño, ¿verdad Laura, verdad Denisse, verdad todas? Daño nunca, ¿o sí daño? Probablemente Marambio no sospechaba aún que él podía seguir amando a Laura Cárdenas más allá de su rechazo, como víctima involuntaria de un castigo eterno.

Y esa «peor de las razones» lo remontaba a una noche de *tropical splendour* —otro recuerdo— en las afueras de Veracruz, sin Lucho, con bastante marisco, mucho ron, y todo el bolero. Gigantescos camarones, ostras que parecían recién sacadas del mar, ahí no más, al otro lado de la ventana, pleno Golfo. Los concurrentes, con el corazón contento y ya incapaces del más mínimo bocado, solicitan entonces que cante el bueno, *el choro*, el a toda madre de Reifiel, el mexicano de gran bigote y modales de charro que, sin dar pie a ruegos toma la guitarra y las emprende con su ronda de boleros que justo empieza con ése del tipo que no sabe cómo

explicarle a su corazón la vergüenza de ver a la amada con otro amor que sí le daba lo que él no le pudo dar, y a todos nos saca a borbotones la risa, porque a nosotros no, muy lejano eso, muy ajenos al problema del que lo comprendía todo, menos el hecho de haber fallado como amante. Risas, risas, pobre tipo, problemas tan remotos como la cordillera de los Andes. Camarones y risas. Risas y ostras. Pero risas, risas. Y mucho ron.

Hoy, tanto después, el atormentado Marambio no podría reírse de aquel bolero. Hoy, Marambio más bien podría desesperar, retorcer sus manos, echar una puteada y preguntarse filosóficamente por qué a él. ¿Por qué Laura entre todas las mujeres? Pero la contrapregunta surge inmediata: ¿Y por qué a él no? ¿Por qué no a Marambio? *Nostalgia de las cosas que han pasado, arenas que la vida se llevó*, canta Lucho frente al Sena treinta años antes, cuando a ninguno de todos ellos se le habría pasado por la mente que alguna vez, amando mucho, pudiera fallar lo mero principal. Treinta años, ni uno menos, treinta, para qué le voy a decir que no, si sí. Marambio recuerda las ostras y los camarones, el calor de Veracruz recuerda, su amigo Reifiel: *que te dio lo que nunca te diera yo* ¡nunca! Bien puesta venía la palabra: nunca. Porque desde esa primera vez las cosas no anduvieron como se debe. Precisamente «lo mero principal», ahora, la vez que más quería, ¿o no? ¿O cada nueva vez es la que más se quiere?

—Me gusta esto —dice Laura Cárdenas acariciando con vehemencia la dureza de la entrepierna—. Quiero esto para mí —sigue diciendo mientras oscila sus caderas y se

retuerce al sentir las vagancias rítmicas de los dedos de Marambio por sus túneles húmedos y la mano dictatorial que oprime sus pechos, uno y el otro, aprisiona y libera, aprisiona y libera—. Dios santo —dice—, ya por favor —dice— sí, sí, ahora, métemelo —y llega el momento de los delfines, la carga triunfal, la entrada en ese golfo cálido, anhelante, y entonces el mástil se desploma, lo duro se derrumba en el umbral y Marambio se retira humillado, ¿qué es eso? Sobreviene el silencio, ¿por qué a él, por qué ahora? Hubiera querido una muerte muy distinta, una muerte como la del «estratega», de algún modo feliz, a pesar de estar clavado a tierra por una flecha enemiga, desangrándose, pero escuchando también *el solitario grito de otro ser que ha buscado comunicarse con quien ama y lo ha logrado, así sea imperfecta y vagamente*. Una muerte en que la gloria del recuerdo se alzara en cada imagen por sobre las dentelladas del dolor. ¿Qué tendría en cambio? ¿Qué muerte le esperaba?

—Lo siento —dice Marambio.

Laura Cárdenas enmudece.

—No sé qué me pasa —dice Marambio.

Laura Cárdenas mantiene silencio.

—No entiendo.

Laura Cárdenas vuelve hacia él su espalda desnuda y melancólica como ese amanecer.

Pesadumbre de barrios que han cambiado, canta Lucho a orillas del Sena, cuando la sombra empieza a caer sobre las torres de la Catedral y una luna todavía pálida amenaza noche de lujo, *amargura de un sueño que murió*.

Barrios que han cambiado: primero se veía todo el cielo, después apenas *un triángulo isósceles nublado*, primero la Inundación, más tarde el Terraplén; es como todo cambia, como van bestializándose nuestras gentiles ciudades de antes, aunque desde luego París es otra cosa, París es una fiesta, París no cambia, el pasado aquí no se destruye. Pero Sur, dice Lucho, o dijo alguna vez, no es tan sólo el tango de los cambios urbanos: es también la nostalgia de los amores perdidos, *ya nunca alumbraré con las estrellas / nuestra marcha sin querellas / por las noches de Pompeya*. París treinta años antes, los mosqueteros y *La vie en rose* porque todo era distinto, la piedra en el pecho y «veinte años después» que parece mucho porque simplemente *tu amor y tu ventana, todo ha muerto, ya lo sé*. Eso es lo malo, dice ahora Marambio, tanto después. Lo malo es que ya nunca.

EN CHINA

Alacrán negro

¿De que cómo llegué a tatuarme este siniestro alacrán que adorna mi brazo? Pues ahí que una tarde, como sin saber leer ni escribir, sólo porque a un cónsul se le ocurría ser choro, me paseaba yo como Diego por su casa sobre la cubierta de una lancha que se mecía plácidamente mirando las deslumbrantes luces de Hong Kong, dándole gusto al paladar con unos bocadillos de langosta nada de malos, castigando a la neurosis mediante un vodka de primera y hasta haciéndole mis guiños bastante seguido a una chinita por la que podrían haberse suicidado algunos cuantos ingenuos de los que aún creían en el amor, como por ejemplo yo, que —reconozcámoslo— además de lanzarle mis dardos visuales a lo Casanova, como descargas eléctricas, dígame, pensaba sin poder evitarlo en lo que Nadine estaría haciendo por esas horas en Pekin, en el Druzhba más concretamente, y mientras el cónsul picafloreaba entre grupo y grupo a pura sonrisa y yo, bueno, como para echar la carcajada, por primera vez en una fiesta en lancha, igual que un Onassis cualquiera pero con muy pocos temas de conversación y muy pocas ganas de comunicarme aunque quizás hubiera alguna razón para estar ahí. La cosa es simple, seamos claros: después de un par de años trabajando en China, las emprendía ahora hacia mi «larga y angosta faja», que de seguro me andaba echando de menos, y como debido a que el pasaporte lo tenía bien vencido, desde Pekin le había escrito a este

cónsul de Chile para saber si en Hong Kong renovarían mi documento sin problemas y él, así tan suelto de cuerpo, me contesta en una carta que desde luego que sí y que además lo llame cuando llegue para saludarme y ayudarme en lo que se me ofrezca, hotel, pasajes o cualquier cosa, de modo que al bajar del tren que me acarreó el último tramo, desde Cantón a Kowloon, la parte continental de la colonia, lo primero que hice fue telefonarle a ese amigo que aún no conocía en persona para que me dijera si sabía de algún hotelito más o menos barato pero donde no hubiera muchas cucarachas, y él me dice amigo, en qué buen momento llega usted, y que lo espere en la estación junto al kiosco de revistas y pasará por mí ya que iremos a una fiesta navegable y ahí hablaremos de todo, porque hay también algunas personas muy interesadas en preguntarme ciertas cosas sobre la república popular, de manera que sin siquiera cambiarme de camisa, a pesar del sudor, ahí estaba diciéndome que la chinita ya era mía, mientras un italiano de voz algo áspera cantaba «ciao ciao bambina, un baso ancora» y mientras un tal Kennedy acababa de ganar las elecciones presidenciales en los Estados Unidos de Norteamérica, la democracia más perfecta —¡riámonos!— que se había dado sobre la tierra. Pero la verdad es que entre trago y trago, que ya susurraban varios, cada vez el cónsul, los invitados, los anfitriones, al parecer una pareja de millonarios austriacos, y hasta la misma chinita, me iban importando bastante menos, porque con el correr de las horas y con los grados de alcohol lo que me estaba dando duro era Nadine, la pequeña figura francesa centro en ese momento de casi todos mis escenarios con sus dos pequeños salvajes en el restorán occidental comiéndose

uno de aquellos fabulosos *club-sandwiches* de varios pisos y la majamama de huevos revueltos con callampas que el Cara de Pastel llamaba *muchelón* y estaría ella pensando en el traguito después de comida en su departamento y en los amigos que llegarían y, desde luego, lo que más estaría, al menos durante las primeras semanas, es acordándose de mí a cada rato, de mí, que ahora ya me iba para siempre, a lo tango, que después de dos años de construcción socialista llegaba de nuevo al mundo de los lobos.

—En el momento mismo de cruzar de un país a otro —le dije al cónsul— viene una especie de temor. Una sensación como de estar dejando atrás la seguridad y metiéndose en la cueva de los ladrones.

Y en realidad, cuando el tren de la China Popular llegó a la frontera, comenzaron a zumbar las notas de esa musiquita que a todos nos tenía ya hasta el pescuezo, «qué bueno es el socialismo», y no porque creyéramos que el socialismo no fuera bueno, sino que la transmitían todo el santo día y teníamos que tragarla en el trabajo, durante la gimnasia, en el Druzhba, en la radio y en los parlantes callejeros del centro, algo así como si se pensara que de repetirla y repetirla el socialismo llegaría a ser incluso mejor. En todo caso, al escucharla en los momentos en que se iba llegando a las líneas que separan la república de la pequeña colonia inglesa resultaba hasta emocionante porque era como una señal, como si por última vez te dijeran «ahora que entras de nuevo en la mierda, no te olvides, recuerda, recuérdalo bien, que el socialismo es bueno», pero la verdad, hasta ese momento de placidez marina lo único que había hecho en mi nueva y definitiva visita al mundo de las fieras era recorrer un trecho

en auto, abordar una lancha tripulada por gentes bien vestidas, navegar por la bahía oscureciente y engullir langosta como loco, regadita con un vodka de los buenos.

—Claro —dijo el cónsul—. Tenemos informes de que detrás de lo que llaman «cortina de bambú» han dado al tacho con la corrupción, ya nadie ignora que no quedan prostitutas ni que a los hampones los meten en centros de reeducación. Pero lo que es aquí, ándese con cuidado. En la isla flota la más inmunda ralea de aventureros internacionales, traficantes de drogas, de armas, de blancas, de cualquier cosa, le digo.

Se me hacía un nudo en la garganta y me venía una sensación de vértigo en el estómago.

—Y los marinitos de la Séptima Flota —siguió el cónsul—. Es aquí donde los traen a divertirse y a fornicar cuando tienen licencia.

Se nos acercó una occidental treintoncita bastante pasable.

—¿Es usted el que viene de Pekín? —me dijo en inglés.

—Encantado —dije pasándole la mano. Y comenzó a hacerme una sarta de preguntas, que si acaso era verdad que esto y que lo otro y que lo que más allá y a decir por su propia cuenta que las comunas populares y el gran salto adelante, qué bárbaro, la voluntad que se gastaba ese pueblo, si hasta el Everest acababan de escalar, aunque le llamaran Jolmo Lungma, y a sus años Mao cruzaba nadando el ancho Yangtsé a toda velocidad, pero cuando supo que yo además le daba un poco a la literatura se le olvidó bastante China y se mostró interesada en que antes de que el pumita abordara el carguero que tocaría un puerto japonés y luego enfilaría

Pacífico adentro hacia esas tierras que ya andaba extrañando bastante, con Nadine o sin Nadine, le pegara un telefonazo, porque ella también había escrito unos poemas.

Fuera, pues, de que las langostas y los bocadillos estaban como para lamerse los bigotes y de que al oscurecer, la vista perfilada de Hong Kong era soberbia de luces y esplendor, la reunión flotante no tuvo ningún brillo especial.

Después de bajar a tierra, el cónsul me llevó hasta un hotelucho donde según dijo, siempre había cuartos.

Lo primero que vi al entrar en esa habitación minúscula y sofocante como una fábrica de Chungkin fueron dos enormes cucarachas que circulaban por la pared, justo sobre la cabecera de mi cama. Siempre me han deprimido mucho las cucarachas, de modo que decidí salir.

Estaba relativamente cansado, pero no eran las once todavía y a través de la ventanuca tentaba un cierto bullicio vicioso circulando por la calle, tiradores de ricksha, puestos de fruta sobre la acera, gentes moviéndose inquietas, humos de cocinería callejera, y entonces bajé y eché a andar por ese mundo estridente a la misma hora en que Pekín entero dormía y no caminaba un alma por la ciudad, dormía, digo, exceptuando al cosmopolita grupo del Druzhba que por las noches solíamos reunirnos en el departamento de Nadine a echar una manito de póker, consumir un par de botellas de maotai y hasta bailar acaramelados *blues* si se daban los ánimos.

Dos chinitas se cruzaron conmigo muy risueñas, sacándoles buen partido a esos espectaculares vestidos de seda gruesa cerrados hasta el cuello y abriéndose desde los muslos en dos lenguas largas que dejaban ver sus piernas

delgadas y esbeltas. Un *rickshawboy* se arrimó a la acera y se puso al lado mío.

—*Want girl?*

Le dije que no sin dejar de caminar, pero siguió tirando su carrito junto a mí.

—¿De qué edad le gustan? —insistió.

—No quiero —le dije. Ya me estaba irritando. Un coche pasó muy lento por la calleja estrecha y la humedad hacía que ropa y cuerpo fueran una sola masa pegajosa.

—¿De doce años? —siguió el tirador de ricksha. Negué mediante resignados movimientos de cabeza.

—*Want boy?* —dijo entonces—. *Also twelve years.*

Me detuve y lo enfrenté.

—No quiero nada —le dije con una ligera carga de amenaza en el tono. Y entonces el tipo, rapado al cero absoluto, y con una porquería de bigote, hizo una sonrisa de disculpa y se alejó calle abajo.

Me detuve frente a un *dancing* que se veía agradable y decidí que lo mejor que podía pasarme en ese momento era una cerveza bien helada. Un muchachito de unos doce años me abrió la puerta, esperando quizás una propina, *want boy*, pensé, y pensé —se me hizo la luz— que eso era exactamente lo que jamás había visto en la otra China. Allí todos los niños estaban en las escuelas. Ninguno andaba a las once de la noche ni a ninguna otra degenerada hora abriéndoles las puertas a babosos que perfectamente podían abrirlas ellos mismos. Desde ese preciso punto, desde ese mínimo detalle hacía la diferencia y sentado ahí ya con una linda garzona atendiéndome no quise dejar que se me vinieran encima los dos años de China con su rara mezcla

de aprendizaje y astracanas, la iniciación en el entendimiento de lo que son los procesos revolucionarios y las frivolidades cometidas en noches de juerga y adulterio, la vida en esa ciudadela de donde no hacía falta salir porque se encontraba de todo, de todo menos de pueblo chino, y donde italianos, franceses, sudamericanos y árabes hacíamos buenas migas y en las noches, después de jornadas agotadoras, nos sentíamos agobiados por el ocio y nos concentrábamos a convivir en diferentes casas, ni dejar que la fea jugarreta que le hice a Nadine me torturara ese momento de música y cerveza, mientras la cerveza y la música me iban poniendo serio y se me venía entonces al corazón no ya el gigante dormido que ahora despertaba violentamente sino la tierra con forma de espada, larga y angosta y curva en la punta, donde en algún lugar preciso, una provincia primero, luego una ciudad, después un barrio y al final una calle llamada Macul, una amplia calzada de casonas viejas hacia la cordillera, me estuviera quizás esperando la pololita de otros días, Ester de ojitos verdes y saltones, de piernas deportivas y sonrisa de serpiente, y quería llegar de una maldita vez a pedirle su flamante mano para insertarle en el dedo este anillo de plata y jade que llevaba en el bolsillo y que Nadine, a lágrima viva, había insistido en devolverme cuando partí, para no quedarse con nada que pudiera recordarle al ingrato irresponsable que primero le hacía trizas su matrimonio y después se largaba lavándose bien las manos, como diciendo aquí no ha pasado nada y a mí que me registren. Porque desgraciadamente una tarde de sábado, Pierre se había ido con los niños a la Gran Muralla y Nadine estaba sola. Yo me refrescaba también

solo en la piscina cuando la vi venir espléndida provocando con un bikini bermellón y mínimo. Se zambulló sin vacilaciones y nadó hasta el lugar donde yo flotaba plácidamente y sin problemas.

—¿No fuiste a la excursión de la Gran Muralla?

—No —le dije—. He ido varias veces ya, y hoy tengo mucho calor, de manera que me quedo con el agua.

Después espontáneamente nos encontramos jugando, nadando en fila, echando carreras y haciendo algunas de esas típicas piruetas acuáticas que requerían que nos tomáramos las manos o que yo la cogiera de la cintura desnuda. Cuando el cielo empezó a tronar y descargó un aguacero implacable que como agua nada le hacía al pescado, pero que como golpe producía daño en la cabeza, Nadine dijo que se nos había acabado el baño y que si quería ir a su casa a tomar café con buñuelos. Los buñuelos no me interesaban para nada. El café sí, porque lo preparaba en una express que le habían traído de Italia. Y, bueno, Nadine desde luego también, aunque lo que menos quería era meterme en líos, pero considérese que las chinas eran bien inaccesibles y que la única posibilidad de sexo para los solteros, a falta de putas, consistía en agredir a una que otra casada agredible. Pero con líos o no, después de vestirme me fui a tomar ese café.

Nadine estaba con un short a rayas verdes y una blusa ceñida que destacaba deslealmente su par de pechos perfectos de tersura. Cuando entré me besó en la boca y me dijo que yo le encantaba, que le había gustado desde la tarde en que la acompañé a Liulichang, la calle de los anticuarios, pero que yo era un tontón ciego que no se daba cuenta de nada.

No hubo más remedio que meternos en la cama, sin café y, por supuesto, sin buñuelos, pero con una especie de antivértigo que nos llevó a las más altas regiones.

Los meses siguientes resultaron casi de locura y cuando finalmente Pierre se fue de casa, todos pensaron que su lugar llegaría a ocuparlo este pechito irresponsable que primero dejaba la crema y luego se hacía olímpicamente el huevetas y, seguía, entre conflicto y conflicto, gozando de todos los favores y las gangas de esta linda francesa aunque sin meterse en profundidades, independiente hasta los huesos, soltero de ley, porque a mí con ésas no, chileno de los fieles, —reservado a finales para una chilena también, del norte o del sur o a lo mejor hasta de Rancagua, por qué no, pero con cerveza y todo, y con chinita sonriente atendiéndome en el *dancing*, los recuerdos me aturdían— esos ojos acuosos de Nadine y lagrimeantes- y se me agolpaba un nudo en la garganta y de pronto, además, encima de los vodkas navegables, la cerveza me revolvió todas las fibras de la mente y me largué de nuevo en picada hacia la noche, sin pagar mi consumo, hasta sin hacerle un guiño agradecido a la chinita, y en la calle corrí, corrí sin siquiera saber dónde iba, corrí entre luces frenéticas que eran como si a la vía láctea le hubiera dado un ataque de epilepsia, corrí hasta encontrar por fin las elegantes puertas del Palace y como un poseído de los espacios enfilé directo al teléfono, Pekín, Yoipinguang; bloque número siete, departamento cinco, Nadine, persona a persona, y casi llorando, suplicante; le dije que se viniera, que se las arreglara de algún modo y se viniera, que nos largáramos a Santiago con hijos y todo y que dedicáramos el resto de todo el tiempo, entre otras cosas,

a vivir juntos como correspondía, no se fuera a echar atrás, decidiérase en el acto, Nadine, pero ella no, sigues tu viaje solo chileno maricón o, en otras palabras, «ándate derecho a la cresta» como bien merecido lo tenía, porque resulta entonces que sí estaba enamorado pero hasta las patas y ni una miserable semana me había durado el aguante, así que después de colgarle sabiendo que ya no, que definitivamente ya no, seguí noche adentro por las calles de la isla, hasta que se me atravesó un galpón donde un viejo tatuador de túnica azul esperaba marinos rubios para imprimirles mujeres desnudas en la espalda y corazones en los brazos y de jodido, de puro nublado, me metí a la sala y entre todos los dibujos que llenaban las paredes, elegí este alacrán negro, se lo señalé al chino y me arremangué la camisa.

EN NUEVA YORK

Aria para la cuerda del sol

It is the same old story:
a fight for love and glory
Canción norteamericana de los 40

uno

Y entre todo el cúmulo de sensaciones y recuerdos, de olores y música que retornaba mientras el suero caía gota a gota en mi sangre, ahí estaba Nueva York en pleno verano agobiándonos con su feroz humedad, la isla de Manhattan apuntándole al cielo sus edificios inverosímiles, sus «casas de cincuenta pisos», la calle 86 entre Lexington y la Tercera, custodiada siempre misteriosamente por un rollizo policía irlandés, el viejo edificio cerca de la esquina, frente a la farmacia que mostraba en sus ventanas globos de vidrio rojos, verdes y amarillos, el cuarto piso silencioso y el oscuro departamento 43 de pasillos largos, con la vieja y su perra, muy severas como nadie las dos, y mi pequeña habitación sin ventanas pero con un clóset donde cabían de sobra los dos trajes que llevaba y mi violín. Un barrio agradable, con el Central Park a pocas cuadras, en cierto modo plácido a pesar de la estación y las temperaturas vencedoras de todas las paciencias, pero de la mía no, porque no podía vencerme y entonces, desafiante y empeñoso, me concentré una de las primeras mañanas en la tarea más urgente que por esos momentos se me imponía: la compra de un atril. Después de

todo había llegado a Nueva York para conquistar el mundo y esa beca, aunque me costara muchas lágrimas, mucho sudor, y mucha sangre, tenía que ganármela, porque era la rama del árbol del tiempo de Diana, era la varilla mágica, era la lámpara de Aladino que me abriría las puertas del cielo, las puertas desde donde nacía ese camino celeste de música y ángeles que debía ser mi vida, el destino que se me había marcado desde que a los tres años pusieron en mis manos un violín. Y en verdad era para eso que estaba ahí, era para eso que mi madre vendió sus dos Monvoisines, me compró un pasaje en barco y me entregó un libretto de cheques viajeros para que me barajara el primer tiempo, diciéndome casi con fiereza que fuera a ganarme esa beca y que no me atravesara a volver antes de ser el primer violinista de este planeta, mejor que Heifetz, que Menuhin, el Paganini del siglo, que sólo entonces podría hablar y decirle algo. Pero sí le había escrito una carta quejándome de lo solo que me sentía en esa ciudad hostil y deshumanizada donde nadie estaba dispuesto a dar por uno media chaucha y donde la comunicación era difícil porque el inglés en nada se parecía al que me enseñaron en el colegio. Y ella también había contestado enérgica que no, señor, que nada de soledades ni depresiones melancólicas, que a prepararse como mandaba Dios y a ganar esa beca. Y alrededor de la segunda semana también le había escrito una carta cantándome que ya tenía un cuchitril barato pero como para darse pedrazos en el pecho porque consideráramos que el barrio estaba bueno y que si la cosa no era fácil en general, mucho menos fácil aún era para un chileno en un mundo donde no existían los chilenos porque todos los que hablaban español eran latinos

—fíjate, mamá, un vecino desgraciado me preguntó *you latin?* con una mueca de desprecio— o bien *dirty portorricans* para los más bárbaros, que sin duda eran los más, los más y los más, mamita, un verdadero país de gigantones brutos, porque no iba verdad a ser mía la culpa de no medir un metro ochenta ni tener el pelo rubio, pero que esperen, que vayan esperando porque ahora sí le juro, se lo juro por lo más sagrado, se lo juro por usted y por la memoria de mi padre, que esa beca me la voy a ganar.

Sí, me la iba a ganar porque no había un maestro en el mundo igual que Steiner el gran fabricante, el inventor de los mejores violinistas de la época, a cuyas huestes estaba yo con la voluntad muy lista para ingresar. *Gánate esa beca*, escuchaba obsesionado a la voz de mi madre por las noches, esas noches húmedas de charco en la cama, *gánate esa beca y empieza a ser grande* y veía su imagen, su rostro severo y lleno de amor y encendía entonces la lamparita y me levantaba a mirar mi partitura, pero sus hojas estaban flácidas, pegadas unas con otras y la tinta de las notas empezaban a deslizarse por las páginas calientes, sí, un verano para el que no servía una ducha, ni dos, ni tres, qué sed, Dios santo, qué sed, y tratando de pegar los ojos, a revuelcos desesperados, se me aparecía otra vez mi madre exigiéndome la beca, empujándome con muchas fuerzas a la grandeza, al único tipo de grandeza que podía importarle a mi vida. Por ello aquella mañana, desafiando al calor y a la humedad de cien por ciento, entre gritos de chiquillos que jugaban alegres a la pelota contra las paredes, grupos de negros hablando en las esquinas, en ocio, y la música estridente del «elevado» que arremetía cada tres minutos,

recorrí largas cuadras de la Tercera Avenida, ojeando desde fuera las galerías de pintura, las vitrinas de los anticuarios, haciéndome de paciencia para tomar una cerveza en cada boliche, sudando lo que se llama la gota gorda y metiéndome eso sí en cada cambalache hasta encontrar por siete dólares un atril que quizás algún estudiante en apuros hubiera empeñado para comerse un par de hamburguesas con mostaza y ketchup. Pero yo no estaba en tren de remordimientos y al diablo los sentimentalismos —¿verdad, mamá?—, que después de todo, feliz el estudiante si supiera que su atril había caído en manos nada menos que de Guillermo Collins, chileno, soltero, 20 años, y dispuesto con todas sus miserables células a abrirse paso por la senda de los inmortales. Ahora sí, con atril sí, porque en sólo quince días ofrecía el concierto privado que debía decidir su destino y la vieja Olbert, una alemana hosca y despectiva que pasaba poco en la casa, le había dado permiso para estudiar en el salón, un salón con las cortinas siempre cerradas, con los muebles amontonados y llenos de polvo y donde sobre la alfombra se pasaba horas durmiendo la pobre perra, vieja ya también y gorda como su dueña, que desde ahora, pensaba deshaciendo las cuadras con el atril bajo el brazo, estaría obligada a escuchar durante días los ejercicios y también las notas tristes y algo dulces del Concierto de Wieniawski con el que los jurados y la Fundación patrocinante verían lo que sus dedos eran capaces de hacer.

Y a los dos días también le había escrito una carta contándole que ya tenía el atril, que con calor y todo le metía firme al estudio y que dos veces había ido a comer a casa del cónsul, donde había conocido también a dos personas

interesantes, el gran Tótila Albert (¿se acordaba del Rodó en el Parque Gran Bretaña?) y un tal Sándor Horwitz, un pintor rumano que lo dejó muy invitado a su taller, y que el propio cónsul era escritor y su mujer, Laura, fotógrafa y le iba a tomar fotografías tocando el violín y en fin, qué ambiente, mamita, lástima sí que no podía dedicarle mucho a la vida social ni a la tertulia ni a la bohemia porque si te acuestas a las dos de la mañana con tres jaiboles en la cabeza, no puedes levantarte a las siete ni apuntarle a una sola nota y así no se ganan becas, verdad. Pero qué feliz se sentía de haber conocido a esas personas y sobre todo, muy sobre todo, de haberles caído simpático, de haber pegado en el clavo. Vamos bien, mamá, vamos bien.

Y eso otro no se lo escribió, pero igual podría habérselo escrito, lo de la noche que don Roberto y Laura lo pasaron a buscar para ir a tomar unas cervezas al taller de Sándor. Pero Guillermo Collins casi siempre había sido un solitario, ¿verdad Guillermo Collins? El duro y exigente ritmo de los estudios musicales, más los estudios regulares del liceo —que prácticamente venía terminando— nunca le dejaron mucho tiempo para jugar a las bolitas y a veces desde la ventana de su casa, afinando el instrumento, miraba de reojo cómo los niños de la cuadra hacían zumbiar el trompo, ni mucho tiempo tampoco más tarde para ir a los billares, le dolía, le dolía sin pensar que nunca pudo hacer más de dos carambolas, ni tiempo para tener muchos amigos, pocos amigos, amigos, de manera que seguramente a los demás les parecía tímido falto de mundo, quizás insípido, pero eso sí muy dispuesto a la sonrisa, a recibir la cordialidad que le ofrecieran y a entregar también la que pudiera dar.

El taller quedaba en Harlem y era un enorme galpón, quizás una vieja leñería, poblado de cuadros gigantescos, óleos de temas predominantemente religiosos compuestos a todo color, cuerpos desfigurados con audacia, escenas donde a menudo aparecía junto a Cristo el propio pintor, con su frondosa barba roja. Eran hermosos cuadros; vitales y profundos, llenos de pasión.

Don Roberto me presentó como un violinista chileno de gran futuro y dijo que había escuchado mi primer concierto, en la sala de una biblioteca, a los cinco años, donde fotógrafos acechantes disparaban para asombrar luego a Santiago con la presentación del niño genio. Laura me dijo «cuidadito, jovenzuelo, nada de tomar, que mañana». Y mientras a la manera chilena les iba dando la mano a cada una de las personas, me di cuenta de pronto que era el único del taller vestido con traje y corbata, como pollo en un corral donde todos andaban a la libre, de seguro más cómodos y más frescos que yo. Pensé en sacarme la chaqueta, pero me dio vergüenza porque usaba suspensores. Irene, la señora de Horwitz, era chilena, una mujer bonita, de pelo corto y sonrisa cordial, algo pitucona de modales y palabras.

—Hay un colega tuyo que quiero presentarte —dijo y me llevó hasta un rincón donde, para mi sorpresa— no supe en ese instante si agradable o no —se dejaba escuchar muy a gusto Alfredo Durán, por un grupo de personas jóvenes donde deslumbraba una belleza rubia de muy profundos ojos azules.

—Hola, Guillermo —me dijo con naturalidad, como si fuera lo más normal encontrarme ahí.

—Alfredo...

Nos habíamos conocido como se conocían muchas personas en el Conservatorio, así no más, de vista, de puro saludo, de nombre. Durante años debemos habernos cruzado en los pasillos de la vieja casona de Compañía, o habernos sentado en bancos contiguos para las asambleas de alumnos, donde yo jamás abrí la boca, pero él a veces tomaba la palabra y hablaba con elocuencia sobre la Federación de Estudiantes, o alguna huelga, o las necesidades de la escuela. Era un tipo de cabeza grande, ojos salientes y por cierto uno de los buenos pianistas que el Conservatorio había dado.

—No sabía que estuvieras aquí —me dijo.

Le conté que recién había llegado, que tenía ya una pieza y que me había comprado un atril de segunda mano, ¿y él?: él no, él había llegado tres meses antes, él estaba viviendo con una mujer (casada, me dijo al oído), arrendaban un buen departamento que tenía un piano de cola, y esperaba que Arrau (¿ya fuiste a verlo?, me preguntó) le ayudara a enchufarse, quería grabar, lanzarse al mercado mundial, ya en Chile no tenía, al menos por ahora, nada que hacer. Luego me presentó al grupo como a un viejo amigo, palmoteándome la espalda. La rubia se llamaba Kate y al saludarnos me miró a los ojos. No supe qué hacer ni qué decir. Si hubiera tenido elección, habría emprendido las de villadiego a toda bala, me habría lanzado por la ventana hacia un mundo menos asfixiante, o me habría fondeado tras los bastidores de los cuadros que se aglomeraban en diversos rincones del taller. Pero no tenía elección y ahí me quedé con la cola entre las piernas, siempre sin saber qué decir ni qué preguntar, retirándole un poco la mirada a esos ojos lanzallamas y

quemantes y pensando con rabia que además de las bolitas y del billar, la rigidez de mis estudios me había quitado también el amor, porque aparte de lo del barco, mis experiencias eran las de un niño de pecho. Qué era eso, me decía, de vivir con una mujer (casada, así al oído), si apenas Alfredo lo llevaría por unos dos o tres años y cómo tan macanudote, y esta rubia blanca lanzándome quizás por joder su artillería, por joder digo porque yo qué, yo nada, yo casi un imberbe inocentón y vestido como imbécil, con la vista gacha y avergonzada, con los suspensores que me quemaban, y muerto de miedo, pero entonces llegó la idea y saqué pecho y aunque pueda parecer idiota no lo fue y me sentí feliz, feliz de una felicidad rara y envolvente que abarcaba también al futuro, cuando le decía «quisiera tocar un día para usted», y los ojos de todos dispararon risas y Alfredo me dijo, algo así como picado, que no fuera pelotas porque me iba a echar «con la música a otra parte» y yo opté por reír sonsamente y acepté un cigarrillo salvador que alguien me ofreció. Sentía arder las mejillas. Pero no fue una idiotez.

Todo un mundo se hallaba ahí reunido en ese taller y también me hizo feliz la idea de que yo estaba comenzando a pertenecer a él. Tótila de pronto hablaba de las maravillas de su mantis religiosa, que solita llegó una tarde a su estudio y se quedó viviendo con él, y de pronto se ponía serio y explicaba que mientras no terminara de expresar el mensaje que había recibido del Tres Veces Nuestro no seguiría esculpiendo, que llevaba ya varios cuadernos, y se quejaba también de que en el metro dos mozalbetes degenerados se habían burlado de su melena y uno hasta se había atrevido a preguntarle si acaso era hombre o mujer; y Sándor

paseándose de grupo en grupo, sonrientes y generoso, con su vaso de cerveza, y don Roberto y Laura tranquilos y yo casi todo el tiempo haciéndome el tonto, contemplando los cuadros otra vez para no tener que darle mucho a la conversa, hasta que volví al grupo de Alfredo y casi con audacia, sin mirar a Kate, le dije que le iba a pedir un favor y le pregunté si quería acompañarme. No podía disponer de orquesta para mi concierto y necesitaba el acompañamiento de un piano, aunque comprendía bien que Alfredo no era para eso y que hasta podía ofenderse. Pero dijo que sí, que por su puesto que sí, y sellamos el compromiso con un apretón de manos. Tuve la cálida sensación de que había encontrado a un amigo. Desde otra parte del taller, un hombre algo calvo como una bola de billar y algo grueso, me miraba con cierta sonrisa. Pero todo eso no te lo conté, mamá. Un poco de agua, enfermera, se me seca la garganta...

dos

Ahí Nueva York, sí, el verano, el taller, el living polvoriento donde cada vez iban saliendo más perfectas las notas del concierto, a pesar, por una parte, del recuerdo torturante de Kate, pero debido también a ese mismo recuerdo, porque si en honor a la verdad tengo que confesar que así de pronto me venían unas ganas salvajes de tirar el violín por la borda y salir a toda vela a buscarla, a perseguirla por las calles y los parques, a escudriñar cada escaño de las plazas, a meterme de casa en casa hasta encontrar otra vez su mirada, es justo confesar, también en honor a la verdad, que era esa misma mirada, sumada ahora a las sentencias de mi madre, lo que más me iba empujando hacia la cima refulgente de esa beca, y el castigo más duro, lo peor de lo peor es que tenía su teléfono, era dueño de la clave, lo tenía porque ella misma había querido dármelo aquella noche en el taller, cuando ya los grupos empezaban a dispersarse y llego hasta donde yo estaba, buscándola siempre de reojo, para decirme que no fuera a olvidar lo que le había dicho, que por favor no lo fuera a olvidar, bendiciéndome con una linda sonrisa cuando me pasó un papelito con su número, y yo ahora no quería despegarme de él, lo miraba, lo besaba, lo apretaba en mis manos suspirando, pero no hacía lo único que hubiera podido calmar mis inquietudes, apagarme el infierno, no me atrevía a marcarlo, no era capaz, tenía la certeza de que mi imaginación no llegaría más allá de escuchar el *yes?* pronunciado dulcemente desde el otro lado del hilo para después colgar el fono quedar convertido en un guiñapo, en un pájaro muerto, porque muy bien, y si llamaba, si llegaba a atreverme, ¿qué decir?

«Hola, Kate: la estoy llamando».

«Bueno, sí, me está llamando pero qué».

«La estoy llamando pero nada. Nada, fíjese: no puedo verla, mis centavos están contados, tampoco puedo invitarla a mi pieza, la vieja Olbert no lo toleraría y, además, es muy fea (la pieza, aunque también la vieja Olbert), pero mire, tengo una brillante idea de genios, escuche bien, no cuelgue y tocaré para usted y así podrán llegarle las notas mágicas de mi violín y después de eso estará obligada a amarme, no tendrá más alternativa, las puertas de la libertad se le habrán cerrado y le causará dolor y cosquillas, tortura y placer, esta *dulce ponzoña que se bebe con los ojos* pero que usted beberá con los oídos, esta *dura prisión sabrosa al pensamiento* que le cortará sus alas de paloma y que como un *lazo de oro cruel* ha de atarla a mi música para siempre, este mismo *dulce tormento* que me castiga mientras no puedo, mientras no soy capaz de hablarle, esta *confusión de locuras y de antojos* cuando el *adagio* va raptando tuétano adentro y sangre adentro, recorriendo como un monstruoso escalofrío cada vértebra».

Otro lado del hilo que ni siquiera podría imaginar cómo era, de qué color serían las paredes, qué prendas llevaría puesta la dulce Kate, cómo se había peinado y qué expresaban sus ojos, pero no, señor, ni para eso servía, ni para marcar un número que de seguro me había dado con el objeto claro de que lo marcara, de que lo hiciera girar como ruleta en el dial, y no con el oscuro objeto de no marcarlo, tercamente resistiéndome mientras ¿no estaría ella esperando ansiosa esa llamada, o sólo dio por darlo el número? Pero en su mirada había interés, simpatía, curiosidad, fuego, diría

yo, y luego qué, si yo marcaba el número y me decían que ella no estaba, que salió, que se había echado a volar como las gaviotas, que ya todos ignoraban su paradero, que la había llamado la luna y tuvo que partir, qué entonces, ¿cómo tocar una nota más, cómo no languidecer hasta la locura o hasta la muerte..? y justo por eso habría agarrado a besos al ángel salvador, le hubiera besado los pies en sucesivas prosternaciones al ángel salvador una de las tardes que en su casa ensayamos juntos, seis días antes del concierto, cuando me dijo que él y Raquel deseaban que me quedara a comer porque había comprado ostras y vino blanco y que invitara a alguien si quería también y yo, de vergüenza y también de idiota, dije primero que no y ahí se detuvo la tarde hasta que casi mordiéndome las uñas le dije reconsiderando, como que no quiere la cosa, que podría ser Kate, así muy a lo huevón pero sin hacer blanco, porque Alfredo me miró con los ojos carcajeantes de ironía y me dijo:

—Ahí está el teléfono: llámala.

—No —dije—. Tienes que llamarla tú, que eres el dueño de casa.

Finalmente fue Raquel quien hizo la llamada y el alma se cayó a las uñas de los pies cuando escuché decir «qué lástima, ah, qué pena, pero trata».

—Tiene un compromiso —me dijo Raquel despreocupada—; pero va a tratar de arreglarlo y si llega, llega.

Quedé con los nervios haciendo circuitos y el ensayo no se puede decir que fue un fracaso, pero anduvo lejos de lo que debía resultar, aunque el piano de Alfredo, con esa magia que quizás qué fuerzas misteriosas les imprimen a

algunas manos, o bien qué descargas cerebrales ordenan a esas manos la fuerza y la pasión, pero sí, tocaba con ángel, se entregaba con sangre y piel, se retorció en muecas, se le iba la vida a través de los dedos.

En alguna carta próxima le contaría a mi mamá que Alfredo y Raquel compartían un hermoso departamento, holgado de espacio y delirante de un extenso panorama desde el piso diez hacia el río Hudson, y lejos, a la derecha, el majestuoso puente Washington, colgante a través de su milla de anchura y muchos verdes, Nueva Jersey al otro lado también verde de tupidos bosques, y sin el neoyorquino desastre generalizado de toparse como único paisaje contra algún grisáceo y frío edificio de enfrente; que en una sala de forma irregular, le diría, toda alfombrada, se erguía el soberbio piano donde Alfredo tocaba sus seis horas diarias mientras Raquel podía quedarse mirándolo embobada, o escuchando desde la habitación, pero de algún modo amándolo en todo momento, con tanta fuerza, esa mujer estridente de risa, de tosco y hermoso rostro indígena coronado por una tupida cabellera azabache, violenta y apasionada de temperamento, que en algún lugar de la tierra tenía un marido que lo único que quería era no verla, pero que jamás se olvidaba de enviarle suculentas sumas de dinero para que ella no dejara gusto por darse, desprejuiciada, viciosa y cínica, porque si Alfredo se sentaba en el sofá, no tardaba en dejarse caer provocándolo a que con sus manos, con sus dedos nervudos le oprimiera los pechos opulentos que temblaban como grandes gelatinas, sin importarle para nada que estuviera presente, mirándome risueña, ah, niñito, como diciéndome mira tú cuánto me quieren, y que según

alguien de los que llegaron aquella noche al taller, cuando una vez fue recriminada por otra mujer que no compartía su afición a la liberalidad, que no aprobaba su convivencia con un joven, por muy artistas que fueran los dos, había respondido muy a la chilena y sin vacilaciones «sabís qué más, huevoncita, lo que pasa es que no quiero que me salgan telarañas en la cueva», tal cual, como si nada, bueno, claro que todo eso no te lo conté, mamá, pero sí te dije que era cordial, que me estimaba y me hacía sentir a gusto en su morada.

Y entonces estábamos ya los tres tomando de aperitivo un martini seco con cebollín en lugar de aceituna verde, muy frío, muy refrescante, y estaba la mesa embellecida por un bandejón repleto de ostras esperando el limón, la gota de Tabasco y el paladar ansioso, cuando un timbrazo abrupto le dio a mi corazón un campanazo, un buen golpe de tambor y sintiendo más allá de la razón que me ponía pálido, apuré mi trago, suplicante de que me retornaran los colores y de que los tiritones dejaran en paz a mis rodillas, a mis manos, a mi vida, y me puse entonces de pie para saludar a Kate ya entrando a la sala con un inverosímil y vibrante desprendimiento de brillo, belleza y color, cómo está, Kate, qué gusto de verla, sonrisa cordial, apretón de manos sin mayor contenido, ojos que miran, ¡salud!, sí, ya estaba visto —¿no, Alfredo, no, Raquel, verdad, Kate?—, bien visto y revisto que se entraba el habla como a un niño, que era una pura basura, Kate contemplando desde la ventana el río atardeciendo, un ferry iluminándose a lo lejos, con un vaso en la mano y yo ahí mismo de pie queriendo decir algo y sin

saber qué decir, cómo llevar adelante mi miserable comportamiento, mejor otra vez salud, salud todos, uno por uno, pero de pronto ya entiendo con nitidez que mi único medio de comunicación con el mundo, con el amor, con la amistad, es el violín y no la palabra ni la risa y entonces, antes de reventar para siempre y volar a los aires en astillas, dejé mi vaso vacío sobre la mesa y cogí el violín y sin decirle a Kate que tocaba para ella, sino diciéndole a Raquel casi en voz baja que iba a tocar para Kate, hice vibrar los primeros arpeggios de la *Chaconne* y me dejé deslizar plácido y loco hacia las profundidades del alma, seguí, con la absoluta certeza, la certeza casi alternativa, de que estaba interpretando como un enviado de los cielos, que el amor, y la pasión y la transparencia de Bach se habían metido dentro de mí, movían mis dedos, iluminaban mis ojos que ahora sí, sin timidez, con potencia y seguridad, se habían fijado en el rostro palidesciente de Kate, estática, inmovilizada por el magnetismo que pudieron desprender, igual que una avecilla hipnotizada por la serpiente que ha de engullírsela, asombrados sus oídos de que pudiera el mundo contener tanto amor, tanta belleza y, de pronto, mientras mi alma endemoniada mediante los dedos veloces escudriñaban el oscuro mundo del andante, queriendo descubrir su secreto, ella clavó en mí los ojos suyos haciéndome germinar la sonrisa del vencedor, porque esos ojos titilantes languideciendo en alegría, lloraban y era yo quien los hacía llorar, esos ojos me suplicaban porque yo les ordenaba suplicarme, ojos que habían perdido para siempre la voluntad, ojos esclavos de un amo que vagaba, corría, trepaba, se arrojaba al abismo, con una leve sonrisa sellada

en sus labios contentos, hasta ir alcanzando esa meta tranquila, tranquila, tranquila como la visión desde las alturas de un monte que se aleja de la tierra.

—¡Qué bárbaro! —dijo Alfredo—. ¡Qué recontrabárbaro carajo! —y no agregó más.

Raquel intuitiva me miró aprobando el método, diciéndome «ya es tuya, cabrito, lo supiste hacer». Y Kate no es que llorara, pero en sus ojos moraba un brillo acuoso y desbordante de puro amor. Ahora sí. *El mundo era mío, en él yo reinaba...* Unos momentos de relajó, otro martini seco y al ataque, que sobre la mesa había un centenar de ostras expectantes y dos botellas de vino blanco también ansiosas de cumplir su destino, y van también a sentarse dos parejas, no cuatro personas, no una pareja y dos personas, sino absoluta y definitivamente dos parejas, dispuestas a cumplir el rito de la cena, pero no creas, mamá, no es el sabor sublime de las ostras, ni el leve dulzor helado de aquel vino, lo que perfora el recuerdo, sino esa caminata desde la salida del metro por una larga calle de Brooklyn donde crecieron árboles bajo el calor invariable de la noche, tomados espontáneamente de las manos —había hasta dejado mi violín en casa de Alfredo, pensando en el momento del beso— y casi sin hablar, hasta la entrada de la casa de Kate, iluminada tenuemente por un farolillo marinero.

—Es muy tarde para invitarte a entrar —me ha dicho, recostándose contra la puerta—. Seguro que mamá ya duerme.

Entonces pude con mi mano tomarle delicadamente la barbilla y después de amar con la mirada esos ojos «cambiantes como el mar», la besé en los labios mamá. Fue

un beso breve y sin retorcimientos torturados, sólo un choque de labios húmedos y temblorosos que no buscaban otra cosa que ese choque.

—¿Me llamarás mañana?

Sí, la llamaría y querría estarla viendo y escuchando todo el tiempo, pero por ti misma, entiendes Kate, y por mi madre, tenía que ganarme esa beca. Después habría mucho tiempo por delante, tiempo para todo, para salir a recorrer el mundo y lo primero tuvo que ser Coney Island, pero eran cinco días, apenas cinco días para el concierto y ella tendría que asistir y sentarse en primera fila porque tocaría sólo para que enloquecieran sus oídos, pero sí, mañana de todas maneras la llamaba, qué dolor separarse, déjame de nuevo contemplar tus ojos, y entonces me preguntó si sabía tocar el *Aria para la cuerda de sol* y yo le dije que se esperara, nada más que se esperara un poco, un poco, y cuando tras ella se cerró la puerta con suavidad, comencé a deshacer el camino hasta el metro, primero como ebrio y luego sin poder contener el escozor de mi cuerpo y corriendo, corriendo como un endemoniado, mamá, como si me fueran a matar, porque tenía veinte años y ese era en realidad mi primer beso tardío, pues lo del barco no contaba, no podía contar para nada, era otra cosa, otra cosa muy distinta.

tres

Porque jamás podrá decirse que sea lo mismo el impulso espontáneo con la presión de un ángel, que la inminencia de una apuesta diabólica.

Yo te lo conté, mamita, te lo conté todo menos eso, te conté que noche a noche, mientras casi todos los pasajeros subían a tomar el café a un amplio salón de cubierta desde donde se podía ver la oscuridad y escuchar monótono el filo de la proa cortando el agua plácida, a veces airada, y donde al compás de una música siempre suave, algunas parejas solían bailar durante un par de horas, antes de la última zambullida en la piscina, yo me iba caminando solo, al vaivén suave del oleaje, bajando escalerillas y capeando cordajes y poleas aceitosas, hasta la popa del barco y ahí, de rodillas y apoyado en la baranda, me pasaba un largo rato recordándote, echándote mucho de menos, lanzándote mensajes telepáticos que llevaban mi decisión de triunfar, de alcanzar la gloria, sintiendo igual que una horrible caverna mi soledad, igual que una gruta surcada de laberintos desde donde por un buen tiempo no lograría salir a ver de nuevo la luz, diciéndome reproches, preguntándome para qué cuernos me lanzaba en pos de esa beca, si yo sin beca era muy capaz de escalar las alturas, a veces hasta echando mi lagrimeada, pese a la inevitable sensación excitante ante ese mundo que se abría, en fin, tú sabes, pero el hecho es que no me gustaba tomar café en ese salón porque entre tanta cosa que no sabía, estaba el baile y acechaba ahí siempre el temor de la «plancha», de que alguna chiquilla pudiera sacarme, pudiera insinuarme algo y yo me viese obligado a quedar como un perfecto idiota,

de modo que a regañadientes el café me lo perdía. Y cuando no llegaba hasta la popa, digamos, por ejemplo, que porque el barco se moviera mucho, encontraba la seguridad y el alivio encerrándome entre las cuatro paredes de mi camarote. Y te conté, en el mismo barco te escribí la carta, que la noche que cruzamos la línea ecuatorial se desenrolló como la serpentina y estalló como los globos una fiesta a todo meter, con ánimos altos, alcohol y locura, en que los inocentes éramos los que nunca antes la habían cruzado, los que por primera vez en sus vidas se hallaban en la mitad del planeta, pasaban de un hemisferio a otro, cambiaban invierno por verano, ellos, es decir nosotros, debían ser los iniciados, nacían a una nueva existencia y era preciso que recibieran su bautizo, de modo que cuando unos cuantos jóvenes fueron lanzados a la piscina, comprendí la pregunta que un oficial me había dirigido casualmente dos días antes acerca de anteriores navegaciones mías, y deduje entonces que en algún momento de la fiesta debería aplicármese un castigo similar, que no existía escapatoria, aunque también supuse que no habrían de tirarme a la piscina, pues las otras víctimas vestían disfraces ligeros, mientras que yo, a falta de disfraz —y también de ánimo— lucía muy orondo mi flamante smoking, el que debiera haber sido estrenado la noche del concierto. Eran las reglas: o disfraz o traje de etiqueta, de modo que si no hubiera llevado el smoking de los solistas, hasta esa fiesta me la habría perdido, porque para hacer el loco pintándome bigotes con un corcho quemado y cubriéndome un ojo con el negro parche de pirata, no me acompañaba el temperamento, tú me conoces, mamá, y yo te lo conté todo en esa carta, pero ya te dije, todo-todo no, digamos casi todo, porque lo demás no fue mucho, fue poco, no fue nada.

Estaba sentado en el salón algo atontado por el bullicio y por un par de tragos que había pedido, cuando de pronto me taparon los oídos y comenzaron a quitarme la chaqueta. Al verme liberado, temeroso y acaso pálido de rabia, me encontré con Madame Violeta (de mi mesa en las comidas) y con el Segundo Oficial riéndose mucho y diciéndome que la superioridad había ordenado retener como prenda mi vestón, que sólo podría recuperarlo después de hacer «alguna gracia», es decir el ridículo, tú sabes, cantando alguna canción estúpida, bailando solo en medio de la pista o bien cruzando de lado a lado la piscina sobre un grueso madero encerado. Aunque significara esto que de caer al agua corría el riesgo de arruinar definitivamente mi traje de conciertos, fue la alternativa que me pareció menos odiosa y, por otra parte, tenía que recuperar cuanto antes mi chaqueta, porque sí que era ridículo andar mostrando al aire las ligas que sujetaban un pantalón demasiado más arriba de la cintura y, para remate, con una gruesa cinta de raso en el costado de cada pierna. Descalzo como una cenicienta cualquiera fui equilibrándome lenta y temerosamente ante la sádica mirada de muchos que de seguro lo que más deseaban esa noche es que cayera yo de bruces al agua, y debe haber sido un buen espectáculo verme en esa facha absurda, los brazos abiertos y aleteantes como alas de mariposa y lentamente alzando cada pie y desplazándolo luego lentamente cortando el aire denso de humedad hasta colocarlo lentamente luego otra vez sobre la madera resbalosa, hasta que sano y salvo llegué a la otra orilla y debo de haber enrojecido con los aplausos, porque no tenía costumbre de que me aplaudieran sino a raíz de mi violín. Llegué triunfante al salón y Madame

Violeta sostenía mi vestón abierto para ponérmelo y dijo que yo era un verdadero héroe, cómo podía ser tan valiente, que si alguna vez había trabajado en circos, que si tenía mi vida consagrada al deporte. Me senté a su misma mesita y comencé a ponerme los calcetines y luego, calzándome los zapatos, por primera vez me di cuenta de que Madame Violeta no sólo andaba en shorts muy ceñiditos a sus caderas, sino que lucía un par de insolentes y bellas piernas doradas por el sol tropical de cada mañana de piscina. Dejé que la mirada se deslizara sensual desde las pantorrillas hasta el rostro risueño en un intento de adivinar su disfraz, pero resultó necesario que ella me lo soplara, pues otra de las cosas que había hecho muy poco en mi vida era ir al cine, me dijo entonces que estaba disfrazada de Esther Williams y que más tarde iba a sorprender al público con un solo acuático en la piscina, que por eso habían puesto los reflectores, y ahí seguimos sentados y no llegó nunca ese más tarde, porque cuando debió haber sido, ya se había retirado mucha gente y los que renegaban de la cama y el sueño estaban ya lo suficientemente borrachos como para haber abandonado todo orden social y así arlequines, piratas, colombinas, guerreros orientales, tribilines y valientes charros, andaban cada uno por su cuenta bailando solos o cuando más echados con todo el cuerpo sobre sus parejas, dando alaridos, pidiendo a gritos el último trago.

Primero Madame me había preguntado:

—¿No baila usted?

—No, no bailo —le dije disculpándome.

—Yo le voy a enseñar —dijo levantándose con una invitación. Pero fue inútil. Deshaciéndome en excusas

convincentes, me liberé del peligro al ofrecerle como alternativa un nuevo trago.

Después Madame Violeta me contó que su compañera de camarote, la gorda que veía la suerte, se había bajado en Guayaquil y que había quedado muy solita, con la cama de arriba desocupada.

Y finalmente Madame Violeta me preguntó la hora. Mi reloj se había detenido, pero le dije que serían las dos más o menos. Ella me dijo que no, niñito, que debían ser pasadas las tres y muy probablemente cerca de las cuatro. Yo le dije que no podía ser y ella, para ponerle punto a la discusión, me dijo:

—Te apuesto que sí. ¿Qué apostamos?

Le miré disimuladamente las piernas duras y tostadas y los ojos apicarándose y, después de un titubeo no sé cómo me hice valiente y me atreví a contestarle:

—Un beso —total, en la cabeza el trago me estaba dando cabriolas.

—Eres un joven fresco. Está bien: *un beso* —dijo, recalcando mucho que era solamente uno. Luego se levantó y caminando con un suave contoneo de cintura, cuerpo de escultura, llegó hasta la mesa donde se encontraba el Segundo Oficial. Volvió muerta de risa.

—Eres un pillo —me dijo—. Tenías toda la razón. Ganaste. Terminemos el trago.

En ese momento, más que alegrarme me cayó encima una especie de depresión por haber ganado en lugar de perder. Más diría, una especie de miedo. Los besos los había visto en películas, se lo había escuchado contar a compañeros del Conservatorio, pero nunca había dado ni recibido uno. Bebimos el trago y ella invitó:

—¿Me acompañas?

Me levanté caballerosamente antes y, esperando que se pusiera de pie, la seguí fuera del salón por la escalera hasta la segunda cubierta y, cuando después de mirar en religioso silencio las olas durante algunos minutos, íbamos a entrar por una de las puertas que dan al largo pasillo de estribor donde se alineaban los camarotes, la tomé del brazo y le dije desafiante:

—La apuesta —tal vez el vientecito marino había terminado de revolverme la cabeza, porque una audacia semejante nadie podría jactarse de conocérmela.

Madame Violeta sonrió.

—Aquí no es prudente —dijo—. Nos pueden ver y eso nunca es bueno.

Pensé que toda la razón estaba de su parte, que cómo podía yo ser tan bruto. Después de todo, si le decían Madame, seguro es que tenía marido.

—Eres un chico muy impaciente —dijo mientras recorríamos el pasillo—. Pero no te preocupes: yo *siempre* pago mis apuestas. Sé perder —agregó en el momento en que llegábamos a su cabina.

Con el cognac que me sirvió se terminó de hacer un caos mi cabeza, no tanto caos como para caer al suelo y derramarme igual que un saco, ni como para dar un salto al mar y ofrecer mi carne a los tiburones, ni como para extraviarme en los laberintos de un vómito monstruoso, pero sí tanto caos como para olvidar bastante el sentido de la compostura, sí como para que la modulación de cada sílaba se convirtiera en una proeza, sí como para desatar la lengua a duras penas y lamentarme trágicamente una y otra vez,

casi hasta las lágrimas, de no haber podido hacer nunca más de dos carambolas, y sí como para cobrar, al recordarlo, las apuestas ganadas.

—El beso —la sorprendí de pronto.

—Bueno —dijo—. Ahora si quieres sí.

Y se puso en pose, recostada contra un brazo del sofá y yo, a torpezas, me recliné sobre ella y le cobré la apuesta con tanto desaliño como si le hubiera estado dando un beso en la frente a mi hermanita.

—No sabes nada —me dijo Madame Violeta—. Ni dar un beso. Mira —y me lo asestó esta vez ella, haciéndome con su lengua abrir la boca y escudriñando mis encías, mis muelas, mi propia lengua retorciéndose, mientras frotaba sus pechos contra mi torso y recorría también mi cuerpo con sus manos. Quedé casi sin aire, al borde de la asfixia y con una ligera sensación de asco por haber tenido esa lengua, como una babosa inquieta y áspera, dentro de mi boca.

—Ahora ya te pagué la apuesta —me dijo—. Puedes irte si quieres.

Lo dijo sonriendo, como si nadie, después de un beso semejante, pudiera marcharse impunemente.

—Me voy —dije—. Chao.

Y al acercarme para ofrecerle un modesto besito de los míos como despedida, parece que me dio un mazazo fuerte el sueño, porque la próxima vez que abrí los ojos, el short y las prendas interiores de Madame Violeta estaban ordenadamente colocados sobre el otro brazo del sofá, mientras ella suspiraba muy metida entre sus sábanas.

Con las piernas aún flojas entré al baño, donde además de deshacerme de una gran parte de todo el líquido ingerido,

aproveché para darle a mi cara un largo premio de agüita fría hasta ir recuperando un poco la sobriedad. Luego salí, cerrando sigilosamente la puerta.

—¿Dónde vas? —oí que me decían.

—Me voy —dije.

—No estás muy bien. Lo mejor será que ocupes la cama de arriba. Siempre que mantengas el secreto.

Aún me costaban los movimientos y pensé que era una idea bastante aceptable. A esas horas no me iba a andar con remilgos ni prejuicios.

—Gracias —dije, y me dejé caer en el sofá para quitarme los zapatos. Me quité también la ya no tan flamante chaqueta del smoking y cuando apoyaba el pie sobre la cama de Madame Violeta para trepar a la de encima y alcanzar por fin la paz, sentí que ese pie lo sujetaba una mano, mientras otra mano por debajo del pantalón me reptaba pierna arriba.

—Ven, tontito —dijo Madame Violeta.

Desnudo como vine al mundo y acurrucado como un gato mamón junto a ella, no tardé en volver a dormirme, se me desató el sueño como una ofensa hasta que después de cavernas, adioses en el andén de una estación pueblerina, una carcajada que se aleja y se acerca, a través del ojo de buey llegó potente la luz de la mañana.

Madame Violeta quiso entonces besarme, jugar conmigo, amansar mi cuerpo, llenarme de saliva el cuello y las tetillas, arrancarme vellos del pecho, quiso matarme de risa con sus dedos expertos en cosquilla, quiso morderme los labios con sus colmillos de vampiro, quiso darme de mamar y cuando ya nada parecía resultarle, ordeñó mi sexo

inerte, sin llegar, a pasar de mi poderosa vergüenza, a cumplir sus objetivos, de modo que cuando ya recovados con la ducha, ya vestidos, ya asomándonos sigilosos al pasillo en pos de la certeza de que nadie nos viera, para marchar ella hacia el desayuno y yo a quitarme primero esas prendas de gala que poco tenían que ver con el sol y el aire salado de la mañana, salíamos de esa morada de frustración y asco, me dijo:

—No sirves para nada chiquito —lo dijo con su bella y diabólica risa, sin crueldad—. Eres una verdadera catástrofe —y agregó—: Vas a tener que practicar: dos carambolas son muy poco.

Entonces, después de colgar mi smoking y tirar al baño la ropa interior, me dejé caer desnudo sobre la cama y, llorando amargamente de impotencia, empecé a manipular ese aparato inútil, a tratar en una brutal carrera de convertirlo en piedra y extraerle todo el goce que acababa de negarme, haciéndome quedar como un pelele.

Pero jamás podría decirse que sea lo mismo el impulso espontáneo con la presión de un ángel, que la inminencia de una diabólica apuesta. Fíjese, mamita, si supiera eso... y lo otro, los temores que sufrí la primera vez, esa noche de verano en que por primera vez el impulso espontáneo nos quiso llevar a Kate y a mí en busca de ese amor que yo, el imbécil, aún no lograba conocer, de esas cimas que misteriosos guardianes han custodiado durante nuestras miserables adolescencias.

cuatro

Y gota a gota filtrándose a mi sangre descompuesta por esa manguera desde ese frasco, el suero, y Rodrigo pétreo en la silla del frente, con sus vejez a cuestras, ahora sí, con los ojos espantados por mi suerte, fijos en mi rostro enfermo, como si en su propia pantalla el mismo cúmulo de sensaciones y recuerdos estuviera también proyectándose, como si también se le estuviera pegando a la piel la humedad pegajosa de aquellas noches de verano, de aquella noche única y gloriosa que dediqué para ti, mamá, todo te lo conté, desde el momento mismo en que con don Roberto y Laura, sin temores, entré al *foyer* para saludar a la señora Wessel, filántropa y mecenas, al profesor Steiner, a los críticos, a Claudio Arau, porque todos estaban ahí, esperando escuchar a este chileno con ambiciones de gloria y muy dispuesto a sorprenderlos, la flor y nata del ambiente musical, y a mis amigos, a Horwitz y a Irene, y más allá, apenas un poco más allá, a Kate espléndida conversando con Raquel y también por ahí, solo, como apartado del mundo, erguido y seguro, Rodrigo, mirándome solidario con su insolente cabeza rapada, escudriñando con los ojos a cada persona de aquel minúsculo público. Después de una pasada breve estrechando manos entre sonrisas y buenos deseos, Alfredo y yo nos retiramos por la puertecita de camarines y cuando ya calculamos que los asistentes pudieran haber tomado asiento, aparecimos muy rectos en el escenario y tonto sería que negara que aun siendo el violín mi única defensa contra la hostilidad del mundo, mi puerta de acceso a las personas, lo único que lograba darme cierta seguridad, tuve de pies a

cabeza un ligero escalofrío al comprender como cuando se siente el pinchazo de una aguja que yo era el acusado del banquillo y los de abajo, todos, todos, hasta Kate, eran los jueces que debían condenarme o abrirme el cielo. Kate magnífica, nerviosa, inquieta, en la primera fila, delante de don Roberto y Laura, a dos asientos de Rodrigo —los veo a todos, a todos— y al rato, Alfredo tranquilo, sentado ya al piano, sin nada que perder y luego de pronto él y yo entregados definitivamente a los infiernos, sumergiéndonos cada vez más en un pantano sin regreso, en los oscuros dominios del sueño y la inconciencia, ya sin mundo circundante, sin jueces, sin amigos, sin Kate, hasta sin ti, mamá, solos siguiendo frenéticamente la ruta dolorosa, sublime, eufórica de esas notas, en trance total, posesos de compás en compás, flotando sobre vaporosos vacíos de un movimiento al otro, sin que existiera más el cuerpo, ni el calor, ni el sudor, ni los dolores, perdidos en el tiempo hasta el instante mismo de la nota final después de la cual Alfredo, no teatral, sincero, deja caer su gran cabeza desgreñada, derramando sudor sobre las teclas, y yo bajo en una mano el violín y en la otra el arco, mientras el grupo de la sala nos aplaude con sobriedad y Rodrigo grita con su honda voz «¡Bravo!» mientras vamos ya hacia el camarín para cambiarnos las empapadas camisas y mojarnos la cara antes de seguir camino al coctel que en su casa ha ofrecido la señora Wessel, y en eso estamos cuando tras dos golpes a la puerta entra Rodrigo y nos dice:

—Magnífico. ¡Soberbio! Los felicito a los dos. Guillermo, después tenemos que hablar.

Y Alfredo, cansado, como de malos ánimos, me dice que no tiene ganas de ir al coctel, que lo disculpe, que prefiere tomarse en par de tragos solo, sin tanto viejo huevón, que yo lo disculpe, que diga que se sentía enfermo, cualquier cosa, de modo que mayor todavía le resultó la sorpresa cuando a la noche siguiente lo llamé para comunicarle lo que me acaban de comunicar a mí: primero, que los jurados no habían tenido un solo momento de dudas: la beca era mía, ¿te das cuenta, se dan todos cuenta? Y entonces también Kate era mía, todo era mío, *el mundo era mío, en él yo reinaba*, mamá, tenía el amor y también tenía el camino abierto hacia la gloria, y segundo, que escuchara, le dije, que escuchara bien, que se sujetara los pantalones para una noticia bomba, porque habían decidido crear una beca paralela similar —mil dólares, Alfredo, mil dólares al mes— «para el extraordinario pianista que había tenido la gentileza y la modestia de acompañar a Collins», qué decía, ¿ah? ¡qué decía! Y luego, esa misma noche, más tarde, cuando ellos dos y nosotros dos celebrábamos el triunfo resonante con champaña, expidiendo alegría por los poros, cayó la sombra. ¿Por qué no estaba Raquel feliz como Kate? ¿No se daba cuenta? Comimos bien y bebimos bien, pero tuve en todo momento la sensación de que la armonía no era total, de que varios hilos hacían circuito en esa mesa, de que algo importante estaba fallando, de que se nos oscurecía la risa, hasta que después vine a saber que lo que fallaba eran dos cosas.

—¿Qué están dando? —le preguntó Alfredo a Kate.

—Vacaciones —dijo Kate—. El próximo mes ponemos dos piezas experimentales de Miller y comenzamos la preparación de *Deseo bajo los olmos*.

—Buena obra —dijo Alfredo.

—Demasiado truculenta —dijo Raquel.

Me sentí como debajo de la mesa, como lo que botó la ola y, sin decirlo, me propuse en ese momento comenzar a leer cuanto teatro se hubiera escrito, para que nadie pudiese competir con mis opiniones, para compartir de más adentro el mundo de Kate, y apenas tomada esa decisión, emergí automáticamente, como un resorte, desde el fondo de la mesa, se borró la escoria en la playa blanca, porque después de todo yo era triunfador y los triunfadores no tienen por qué dar explicaciones ni acomplejarse.

—¿Qué es de Frank? —preguntó Alfredo.

Kate hizo una mueca.

—Está bien. Deja la compañía, porque le ofrecieron un papel en Broadway.

—Ah, ya va por buen camino —dijo Raquel y sentí como que Kate sintiera que le clavaban un dardo y de nuevo yo no tenía nada que ver y me vino una terrible desazón al advertir por primera vez, dolorosamente, que había un buen pedazo del mundo donde cabía Kate que yo ignoraba porque para desgracia era yo el recién llegado y para desgracia la vida no comenzaba con mi llegada, venía de antes, era previa a Guillermo Collins, porque había un tal Frank, había una manera segura y perentoria de hacer preguntas, había una Kate algo turbada y había un yo carcomiéndose por dentro, a punto de estallar de angustia.

—¿Qué papel vas a hacer? —preguntó Raquel.

—No actúo en *Deseo* —dijo Kate.

—Es bonito ese papel, ¿verdad amor?

Alfredo retiró en el acto la mano que Raquel le acababa de tomar.

—No jodas más —le dijo.

—Oye, oye, cuidado. Que te hayas ganado una beca no quiere decir que puedas darte muchos aires.

—¿No? Yo nunca me doy aires porque me gane becas. Me cago en las becas. Me doy aires porque me doy aires simplemente, si a eso quieres llamarle «darse aires». Yo lo llamo de otra manera. Yo digo y hago lo que se me da la gana. Por ejemplo, en este momento se me da la gana irme. Y me voy.

Y se fue y entonces supe cuál era una de las cosas que fallaba, porque el temple de Raquel se desplomó, sus modales de cierta soberbia cedieron, los ojos comenzaron a llorarle.

—Lo perdí —dijo categórica, sin vacilar, y algo me hizo comprender al instante que era cierto, que lo había perdido, lo había estado perdiendo desde antes y ahora había acabado de perderlo.

—Para qué quería esa beca —dijo—, si lo tenía todo.

Y luego repitió dos o tres veces que lo había perdido y el llanto incontenible y torrencial que la azotó nos obligó a salir del local con cierta urgencia y llevarla a su departamento para acompañarla hasta que se calmara. Cuando entramos, Alfredo dejó de tocar la *Apassionata*, cuyo primer movimiento estaba por terminar —lo recuerdo transfigurado— y se tomó otro trago de la botella de whisky que tenía sobre el piano. Su pelo era una selva caótica, sus ojos congestionados despedían violencia. Nos miró a todos.

—¿Todavía estás tan contento con tu bequita? —me dijo—. A veces no son tan buenas las bequitas, sabes.

No le contesté. Salimos sin decir más y fui a dejar a Kate, pero se nos había escapado la alegría. Hablábamos poco, casi como con miedo de recordar esas escenas. Ella fue la primera en hablar.

—Tipo raro, Alfredo —dijo.

—Si —le dije—, es raro. No se aguanta en su propio pellejo.

Y en ese momento quise comprender cuál era la otra cosa que fallaba. Parecía ser justo eso: que Alfredo no se aguantaba en su propio pellejo. Pero cambiáramos de tema, volviera la sonrisa a nuestros ojos, diéramosnos un beso en plena calle, un beso dulce respondido con dulzura. Pero a los ojos de Kate no volvió esa noche la sonrisa y por eso, al dejarla en la puerta de su casa, le pedí que si tenía mañana algo que hacer lo cancelara, porque nos íbamos a levantar temprano y a pasar el día entero en Coney Island, que yo no conocía.

—Raquel no debería oponerse a que Alfredo tenga esa beca —dijo Kate antes de entrar.

Sí, sí, me miras con cierto terror, y me imagino muy bien lo que debe estar pasándote, porque tus ojos no encuentran paz, no quieren fijarse, han perdido la chispa, se mueven, se retiran, bajan, van y vuelven, pero no quieren fijarse, debe herirte hasta la médula verme en esta derrota catastrófica, debe ofenderte que cuando me agujerean las nalgas la enfermera te haga salir —nada menos que a ti, el amigo, el hermano, el padre, el *todo*, hacerte salir—, debe perforarte el corazón ver el deterioro ruinoso que con los años vino sufriendo tu «obra maestra», la obra que decidiste construir, a la cual elegiste consagrar tu vida, aquella noche paseándonos en la terraza vegetal de mi mecenas, cuando me tomaste del brazo y dijiste con mucha calma, con mucha decisión:

—¡Tienes que entregarte a mí!

Yo te miré como diciendo qué se habría figurado este huevón, y miré también por los ventanales hacia el salón, buscando siempre a Kate a través de los ventanales corredizos, mientras tú seguías:

—Haré de ti un violinista de primera...

—Oiga, Rodrigo —interrumpí quizás irritado, quizás también arrogante por mi éxito—, yo pienso que ese trabajo le toca al profesor Steiner. Se me ocurre que para eso di esta noche un concierto por el que seguramente me darán una beca. Ya alguien me lo dijo. De modo que, bueno, francamente no entiendo lo que usted me quiere decir...

—En primer lugar, muchacho, no me digas más ese odioso «usted». Trátame de tú, que desde este momento me constituyo en tu Hada Madrina, desde ahora seré tu amigo, tu hermano, tu padre, tu *todo* —los ojos se te encendieron y seguiste hablando casi eufórico: yo era lo que tú hubieras querido ser, a mí me sobraba el talento que a ti te faltó, pero era también un mocoso y los mocosos suelen necesitar niñeras, los mocosos caminan siempre al borde del abismo, están siempre prontos a arruinarlo todo, no dejan estupidez por hacer, llevan siempre al riesgo montando sobre las espaldas, se pierden, se entregan tontamente, los acecha el vicio, el amor, el olvido de la disciplina, el ocio criminal, pierden su tiempo y sus posibilidades sin saberlo, sin darse siquiera cuenta, se enamoran, se casan, ¡y hasta tienen hijos! a menos que les llegue el golpe de suerte y se aparezca ante ellos el ángel guardián, entonces se salvan, el peligro se aleja como ante la lepra, la fiera se retira y pueden marchar seguros y tranquilos, bien guiados, por la senda de la gloria.

—¿Comprendes? —seguiste—. No se trata de que yo te vaya a dar clases de violín. Por si no lo sabes, hace ya diez años que no toco. Me he dedicado de lleno a la composición y, créeme, escribiré un gran concierto para ti, para el gran estreno. Le pondremos *Concierto para dedos de ángel*. No, entiéndelo, no es que te vaya a dar clases: las tomarás con Steiner; pero yo te escucharé estudiar, te diré dónde sí y dónde no, porque la música, muchachito, yo la conozco mejor que tú. Desde más lejos y también más a fondo. Y llevaré un control mínimo sobre tu vida para que nunca te derroten los excesos, ¿entiendes bien? Seré tu conciencia de artista. Velaré porque al artista no se lo devore el hombre banal, cuidaré meticulosamente tu talento, y también, cuando suene la hora, seré el promotor de cada triunfo, tu agente devoto, arreglaré las giras, las grabaciones, los conciertos y volaremos juntos por el mundo, Guillermo Collins «dedos de ángel» y su propio Pigmalión contemporáneo.

Lanzaste una risotada cavernosa, satisfecha, y agregaste, tal vez al advertir que yo parecía inquieto por entrar:

—No, no; no me vayas a decir nada ahora. Ya tendremos tiempo para hablar.

Y reíste nuevamente, más o menos como si nunca cometieras un error, como si los tiros te salieran siempre muy derechos.

—Oye —me detuviste cuando ya dentro del salón cortaba cada uno por su lado—. ¿Por qué no vino Alfredo?

—Se sentía cansado —dije.

—¿Seguro? ¿No celoso?

—Es un pianista de primera.

—Lo sé...

—Dijo que prefería tomarse un trago solo y no con tanto viejo huevón.

—... Era otra cosa a lo que yo iba, bueno, corre, corre, pichón.

Y el pichón corrió junto a la paloma de celestes ojos, pero esa noche quién no quería al pichón, todos se acercaban a mirarle las plumas, a ofrendarle un brindis por el éxito, a hacerle dos o tres preguntas, tres o cuatro elogios, de modo que la paloma de ojos celestes no pudo arrullarlo, pero sí le disparó algunas miradas comprensivas, de purísimo amor y de puro tiempo por delante, de un dichoso mundo por delante, todavía sin saber que mi ángel guardián había llegado, sin saber tampoco que dos días después le sacaríamos el filo al tiempo en Coney Island, y sin saber aún que al retorno de ese viaje yo habría de escribirle una tierna carta a mi mamá. Pero ese par de horas corrieron veloces y burbujeantes de champaña, y Tótila paseaba ahora por la terraza con Rodrigo, y Laura le contaba a Irene una larga historia y la anciana dueña le preguntaba a don Roberto, con una pícara sonrisa, «¿casado?», y don Roberto, como disculpándose de tanto error, le decía «sí, Madame» y la vieja: «¿feliz?», y don Roberto «sí, Madame», y la vieja renegando con la cabeza: «lástima, verdad», yo, gozoso del mundo y Sándor, trago y trago, mientras a todo esto, de pronto, llegó Raquel. Me acerqué a saludarla.

—¿Y Alfredo?

—Me mandó a la mierda —dijo Raquel—. Llegamos a la casa y así, de un tris, se largó dando un portazo. Yo dije,

entre quedarme sola, mejor voy al coctel, aunque es una plancha llegar así, tarde y sin galán, oye, Guillermo, que me sirvan un trago, ojalá whisky con hielo, sin soda, yo no sé qué le está pasando, pero hace días que se le han dejado caer los bichos temperamentales, a ratitos, claro, un amor, todo ternura, luego se enfría, luego se irrita, se pone violento y entonces hiere, insulta, te asesta patadas morales, no me mires así, ya sé que no puedes figurártelo, que como no nos has visto, no te cabe en la mollera, pero no te creas: delante de otras personas es distinto, se controla, es sólo cuando estamos sin nadie que se pone lobo a veces. En ese momento se acercó Irene —Irenita, no me preguntes nada, mijita, vine sola, total mejor sola que mal acompañada, anda hecho una fiera el tal Alfredo, ¿no tienes amiguitos más normales para presentar?—. Aproveché de escabullirme y buscando a Kate me topé de pronto con tu calva reluciente, tu estatura perfecta y la ironía de tus ojos, pero ahora trata de no mirarme así, Rodrigo, mira que me da terror, es como si estuvieras mirando a un cadáver, a un atado de huesos con su pellejo amarillento, como a una de esas momias que te causaron tanto horror en aquel sótano de Guanajuato, pero yo estoy vivo, no te equivoques, tráeme un trago, Rodrigo, no seas mala persona, un solo trago, que ya no resisto más esta prisión.

cinco

Y seguimos revolcándonos en un ácido charco sanguinolento y entre el gran hormiguero de los recuerdos, entre el cúmulo lleno de lluvia y lleno de días de un verano y de muchos veranos que se hacen un solo alud montaña abajo para aplastarme, oscuro, luminoso, de lluvia, de sol, estaba ese día que con tanto detalle (pero todo no) le narré a mi madre en una de las únicas cartas mías que ha quedado sin respuesta, empecé contándole que el calor azotaba por igual a toda hora, que era casi lo mismo cuando Kate y yo nos bajamos a las nueve de la mañana en la estación de Conney Island y que se fijara, le decía, que tomara en cuenta, que se asombrara como yo de que siendo isla, nunca hubiéramos subido a un ferry, ni cruzado un puente, ¿se daba cuenta? Por debajo del fondo se atravesaba el mar, hasta chocar con la luz potente del día, y ahí estábamos lo mismo que un par de enanos atónitos ante la presencia de un gigante, ¡cómo podía ser!, tanta torre, esa descomunal rueda de la fortuna diez, veinte, treinta veces más grande que cualquiera que mis ojos hubieran visto en aquellas pobres y poéticas ferias de Santiago en los baldíos o al interior de los parques, girando enorme y segura de sí misma y nosotros dos asustándonos encerrados en un compartimiento con forma de carroza que al pasar el punto más alto dando la vuelta hacia el descenso se deslizaba violenta sobre dos rieles haciéndolos creer que habíamos partido volando a los espacios siderales, hasta que pronto volvía la calma después del tope bien amortiguado y los corazones otra vez latían y abarcaba nuestra vista toda la isla desde esa altura, sus playas

atestadas y hormigueantes, sus miles de aparatos de metales cromados, de octópodos moviendo vertiginosamente sus tentáculos por el aire, de amenazantes medias lunas inclinadas preparando para el vómito, de martillos y montañas rusas, pero para nosotros lo primero no fue subir a esa rueda, sino buscar el camino del muelle, dirigirnos al muelle con mi catalina lista, mi cajita de anzuelos y un tarro de tierra húmedo lleno de lombrices, a pescar, a realizar un viejo deseo siempre postergado. Le conté que habíamos partido muy temprano para iniciarnos tranquilos y sin las irónicas miradas de los curiosos y los practicantes del ocio, en el deporte de la pesca, pero que al llegar al muelle, ya sobre sus barandas se apoyaban miles de brazos pescadores y, por más empeño que le hicimos buscando, fue imposible encontrar un huequito, un solo hueco desde donde lanzar la lienza, de modo que como tampoco era nuestro proyecto atornillarnos ahí el resto del día, decidimos dejar la pesca para mejor ocasión y deshicimos el camino desde el extremo del muelle, deteniéndonos a mirar llenos de envidia lo que ya le habían quitado al mar manos más expertas, deportistas más pacientes que nosotros. De la mano fuimos recorriendo todo eso microcosmos, emprendiendo ese viaje espacial en la gran rueda, entrando a mínimos circos donde se exponían al sadismo público monstruosos engendros de una naturaleza malvada y cruel, enanas macrocéfalas, un tipo con la piel llena de escamas, la mujer con trompa en lugar de nariz y el hombre burro, a la carpita donde por diez centavos se admiraban los doscientos setenta kilos de la mujer-ballena comiéndose al hilo, uno detrás de otro, sin descanso, cuarenta hot-dogs con Ketchup y mostaza, al museo de cera

de los grandes crímenes mundiales desde Landrú, Jack el Destripador o el rubio y angelical Julian Cristeus aparecían tras una vitrina débilmente iluminada en los momentos de cometer sus asesinatos más macabros, comiéndonos también nosotros un hot-dog con una coca-cola bien helada y adelante, derecho al *caterpillar* del amor, donde a cada cerrada de la lona nos besábamos con un desesperado frenesí, como si fuera a ser esa la última vez que nuestros labios se unieran en tan cálidos encuentros, muy abrazados, muy apretados sintiendo la presión de nuestros cuerpos, repetición, tres, cuatro, cinco vueltas, casi una hora completa dentro de esa oruga mágica que anidaba nuestro amor, para después salir mareados de tanta vuelta sube y baja y tanto beso, y entonces a bañarnos de una vez, para luego poder almorzar tranquilos, un poco de sol y al agua patos, a ese mar espeso de humanidad donde no se podía nadar, donde no se podía jugar, donde no disponía cada persona de más de cincuenta centímetros cuadrados para su quehacer acuático, de modo que el baño resultaba sólo un refresco a topetones con otros cuerpos imposibilitados también de movimiento, Kate y yo con el agua llegándonos al cuello, muy pegados, sintiéndonos submarinamente, aplastando ella sus pechos contra mi torso flaco y atrayéndola mis manos desde la cintura hacia mi sexo despierto, ahora sí, Madame Violeta, ahora sí, dando saltitos verticales desde la arena del fondo cada vez que una suave ola quería cubrirnos, y ya avanzada la tarde, después de secar al sol nuestras pieles saladas sobre un huequito de la playa para el que tuvimos que esperar turno, a comer, a descansar tranquilos en cualquier lugar bueno que tuviera aire acondicionado, algún

plato que ella misma eligiera, regado con cerveza helada o con champaña, si prefería, que yo, como el mundo sabía, me había ganado la beca y, para hacer zumbiar los cien dólares que llevaba, ese día no tenía límites, ese día preguntándonos a cada rato el uno al otro si acaso nos queríamos, si nos queríamos un poquito, si nos queríamos mucho, si nos queríamos *todo* y mirándonos mucho también a los ojos, llenos de admiración, asombrados de que en este mundo pudiera existir tanta belleza y pudiera existir tanta diversión, de que fueran posibles días así y ella quiso champaña y quiso ancas de rana rebosadas y quiso pastel de limón y yo la seguí en todo, nos internamos los dos, frente a frente en la mesita del rincón, a darle premio tras premio a nuestros paladares profanos, y al final de ese tardío almuerzo, cuando ya el aguacero se había desatado y era casi la hora de tomar el tren de vuelta, estimulado por el solidario espumante, hice ahí mismo de tripas corazón y sin valor para mirarla a los ojos, y cerciorándome de que no lograrían escucharme las mesas vecinas, me atreví a preguntarle en voz muy baja, presionando su mano, qué pasaría si esa noche no regresábamos a Nueva York.

—No pasaría nada —dijo Kate, risueña—. Pero no me has preguntado si yo querría que no regresáramos a Nueva York.

—Kate, amor —le dije con un tono tan trascendental que hasta yo me sorprendí, como si tocáramos el tema más importante y serio del cosmos—, dime ¿quieres que no regresemos a Nueva York esta noche?

Me miro a los ojos sin decir nada.

—¿Quieres, Kate? ¡Dímelo! ¿Quieres?

—No —me dijo— no quiero.

Yo hubiera soltado ahí mismo el llanto, hubiera salido dando aullidos. Lo único que no hubiera hecho era insistir. Pero Kate debe haber leído en mi cara pálida lo tétrico y despiadado de su broma, porque sin mucha tardanza, apretándome los dedos, dijo:

—Sí, cariño. Sí quiero. Pero tengo que telefonarle a mi mamá.

—¿Y qué le dirás?

—Cualquier cosa. Sabiendo que me encuentro bien, a ella no le preocupa mucho lo que yo haga. ¿Pero sabes?

—¿Sí?

—No, nada. No importa.

Y seguíamos en el lugar más agradable de la tierra, en ese pequeño y fresco restorán donde los mozos eran capaces de oler el billete que llevara uno en los bolsillos y atendían bien, solícitos, ansiosos de la propina y de ahí saldríamos al aire, a la noche un poco refrescada por la lluvia, a divertirnos otro poco en el camino hacia un motel que nos diera albergue desde cuyas ventanas pudiésemos ver la luna reflejada en el agua, si es que había luna, y desde donde se escuchara el suave susurro con que se expresaba el mar en esa costa.

Por eso es que al día siguiente, de regreso a Nueva York, sin haber en mi pellejo de contento, le anuncié a mi madre en una carta que me casaba y le envié la fotografía que Kate y yo, abrazados, nos tomamos en Coney Island; pero pasaron dos meses, mamá, y nunca contestaste, y cuando volviste a escribir, muy seca, muy severa, no hacías ni la más mínima alusión, no preguntabas nada, ignorabas totalmente esa noticia, y así vienen y se van, vienen y se van aquellos días de verano.

seis

Y ahí sentado al frente me miras con expresión de perro hambriento, con temor y desconsuelo y reluce tu calva mientras el suero sigue pasando gota a gota y todavía el calor, la transpiración permanente colándose por las camisas, los calcetines, las prendas interiores, llevándote a paso lento y agobiado por Lexington hacia la zona de los cines para buscar desesperadamente la salvación en un *air conditioned* que sea rotativo donde puedas refugiarte durante algunas horas, huir por veinticinco centavos del infierno y te ha tocado justo un RKO y fresco ya te deleitas y hasta te ríes un poco, no sin un dejo de emoción, del violinista Garfield tocando *Humoresque*, pieza de niños, y volviendo loca de amor a Joan Crawford, gran dama adinerada y mecénica, y dejando por ella, por el dinero, por la pasión, por el poder, a la dulce chica que lo ama, la que estudiaba con él en el conservatorio, la que formó parte de la misma orquesta y a la que desde su asiento le guiñaba el ojo, dejándola el bruto por la vieja Crawford que le ofrece la fama y se va poniendo cada vez más celosa del violín de Garfield, de su pasión por la música que es como un firme muro de roca donde se estrellan su voluntad y sus caprichos, porque no lo puede atraer más, no puede apartarlo de sus acordes, de su inalterable afán de inmortalidad, y entonces loca de amor, destruida por la impotencia y por los celos, decide caminar por esa larga playa donde juntos en la noche se bañaban entre olas desafiantes, quitarse la bata y tirarla sobre la arena, dejar por ahí también olvidados los zapatos como una señal de su destino e internarse mar adentro, primero caminando,

luego a nado, mar adentro hasta que las fuerzas no den más, la cuerda se corte, la tensión reviente y desde el fondo la vayan sorbiendo misteriosas fuerzas mientras Garfield pueda estar tocando a Mendelssohn-Bartholdi, cosechando aplausos y ¡bravos!, en alguna gran sala de conciertos hasta que le avisen, y entonces sumido en tu asiento, gozando del maravilloso frescor que te ha congelado el sudor, lanzas el primer estornudo y piensas que tú mismo eres Garfield y que hasta físicamente te le pareces un poco (sólo que tocas mejor) y que la dulce que lo ama a la que desde el asiento le guiñaba el ojo, es Kate la rubia, sólo que tú no la vas a dejar por ninguna Crawford diciéndole como toda explicación que aquello fue sólo un flirteo, una tontería, diciéndole despectivamente que el amor es otra cosa y haciéndola llorar, y piensas que el de la Crawford, podría en verdad ser Alfredo, viviendo con, pero no viviendo para Raquel, que lo ama tan desenfadadamente y que hasta podría ser capaz, y te vuelve esa sensación que te ha venido siguiendo, esa sensación de tanta plenitud, tanta euforia por estar, ahora sí, por fin, bien plantado sobre el centro de un mundo agitado y complejo, efervescente y amargo, hasta que *the end* y sales / entras otra vez al horno a caminar entre vapores hacia el departamento (donde ya estarán tomando su leche y sus buñuelos la vieja Olbert y su perra) extrañando como una bestia adolorida a Kate que aún no regresa de Nueva Orleans, donde a su hermano lo han hospitalizado con las dos piernas rotas después de un choque de automóviles, y pasarás, seguro, a comerte una hamburguesa y a beberte un *shop* muy helado antes de subir al claustro, y pensarás si llamar o no a don Roberto para ir a verlos un rato, comer un rico plato de

carne con ensaladas y después lavarle los platos a Laura, y sentirás también la tentación de bajar las escaleras del primer metro que te salga al paso y llegar en cuatro o cinco estaciones hasta el taller de Sándor el rumano donde el corazón está siempre abierto, pero estirarás los brazos en un valiente gesto de repulsa a toda tentación, formará todo tu rostro una mueca retorcida de asco ante cualquier posibilidad de placer, porque a las siete de la mañana, con el sol recién cobrando fueros ya estarás haciendo trinar las cuerdas y después de dos o tres horas te darás algún recreo para ir afinando hacia la perfección el regalo que tienes para cuando Kate regrese, el *Aria para la cuerda de sol*, y en eso justamente estás concentrado cuando entra a la sala la vieja Olbert, con la perra detrás, y te dice joven, un señor te busca y de pronto ves parado frente a ti, en radiante contraste con la barroca oscuridad de la habitación, nada menos que a Rodrigo, con un impecable y fresco traje de gabardina gris perla, corbata concho de vino, y el jipijapa en la mano, sonriendo humilde mientras te dice que lo perdones, que también lo perdone Bach, porque viene a secuestrarte por un rato, nada más que un rato, por favor, y entonces van muy instalados en un convertible café con leche bordeando el parque lleno de pájaros cuando Rodrigo te pregunta:

—¿Manejas?

—¿No, ¡qué voy a manejar!

—Tendrás que aprender, para que puedas usar el coche cuando quieras.

¡Manejar! Ya me veía manejando entre las brechas de ese tránsito enajenado, volando por encima de los taxis policromos, arrollando ciclistas, mandando peatones a mejor

morada y, entonces, mamá, todo te lo conté, llegamos y subimos al sexto piso y entramos en un departamento muy moderno, inigualable de muebles, de hermosos cuadros en la paredes, alfombras rústicas y mucha luz, mucho aire, mucha libertad...

—¿Un trago?

—Un trago.

Sobre el centro de una mesa baja, de rincón, copulaba amorosa una blanca pareja de yeso de largos cuerpos y larguísimas extremidades, él debajo, de espaldas, con las piernas recogidas, ella montada, con el dorso arqueado para besarlo mientras él gentilmente recoge su sexo con la mano enconchada y posa la otra sobre un pecho delicado cuando los labios se juntan.

—¿Tótila?

—¿Quién otro podría ser?

Rodrigo camina hasta la mesita y coge a la mujer de la frágil cintura y la levanta separándola del hombre que queda solo, con su gesto de amor; maravilloso, dos piezas separables, independientes la una de la otra, igual que en la vida.

—Carentes de sentido la una sin la otra —dice Rodrigo colocando nuevamente a la hembra sobre el macho—, igual que en la vida.

Y luego me dice que quiere mostrarme algo, pero que primero ¡salud!, que se trata de un sorpresa para mí. Y salud, salud, choque de vasos, relajarse unos minutos en la comodidad del sofá para que luego me conduzca frente a una puerta cerrada, gire la manilla y empuje: una habitación

amplia, alfombrada, con una cama de estante en la cabecera, cortinas azules recogidas para dar paso a la luz de oriente a través de un holgado ventanal. Closet abierto, exhibiendo su volumen, y un precioso atril de caoba.

—Tu nuevo hogar —me dice Rodrigo con voz algo nerviosa, por primera vez nerviosa.

Me quedé helado y no supe qué decirle, madre, y entonces él me dijo que para el trabajo que tenía yo por delante necesitaba las mejores condiciones, confort, luz, aire más puro, espacio libre, tranquilidad, que adónde pensaba llegar si seguía en claustrado en una pocilga siniestra, en una ratonera llena de viejas sórdidas y de perras gordas y hediondas. Y mis ojos deslumbrados deben haber seguido echando chispas de sólo vislumbrar el momento en que llegara Kate, para decirle ven hermosa, ven ángel, ven amor a ver mi nueva morada, ven a conocer la cama donde ahora podremos hacer locamente el amor que en Coney Island comenzamos a enseñarnos, mientras desde el mar una ligera brisa purificaba el cuarto del hotel donde la transpiración de nuestros cuerpos se hacía una sola, igual que dos ríos que se juntan para unir sus aguas fundidas al océano, y yo nervioso y tú angustiada, quizás pensando que no deberíamos, quizás pensando que no podríamos, temiéndolo todo hasta el instante de exhalar tus temores en un solo plácido suspiro.

—¿Un trago más? —me preguntó Rodrigo (no me mires así, no me mires así, que no estoy muerto).

—Bueno —le dije, y entonces, cuando comenzaba mi mente a dar vueltas y buscar la manera de preguntarle qué día sin parecer ávido de lujos y elegancia, él me dijo,

como adivino, si partíamos ya, después del trago, a buscar mi maleta y mi violín; que al regreso me enseñaría el resto de la casa: el estudio, su habitación, la cocina...

—Verás —me dijo (me dijiste, con tu reluciente calva)— que no tendrás nunca oportunidad de renegar del hada madrina que tuvo la suerte de encontrarte.

siete

Pero sí, Hada Madrina, Ángel Guardián de la calva reluciente, creo que en algún momento sí tuve ocasión de renegar, sí tuve ocasión de arrepentirme. De otro modo, en lugar de mirarme desde tu silla con esa triste cara de cordero degollado, respóndeme esta pregunta, esta única pregunta que te hago: ¿Por qué un verano, un solo verano de la vida puede acapararse la totalidad de mi memoria y por qué para los años que siguieron el recuerdo no concede ni siquiera una sonrisa y basta para todos, sobra para todos, para la mitad de la carrera hacia el infierno, con un, con apenas un minuto?

Quisiste ser y fuiste padre, hermano, madre, amigo, hasta amante velador por mi salud, por mi trabajo, guardián de la disciplina de mis estudios, pero me fuiste también sorbiendo con tu poder, fuiste reduciendo a cenizas mi propia voluntad y alimentándote, inflándote con cada uno de mis triunfos. A todas partes marchamos juntos en la vida, me preparabas buenos desayunos, buenos tragos en la tarde, nunca te invitaron sin mí ni me invitaron sin ti, salíamos fuera, remábamos y hacíamos volar la risa, y una vez, sentado a los pies de mi cama, cuando me derribó la gripe durante los primeros días de mi llegada al «nuevo hogar», colocaste tu mano sobre mi pie e hiciste presión, mirándome con mucha ternura. Te desvivías, viajabas de ida y vuelta a la farmacia, preparabas limonada caliente, me acariciabas la cara sudorosa de fiebre batiendo suavemente el abanico de sándalo.

Y la tarde en que te dije que iba a salir a comer con Kate, tú insinuaste que podíamos ir al Maxim, la invitación

corría de tu cuenta. Después de la *buollavaise* y el blanco helado volamos en el coche hasta Brooklyn a dejarla y, cuando junto a su puerta me despedía besándola, tuviste hígado par tocarme la bocina. Y la otra tarde cuando al llegar de la radio nos viste conversando en el salón —ya el verano había pasado— te dirigiste a tu cuarto, sin saludar, y te encerraste de un portazo que nos estremeció y entonces yo también tuve mi pequeña rebelión y llevé a Kate a mi cama, que vieras, que escucharas, que sufrieras, que te mataran de ardor los celos, pero ya ella no quiso que hiciéramos ahí el amor, ya no más, su ánimo se había dado un costalazo, ganaste la batalla, y entonces partimos caminando hasta el río, hasta esta parte debajo del puente chico donde en el verano se zambullían los chiquillos entre aceites y condones que navegaban a flote, y nos sentamos en las rocas justo cuando se cruzaban dos barquichuelos, quizás remolcadores, y la luz iba muriendo y era otoño y una brisa muy fresca nos empujó al abrazo, mientras iban otras parejas llegando y buscando sus lugares para la oscuridad, y ella misma entonces se atrevió a dirigir mis pasos para hacer el amor entre las rocas, créeme, ¡nunca, nunca hubo tal excitación!, mientras tú estarías muriéndote de celos en la soledad de tu cuarto, o ya tal vez ebrio de whisky entre cuadros y esculturas.

—Rodrigo no me quiere —dijo Kate después, entre los rechinantes zamarreos del metro.

—No me digas eso —le dije—. Ya sabes cómo es de temperamental.

—No. No me quiere. Él te ama a ti, está loco por ti, has llegado a convertirte en el objeto de su vida y yo soy un estorbo. Alfredo también piensa así.

—¿Viste a Alfredo?

—Me llamó y nos juntamos. Quería hablarme de Raquel, de lo neurótica que está, de lo insufrible; dice que lo acosa, lo agobia, lo hostiga, que no aguanta más y la va a dejar ahora sí en definitiva, aunque cumpla sus amenazas de matarse, aunque lo que sea.

—Pobre Alfredo —dije yo.

—Pobre Raquel —dijo Kate.

Y en esa otra tarde —yo aún no llegaba— que la hiciste morderse la lengua, marcharse llorando, huir adolorida de mi propio «hogar» al decirle —conmigo te hiciste hipócritamente el tonto— que por qué no se decidía de una vez por todas y me dejaba tranquilo, que yo sólo tenía corazón para la música, que no debía casarme, que comprendiera, mi futuro estaba en peligro que sí de veras me quería me dejara, que había tantos hombres. Cuando llegué yo y te pregunté por Kate, te limitaste a encoger los hombros y decir «se fue» con la más cínica indiferencia que lograste reunir, mientras yo avanzaba y avanzaba en mis estudios y tú avanzabas y avanzabas en el famoso *Concierto para dedos de ángel* y hasta mi madre había vuelto escribirme, ignorando siempre la existencia de Kate, igual que tú, «Hada Madrina», bribón cagafiestas, bribón cagavidas. Por eso, cuando volvimos del mes en yate por Lake George, pudiste disfrutar solo, revolcarte de gozo con los acertados éxitos de tu obra maestra, consumada cuando Alfredo me citó para darme la sorpresa, clavarme la daga, quemarme los ojos y secarme la voz, diciéndome que se casaba con Kate, que lo perdonara, que ella me tenía mucho afecto, pero que había cosa previas, sentimientos cruzados,

situaciones difíciles, ¡que él y Kate se casaban!, que comprendiera, se necesitaban mucho (que yo me iba, que ya no existía), había cosas previas y sentimientos cruzados, comprendiera, echándome la bufanda sobre la boca porque ya comenzaban las deprimentes heladas del invierno, ¿te acuerdas, cagavidas, apenas un poco antes de que Raquel tomara las píldoras y cuando a pesar de mi pena, de la depresión que me mató el espíritu se fijaron en tu rostro los colores y la risa? —Sí— me dijo Kate la rubia de ojos celestes cuando esa noche apenas si pude llamarla—. Lo siento, Guillermo, pero es así —y después me mandó una carta que todavía guardo, que todavía recuerdo y tengo aquí, mientras me clavas tus ojos de serpiente y como el lobo trato de incorporarme para verte mejor, para temerte mejor, para odiarte mejor.

fin

Los veranos vinieron y se fueron, vinieron y se fueron, muchos veranos y también muchos inviernos, las personas vinieron y se fueron, vinieron y se fueron las ciudades mientras cada vez nos acercábamos más al sótano, donde al menos yo ahora estoy. Un verano vino a juntarse con el anterior con el anterior con el anterior, vino a convertirse en muchos veranos y también todos los veranos se convirtieron en un solo verano y las personas que transitaron por nuestra vida fueron haciéndose también espectros y las ciudades se hicieron estampas sin color, vagos recuerdos en blanco y negro de alguna callecita empedrada colina arriba, de alguna vieja iglesia flotando sobre la nubes, de una barroca sala de conciertos donde aplauden muchas manos entusiastas, y cada pequeño éxito, cada pequeño éxito fue quedando reducido a un pálido cartel, a un recorte de periódico apolillado, a la sonriente foto de un programa (¿qué fue de Guillermo Collins?), mientras la muerte se iba estampando apenas en el alma, en el color amarillento de la mirada, en las arrugas prematuras de la frente y en este rictus ya formándose que te asusta, que te hace abrir mucho los ojos y temer, mientras estarás adolorido aplicándote el interrogatorio de siempre, preguntándote por qué te fallé, dónde fallaron tus cálculos, cuál fue justo el paso sobre la tierra derrumbándose al abismo, la caída a todo peso en las arenas movedizas que chupan y chupan, el punto de partida, el pasito leve con el que empezamos a bajar los escalones, la larga escalera de dos décadas que nos llevó primero al fracaso, después a la amargura y ahora (a mí, porque tú estás igual que siempre) a

la muerte, a la muerte grande, la de pantalones largos, la suma final de todas las pequeñas muertes que me tumbaron desde aquel verano cálido y bullente, desde el momento en que fui capaz de cambiar el *Aria para la cuerda de sol*, por la promesa de un *Concierto para dedos de ángel* que jamás llegué a tocar, que se quedó a medio camino, Nueva York, la muerte de ver a Kate partir a Europa con Alfredo cuando desde el muelle, forrados en mucha piel y mucho abrigo sobre la nieve, les agitamos las manos, los pañuelos, las lágrimas hasta que se perdió el barco por un recodo, París, la muerte agarrada como araña negra a las palabras, a cada letra del telegrama en que mi prima Sofía me mataba con la muerte de mamá, Concepción (Chile centro), la muerte de haber primero ganado y luego servido el «cargo» de concertino y más tarde (marcha atrás, al revés de como son las cosas) el de primer violín en esta orquesta provinciana de músicos bastos y mediocres, de ganapanes insensibles; la misma muerte provinciana que aguarda en los rincones de los bares, en el fondo de la botella de tinto, en lo sonantes dedos del cacho y las fichas grasientas de dominó, todas, todas las muertes que no fueron esa vida, que no fueron la euforia de vencer a cuerda y arco por esa beca, que no fueron comprar un atril por siete dólares, que no fueron abrir las alas y volar ella y yo por Coney Island de la mano, que no fueron Joan Crawford matándose de amor por un Garfield violinista de película hecho de pura fibra, voluntad, de puro tesón, en esas tardes cálidas y vaporosas que ahora se escapan, que se van escapando mientras siento ahora sí, Guardián de las falsas promesas, Satanás de las varillas mágicas, que desde las pestañas una fuerza ajena me tira los

párpados hacia abajo y que me va rodeando una oscuridad
tan fría... tan apretada...

EN MÉXICO

Piano-Bar de solitarios

—Está bueno este lugar —le dijo el pelirrojo de cicatriz en la mejilla al que ocupaba uno de los asientos contiguos. En el otro bebía sola una dama de bastantes años—. ¿Usted ya lo conocía?

—Sí —contestó el hombre, algo taciturno, como entre queriendo y no queriendo ceder a la plática—. De vez en cuando caigo por aquí. Me gusta la música de Javier —hizo un gesto hacia la reluciente calva del pianista, que se movía frenética al ritmo de un jazz bastante violento.

—La verdad es que sí toca muy bien. Es primera vez que vengo. Me gustan los bares, pero no me quiero casar con ninguno. Por eso ando siempre cambiando. Y claro que los de piano son mis favoritos. Sobre todo cuando le ponen un poco de alma a la música vieja. Yo soy de los que sienten cierta nostalgia de los tiempos pasados, ¿y usted, amigo? ¿A poco los boleros de Agustín Lara, los tangos de Gardel, las canciones de Sinatra no lo llenan de recuerdos? ¿Casado?

—No —dijo el hombre—. Aunque ahora sí ya me agarraron. Costó tiempo, pero ya luego luego me caso —«una puta más para los amigos», recordó un tanto amargamente: Bigotes aún no llegaba; seguro que ya no venía.

—Mejor. Ni modo, verdad...

—Salud, entonces. Lo felicito.

Chocan las copas y al seco.

—Yo sí soy de los que dicen con el poeta que «cualquier tiempo pasado fue mejor». ¿Cuál es el año que más le gusta?

—¿El año?

—Bueno, supongo que todas las personas deben tener un año por el que sienten alguna preferencia. No sé, cierto año especial. Un año en que tal vez pasó algo importante, algo que marcó su vida y se le metió con más fuerza en el recuerdo, con mayor intensidad que otros años. Vamos, piense un poco... ¿Qué edad tiene?

—Voy a cumplir cuarenta y tres.

—Somos más o menos. Yo acabo de cumplir cuarenta y cinco, ¿y sabe cuál es mi año, el favorito que le digo?.. A ver, adivine.

—No se me ocurre.

—¡Adivine, hombre, adivine!

Piden otras dos, iguales.

—1960.

—Frío frío, como el agua del río. ¿No le dije que el pasado, mientras más pasado, mejor?

—1950.

—Ahora sí ya andamos cerca. Es 1949. Aunque podría decir que también una parte de 1950. Esos sí fueron años, ¿verdad? ¿Usted se acuerda?.

—Estoy tratando... Claro que sí... Pérez Prado, a poco no.

—Uno, dos, tres, cuatro...

—Siete, ocho, ¡maaambó!

—Eso es, ahí tiene. Oiga, ¿a usted le gusta lo bello?

—¿Qué si me..?

—Lo bello: la pintura, las artes, la música fina, por ejemplo... Entonces tiene que acordarse de «Show-boat».

—Ah, cuando van por el Mississippi en el barquito con rueda.

—Justo, ya ve. Una comedia musical en la que Ava Gardner aparece como una maldita diosa.

—A mí me gustó mucho en «Adiós a las armas» porque ahí se parece a una novia que tuve. Pura guerra y hospital...

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—La novia...

—Por esos mismos años, aunque diría que quizás un poco después.

—¿Y qué pasó?

—¿Con la novia? Bueno, lo de siempre: uno es demasiado chavo para casorios y entonces llega otro más grande y se casan con él, verdad.

—¿Qué pasó? No me cuente generalidades...

—Le estoy diciendo: se casó con otro.

—¿Y usted, cómo quedó? Hecho una miseria, ¿verdad?

—Sí, un tanto molido, aunque ahora veo...

—«Aunque ahora veo»... No vea ahora. Lo importante es entonces y no ahora, porque eso es lo que lo marcó, lo que lo tuvo medio loco sin saber dónde mirar, dónde dirigir sus pasos, de dónde agarrarse... Lo que ahora ve, vale madres.

Pidieron otras dos, iguales.

—Diga, pues, cómo quedó; un tanto molido y qué más.

—Algo así como perdido en el mundo. Como sin brújula.

—Como una pinche pompa, ¿verdad? Cualquier viento se lo llevaba. ¿Y las películas de ese año, se acuerda, le gusta el cine?

—«Show-boat», dijimos.

—Sí, pero ese año, no sé por qué, ese 1949 dieron muchas que no se me han olvidado nunca. Las de John Garfield, las de James Cagney, las de Esther Williams... Oiga, ¿a usted le gusta el pasado?

—Mire, amigo...

—No me diga «amigo»; me llamo Álvaro, y ya dejemos el «usted», ¿no le parece? Si somos de la misma época, ¿o no viste «Ciudad de conquista», cuando Cagney queda ciego?

—Cómo que no. Es boxeador y en una pelea lo dejan ciego.

—Pero a la mala. ¿Ves que nos vamos entendiendo? ¿Cómo te llamas?

—Jiménez.

Pidieron otras dos, iguales.

El pianista se levantó micrófono en mano y con una ronda de ojos abarcó a los comensales en torno a la cola del piano. Se lo ofreció a la dama mayor, preguntándole si no deseaba esta tarde, cantar alguno de sus aires italianos. Ella se hizo de rogar unos minutos, pretextando ronquera, y finalmente accedió, diciendo que ahora se aventaría «Catari».

—Apuesto a que no te acuerdas cómo termina Cagney —dice el pelirrojo de la cicatriz.

—En el kiosco de periódicos.

—¡Justo! Y ahí lo encuentra finalmente su novia. Esas sí eran novias, las de esos tiempos... ¿Qué es de la tuya?

—Ya te lo dije: se casó. Le perdí la pista. Supongo que hizo buen matrimonio. No me preocupa.

—Pero debiera preocuparte, porque no es lo mismo haberte casado entonces que casarte ahora. La verdad es que ya estás medio acabadón.

—¿Acabadón? No, manito, no te equivoques, estoy re-bien. Muy bien llevados mis cuarenta y tres.

—No seas pendejo. Acuérdate de que no es lo mismo «Los tres mosqueteros» que «Veinte años después». ¿Te gusta lo espiritual?

—¿Cómo lo espiritual?

—La meditación, el yoga, el poder de la mente, todo eso.

—No me interesan mucho esas cosas. Yo soy más de la tierra. Prefiero la barbacoa, los chiles en nogada, el vino blanco.

—Qué mal está eso: vas a fracasar.

—¿En qué? Salud, hermano, ¿o a poco no somos hermanos?

—Hermanos hasta la muerte. Dame un abrazo. ¡Salud!... En tu matrimonio vas a fracasar. Ya estás viejón y debes ser mañosote. ¿Qué edad tiene tu novia?

—Como treinta y dos. Aunque dice veintinueve.

—¿Treinta y dos? Huy. Yo sí te aconsejaría un poco de ejercitación mental. Ayuda, ¿sabes?

—¿Ayuda?

—A eso, no te hagas pendejo. A que se te...

—¿Y tú eres casado?

—Por segunda vez. La primera vez tenía venticuatro y me casé con una mujer de treinta y ocho. La segunda tenía treinta y ocho y me casé con una...

—De veinticuatro.

—¿Cómo supiste? Así es, buen adivinador.

Pidieron otras dos, iguales.

La dama vieja terminó y agradeció los aplausos.

Devolvió el micrófono al pianista.

—¡Hermanos! ¡Eso es lo que somos! Debiéramos habernos conocido ese mismo año, el 49.

—Mambo, qué rico el mambo...

—Mambo, qué rico es, es, es.

—¿Te acuerdas de Kid Azteca? ¿Quién ha boxeado mejor?

—¿Y cuando Manolete brindó...?

—¡Qué gran año, putamadre!

—Oye, ¿por qué no serán como ese todos los años, verdad?

—¡Putamadre! Ella me quería como nadie, estaba loca, se moría por verme, por tocarme, porque la besara. Todas las buenas las íbamos a ver juntos, y a veces cantábamos sentados en la banqueta. Yo andaba por los dieciséis. Pero los años terminan.

—Putamadre, sí. ¿Por qué terminarán los años, no? 49... Oye, fue el crimen de la millonaria, ¿te acuerdas?

—Putamadre, que los años sí se terminan. Doce puñaladas, ¿verdad?

—Doce. Sus sobrinos.

—Gran sequía en el Norte.

—*With a song in my heart...*

Pidieron otras dos, iguales.

—Si pudieras volver a un año de tu pasado, ¿cuál elegirías? —pregunta el pelirrojo.

—1949, ¿y tú?

—Ese lo pediría yo, por derecho propio, de modo que elije otro.

—¿Y por qué no puede ser el mismo?

—Porque ese es mi año, ¿entiendes? Mío. De nadie más. Tuyo no.

—¿Que no es mi año? ¿Que 1949 no es mi año?

—A ver, qué derecho tienes a que sea tu año.

—¡Mi voluntad!

El manotón tumba la copa. Alguien se alarma.

—¡Tu voluntad! No seas mamón. ¡Tu voluntad!
¿Crees que nada más con tu pinche culera voluntad puedes andar robando años? ¿Que no más es decir este es mi año y ya?

El contenido se desliza y cae. Alguien se alarma.

—Yo no ando robando años...

—Pinche ladrón de años. Pero el 49 no me lo vas a tocar, culero ladrón de años.

—Oye, Álvaro, ya párale. Yo no soy ningún cabrón ladrón de años. 1949 es mío y nadie me lo quita. Menos un piojoso como tú.

El pelirrojo se levanta, toma a Jiménez de la solapa y le asesta una sonora bofetada en la cara. Jiménez cae.

—¡Pinche ladrón de años!

Jiménez se levanta y agarra al pelirrojo de la solapa. Le asesta una sonora bofetada en la cara. Álvaro cae.

—Mío, cabrón, mío —le dice—, el 49.

Los meseros intervienen para que no siga la pelea, para separarlos. Para que cada uno pague su consumo y se vaya por su lado, tranquilo a casa.

EN ESPAÑA

Buenas noches, Malva

Por los atardeceres del segundo día, Bretón se dio un buen regaderazo, frío como pocos, se puso ropa limpia y salió a hacer una especie de reconocimiento del barrio, a familiarizarse con las calles, los tendejones, quizás algunas personas de las que le había mencionado don Leonardo, el marinero jubilado que por poca suma le alquiló una habitación. Estaba muy bien, pensó Bretón. Bonita vista a una calle en declive, cerca de un mercadito donde se podía comprar por las mañanas a modo de caminata. El frío era menos que en París y, por otra parte, el invierno iba declinando también. Una pieza luminosa en el tercer piso, alegre, como para quedarse un tiempo, como para estar contento, sin quejas. Barcelona, le habían dicho, era lo mejor. Mejor que París y que Madrid. Y además tenía mar.

Regresó al departamento poco antes de las nueve, y vio a la mujer por primera vez. Se hallaba parada frente a la puerta del segundo piso, con las piernas un poco abiertas delineándose al contacto de una falda de lanilla que las insinuaba largas, esbeltas, y apoyándose sobre una escoba con la que al parecer acababa de estar barriendo. La luz amarillenta del foco que apenas iluminaba el piso no permitió captar el color preciso de ese par de ojos que poseían una de las más poderosas miradas que Bretón jamás hubiera sentido. Los labios de la mujer se mantenían levemente entreabiertos, como esbozando una sonrisa que no atreviera a formularse

francamente. Bretón pasó frente a ella y alcanzó el tercer tramo de la escalera.

—Buenas noches —dijo al pasar.

—Buenas noches —dijo la mujer. En su voz se deslizaba un no sé qué acariciante.

Bretón comenzó el nuevo ascenso y no se atrevió a mirar hacia atrás. Sin embargo tuvo la sensación de que al haberlo hecho, se hubiera encontrado con esos dos balazos perforantes clavándole el cuerpo. Llegó a casa y entró. Don Leonardo, sentado en la cocina, tocaba su música de boca. «Están clavadas dos cruces» parecía pronunciar la pequeña armónica que corría de comisura a comisura emitiendo incomprensiblemente no sólo la melodía de la canción, sino además un acompañamiento «afuellado», como de bandoneón porteño. —¿Un trago de vino, chaval?

El calentador a gas llenaba de agradable calorcito la atmósfera. Bretón vio el tatuaje que el viejo tenía en su brazo izquierdo. Se lo quedó mirando.

—Gracias, don Leonardo.

—Pues, acércate, toma.

Al cabo de un rato quizás bastante largo como para que dos botellas de tinto estuvieran vacías, Bretón no lograba que sus palabras surgieran limpias, sin ripio. Las disparaba trastabillantes, llenas de vacilación, como si la lengua le resbalara. Aunque sentía que sus ideas seguían claras, lúcidas, y se daba cuenta de que el viejo permanecía incólume, como si nada, seguro de sí mismo y bien plantado.

—Vi a la de abajo —dijo Bretón.

—¡Me cago en Dios! ¿Cómo es posible?

Bretón no entendió. Qué podía tener de raro, si después de todo ahí vivía, al parecer, ahí abajo, abajo de donde ellos estaban conversando y tomando vino. El nuevo trago diluyó el asunto. Bretón y don Leonardo se perdieron en una jungla de discusiones sobre los modos de hablar el español, de las diferencias entre ambos. La tercera botella iba más abajo de la mitad.

—Oiga, don Leonardo... ¿Por qué usted dice *lor dos*, en lugar de los dos?

—Cómo que *lor dos*, yo no digo *lor dos*, yo sólo digo *lor dos*, ¿qué te pasa, muchacho?

Y la ofensa sumada al vino molestó la expresión del anciano marino, que prefirió dar las buenas noches y retirarse. Bretón fue terminando solo la botella, preguntándose por qué los españoles dirían *lor dos* y pensando en los ojos de la mujer del piso de abajo, que ahora, en este mismo momento, ¿estaría durmiendo? ¿Pensado en él obsesionada? ¿Indiferente ante su paso?

Acostado ya, le costó cerrar los ojos hacia el sueño. Cuernavaca estaba otra vez ahí, al alcance de la mano, a la vuelta de la esquina, estaban ahí los viejos cuates discutiendo algunas botellas de cerveza, las hermanas de Ingemar y la pesadilla, siempre la pesadilla de las arañas, y también el *Seco* dictaminando, diciendo cómo deben ser las cosas, el buen *Seco*, el cabrón *Seco* aquella noche en Caminito de Contreras perdiéndose en el bosque con la muchacha que él mismo había llevado a casa del escritor, donde al final se van a las manos para terminar todos tras las copas zambulléndose en la rústica alberca casi de madrugada, con mucho olvido, mucho pinche perdón, pinche *Seco*, qué irá a

ser de todos ellos, de todos, de él mismo, que gana y pierde, que duda, que va pensando que no se vale una vida tan llena de cuadros negros y blancos, y reyes y damas, peones y caballos, que sí se vale una como las de quienes andan libres por las calles del mundo aunque esas calles sólo sean la delegación de Cuernavaca, la pobreza con ironía pero sabiendo, su ciudad al alcance brutal de la memoria, el vino y la noche sin fin. Bretón siente ganas de llorar porque el tiempo pasa y está a punto ya de soltar la lágrima cuando vence el presente y se le aparece como una visión obsesionante el rostro, la mirada, la casi sonrisa de la mujer de abajo. Por qué no tiene agallas, se está preguntando, para ponerse los pantalones y bajar, tocar a su puerta y decirle algo, cualquier cosa, algo que los acerque, pero el sueño lo gana, se lo lleva. Mañana de sol y un viento casi frío. Vagar por las calles del barrio gótico, llegar al mar y bordearlo. Mirar desde tierra la forma absurda y frágil de la Santa María en réplica. Tiene que haber tenido huevos el pinche Colón para aventarse mar adentro en esa cáscara de nuez que parece no resistiera ni la primera embestida de un ciclón como se debe, de los que azotan el Golfo o la costa del Pacífico por el Mar de Cortés. Seguir puliendo las aceras y meterse finalmente, con la sana intención de consumir horas de horas, en el Museo de Picasso, donde va siguiendo desde los primeros dibujos que el maestro hizo a lápiz cuando niño en sus cuadernos, en los bancos de la escuela, hasta las sofisticadas versiones «vueltas a contar» de «Las Meninas» y de otros cuadros de la gran pintura.

A las cinco de la tarde se prepara una torta (bocadillos les llaman) de salame con queso y se tiende a hojear el

periódico que su casero ha dejado sobre la mesa de la cocina. Duelen los pies, será bueno comprarse un par de zapatos nuevos, un par de «caminadores», amplios y blandos para la vagancia. Porque no tiene intenciones de rendirse. Un par de horas de relajamiento y luego a las ramblas.

Nada interesante en el periódico. Dormita unos minutos y se pone de pie como rechazando el sueño, que no hay tiempo que perder, para dormir está la noche, es preciso aprovechar cada hora, cada minuto. Después de refrescarse con agua que se siente muy fría, y de peinarse cuidadosamente, y de ponerse la chamarra gruesa, enjuaga la botellita plana y la guarda dentro de su morral. En Madrid ya le habían enseñado el truco de viajero pobre. Comprar medio litro de ron de pipa en una bodega, y cuando arrecia la sed, el cansancio o la depresión, sentarse en cualquier café y pedir una Coca con hielo. Un poco de disimulo, y la «Cuba» queda como Dios manda por apenas un par de monedas. El gato del ex marinero casi ciego, que se enoja por problemas de lenguaje, lanza un maullido un tanto lastimero. ¿Por qué le habría extrañado al tipo que hubiera visto a la mujer de abajo hasta el punto de que «se cagara en Dios»? Qué mirada, ojalá se la vuelva a topar ahora, mientras baja lenta y sonoramente los peldaños de la escalera.

—Hola —le dijo la mujer de abajo cuando llegó al descanso.

—Hola —respondió Bretón sin osar detenerse, sin fuerzas para vencer la timidez que lo congelaba. Dijo «hola» y siguió su camino con la sensación triste de ser poca cosa, gallináceo, rajón. Un pendejo, dirían sus cuates.

—¿Vas de paseo? —preguntó la mujer.

Bretón tuvo que detenerse. Con la sangre un poco entumecida, se dio vuelta hasta enfrentarla, desde dos o tres escalones más abajo.

—Sí, ¿quieres venir? —dijo, casi al borde del tartamudeo—. Voy a estirar un poco las piernas y a tomar un refresco.

—Espérame abajo —dijo ella—. No tardo ni un minuto. Bretón terminó su descenso como mareado por la mirada tan turbadora de su vecina. Esperó en la puerta hasta que ella se le juntó y le dijo un «vamos» que parecía muy alegre, tomándolo del brazo en cuanto echaron a caminar. Hasta entonces no se había percatado de tres características notables de su nueva, ¿cómo llamarla, «compañera de juegos»? Tenía los ojos de un color violeta claro que jamás se hubiera imaginado posible, un tono de absoluta fantasía, más allá de lo humano, inverosímil; tenía, en segundo lugar, unos labios que, al sonreír, dibujaban perfectamente la forma de un corazón, increíbles también; y por último, tenía además una joroba que no era fácil advertir mirándola de frente, no demasiado abultada ni pujante, pero joroba, definitivamente joroba. Se sintió un poco incómodo Bretón de ir caminando del brazo con una curca, chingada madre, cómo es que no se había dado cuenta. Pasos que el frío del atardecer agiliza, conversas triviales como para saber toda la historia el uno del otro antes de recalar en un café a contemplarse de frente para entrar en otras materias más colindantes con el futuro inmediato. Que cuándo llegaste y de dónde eres y qué haces. Y han pedido *cocas* en el cafetín que eligieron para esta fase de la relación, en plena rambla.

—Así que te dedicas a ver la suerte —dice Bretón.

—Eso es para el puchero —dice Malva—. También hago otras cosas.

Les sirven las cocas con hielo, y Bretón paga. Cuando el mesero se retira, abre su morral y saca el frasco.

—¿Un poco de ron?

—Y cómo no, claro que sí, no un poco, échale con generosidad.

—¿Qué cosas?

—Bueno, cómo te dijera... Cosas. Cosas —sonríe y es tan fina y dulce la sonrisa, que Bretón siente que el éxtasis casi está a punto de asomársele por los poros, qué bárbaro, dos hoyuelos se hacen profundos en las mejillas y la mirada violeta sonríe también y quema, desintegra, desarma.

—¿Te gusto? —pregunta ella.

Bretón trata de darse tiempo. La mira achicando los ojos como para enfocarla mejor. Se atreve a posar su mano sobre la de ella...

—Me encantas —responde—. Tienes el rostro más precioso que haya visto nunca.

Ella lanza una risotada y lo mira con un dejo de compasión, algo así como a un niño indefenso.

—Pero soy curca —le dice.

—¿Y eso importa?

—Pienso que sí, pero lo decidirás tú mismo —se apretaron la mano. Bretón sintió una ola de calor recorrerle todas las fibras del cuerpo, un apremio como el que jamás había experimentado—. ¿Vamos a casa?

Vaciaron al unísono lo que quedaba del vaso y emprendieron la marcha de regreso, tomados de la mano, casi sin hablar, como si la comunicación de ese contacto

hiciera prescindible toda otra forma de lenguaje. Ambos parecían saber a lo que iban, lo deseaban, mantenían expectativas, concentraban la esperanza y preservaban las energías.

Sobre la amplia cama de la habitación más recargadamente barroca que Bretón había visto en su vida, Malva fue leyéndole las líneas de la mano en silencio.

—¿Hay algo que quieras saber de mí? —preguntó Bretón.

—Ya no. Lo que quería saber, ya lo sé.

—¿Me lo vas a decir?

—¿Por qué no? Entre tú y yo no va a pasar nada especial. Volverás pronto a tu país y allá, en medio de muchas personas, una jovencita muy hermosa te distinguirá como favorito de la concurrencia. Iniciarán una relación profunda y duradera... No sé por qué veo la silueta de una araña negra, inquietante... Escalarás mejores posiciones en tu carrera...

—Oye, déjate de cosas —dijo Bretón, retirándole la mano—. ¿Qué es eso de que entre tú y yo no va a pasar nada? ¿No crees que ya está pasando?

—Voy por una botella —dijo Malva, levantándose y saliendo de la habitación. Una ligera corriente entreabrió la puerta del enorme ropero espejado que ocupaba toda la pared frente a la cama. Dentro, las perchas, entre vestidos de colores vistosos, guardaban también sacos de hombre, camisas, corbatas.

—¿Con quién vives? —dijo Bretón cuando Malva regresó trayendo una botella de vino y dos copas.

—Vivía —contestó ella—. No preguntes, nene, no preguntes. Ven —dijo colocando la botella y las copas sobre la mesita de noche y echándose de espaldas sobre los almohadones naranjas, verdes, rojos y amarillos de blando plumaje que amortiguaban la joroba—. Ven, ven —Bretón fue y el beso duró eternidades, se estiró, se contrajo, se retorció de angustia y placer. Se derritió de calor, mientras las prendas de vestir iban volando una a una y la luz de la lamparita iniciaba un sueño largo para amparar el abrazo nocturno de los amantes.

Bretón subió y bajó entre jadeos y suspiros, sintiendo que la sangre, los pulmones, el corazón, se le henchían del más puro, hondo, revoltoso y despiadado amor que nunca había sentido, que nunca había imaginado se pudiera llegar a sentir. Malva lo hacía navegar, y era como una brújula certera para indicar los puntos donde debían dirigirse y él la sentía reír y sentía sin verla su mirada violeta, quemante, dolorosa, y abrazaba esa joroba que aún no lograba admirar desnuda como el máspreciado tesoro, como la síntesis de lo más amable que poseía esa mujer hermosa y deforme que parecía saber tanto, conocer las honduras multifacéticas del placer.

La mañana se filtró a través de algunas rasgaduras del cortinaje escarlata que ocultaba las ventanas. Bretón abrió los ojos. Estaba solo en la gran cama. Fue desperezándose, tratando de comprender el mundo que despertaba con él. La botella de vino sobre la mesa de noche estaba vacía. No recordaba haber bebido. Recordaba haber hecho el amor como un salvaje, durante años y décadas, hasta el agotamiento después de los orgasmos, hasta la locura final

que se esconde en el sueño. Malva entró a la habitación mordiendo una manzana. Se quitó la bata de lana y por primera vez Bretón contempló las formas de su cuerpo desnudo que ya conocían sus manos, si bien no sus ojos. Era de piel muy blanca... Era la hermosa dama, como el retrato de la ninfómana que trazó Balzac, «Esta hermosa dama, tan débil, tan frágil, esta mujer de un blanco de leche, tan lánguida, tan delicada, tan suave, con un rostro tan tierno coronado por un precioso cabello color cervato, esta criatura cuya brillantez parece fosforescente y pasajera, es una organización de hierro. Por fogoso que sea, no hay caballo que resista su nerviosa muñeca, esta mano aparentemente débil pero incansable. Tiene un pie de corzo, un pequeño pie duro y musculoso, bajo una apariencia externa indescriptiblemente graciosa... su cuerpo no conoce la transpiración, inhala el calor de la atmósfera y vive en el agua por temor a morir». Era el retrato mismo; sólo que había que agregarle los ojos violetas, ahora rodeados de venillas rojas, la sonrisa corazón que en este instante no se estaba dibujando, y la joroba, que a la luz de la mañana parecía más pesada, más implacable y tediosa.

—Te amo —dijo Bretón.

Malva se acercó a él voluptuosamente y plantó con decisión su cuerpo frente al rostro de ese nuevo amante que parecía haberla defraudado. Bretón cedió a la insinuación, y los juegos comenzaron de nuevo y volvieron a ser la bolita que empieza a deslizarse cuesta abajo en la montaña nevada.

Un mes entero de Barcelona amando desde el fondo de sus sentidos a esta misteriosa mujer que a veces se le

escapaba, desaparecía por días, y a quien nunca pudo hacer feliz, a pesar de los reproches, de los esfuerzos, del orgullo herido. Te irás conmigo, pensaba Bretón, viviremos juntos y aprenderé a complacerte aunque me lleve tiempo, aprenderé a encontrar tus zonas más secretas y a descubrir tus territorios ocultos para que nunca más, al despertar, me mires con ese odio de que son capaces tus ojos violáceos, para que nunca más descargues tu rencor y tu desprecio en ese «nene» con que aprendiste a castigarme, te irás conmigo a México, a Cuernavaca, y yo estaré orgulloso de ti, de ti entera, de toda tú, de tus ojos, de tu joroba, de tu lascivia, y pasearé contigo por el Zócalo, por los jardines, para que todos te vean y sientan la envidia. Pero Malva había visto la mano de Bretón y creía conocer su destino. Malva no seguiría a este niño efébo que tenía todavía muchos caminos que recorrer, muchos secretos que descubrir antes de llegar a la cima.

Malva sabía también que ella debía seguir buscando, que entre uno y otro y otro alguna vez llegaría el hombre, *some day he'll come along, the man I love...* Sólo que no se trataba en este caso del hombre que amaba, porque el hombre que amaba había muerto, sino del que pudiera alguna vez provocarle los mismos veinte orgasmos en una sola jornada de horas de amor ininterrumpido. Alguna vez, entre todos los hombres, lo encontraría y entonces sí, desplegaría la totalidad de sus poderes para adueñarse de su cuerpo y de su alma y sorberlo hasta la eternidad, siguiéndolo donde fuera, donde su voluntad quisiera llevarla. Pero Bretón, no. Bretón tendría que irse solo, tragarse la pena, sofocar el amor, estrujarse los sentimientos y buscar de nuevo.

Al despedirse de don Leonardo, con quien nunca volvieron a florecer mucho las relaciones, Bretón le preguntó:

—¿Por qué usted una vez dijo «Me cago en Dios» cuando le conté que había visto a la mujer de abajo?

—¿A Malva? Bueno, ya te habrás dado cuenta de cómo es, una traghombres tremebunda, de esas que no perdonan a nadie.

—Estuvo casada, ¿verdad?

—La verdad es que no diría «casada», sino amancebada con un sujeto.

—¿Qué fue de él?

—Lo mataron. Era un sujeto peligroso. Cayó en un atentado. Era un terrorista tremendo. Cosa seria.

—¿Y ella? —Don Leonardo rió.

—Ella también es cosa seria, en... Pero ya sabes a qué me refiero.

En el andén, Malva le clava a Bretón la mirada violeta y le toma el rostro entre sus manos.

—Cuidate, rubio —le dice—. Pórtate bien y sigue adelante.

—¿Me quieres?

—Claro que te quiero, eres un rubiecito adorable —lo besa en los labios—. ¿Ves como te quiero?

—¿Hace mucho que murió? —se atreve a preguntar Bretón. Malva le da un pellizco en la mejilla.

—¿Qué has andado averiguando, malulo? Sí. Más de cuatro años.

—¿Y nunca..?

—Nunca ha vuelto a ser igual. Nada ha vuelto a ser igual, nunca.

Se anuncia la partida del tren. Se abrazan. Bretón acaricia como desesperadamente la joroba de Malva y le da besos y besos en la cara, en la frente, en los labios-corazón, en el cuello blanco.

—Nos vemos, Malva —dice, tragándose el quiebre de la voz.

El tren va saliendo lentamente de la estación y desde la puerta Bretón ve la figura deforme de Malva empequeñeciéndose. Ahora sí suelta algunas lágrimas. Nunca hubo tarde más desolada en Barcelona, en toda la península ibérica, en el hemisferio entero.

EN MÉXICO

Tiburón tiburón

*Cuando sientas deseos de acariciar, acaricia.
Cuando tengas ganas de golpear, golpea.
No digas «ay», ni «basta», llega hasta los límites.
Ibn Khaldum*

La tarde caía, caía, caía. Caía como en algunos países caen los tupidos copos de nieve: es decir, caía cubriéndolo todo. Sólo que aquí donde estábamos, en regiones de calor y en plena orilla del mar, tampoco podía cubrirlo todo de blanco, sino apenas de una compleja mezcla de tonos en la que predominaba el rojo-púrpura rodeado de naranja, color de esos atardeceres espléndidos de las postales que rápidamente se le mandan a la amada lejana para recordarle que pensamos en ella (cuando en realidad *no* pensamos en ella), nostálgicas postales capaces de superar la belleza de toda realidad, postales sin mosquitos, sin fríos, sin sudores, postales de horas y momentos semejantes, víctimas ilesas de retinas automáticas que supieron capturar ese instante preciso que no ha de tardar —ahora mismo— en dejar paso a la noche, en este caso con luna, que ya viene. Una luna llena, o casi llena, más o menos como el último vaso de cerveza que nos estamos tomando al salir desde el interior de la enorme palapa a pleno aire, una luna que al menos en el desfile que ya todos vamos a iniciar a lo largo de las calles del pueblo —¿pueblo, aldea, comarca?— con Sogas a la cabeza, con Sésamo, con el gordito Alfredo y el resto de la

fatal partida, seguidos en breve por una «tambora» bulliciosa y cansada (tal vez de tanto tocar), será capaz de continuar indicándonos risueña cuál es la arena de la «avenida» principal y dónde comienza el mar que sube, que sube, que pronto querrá hacernos más estrecho el camino para que cuerpo con cuerpo se peguen y se junten los sudores, antes de llegar —o de acercarnos— entre compases de viejos boleros al patio de los tiburones, todos bien entonados, muy regados por dentro todos, como Dios manda (y aunque no mandara), después de mucho sol, mucha euforia, mucho marisco y naturalmente también mucho ron.

Pero sí, la tarde caía, caía.

Sin embargo, aunque parezca raro, no todo en esa jornada había sido *tarde*. Tuvimos también —hay que reconocer— una espléndida, una luminosa, una feliz, una activa, una risueña, una marina, una soleada, una parecida a muy pocas, una exultante, una frenética, una salada mañana llena de promesas y llena también de uno que otro recuerdo. Recuerdos sórdidos, recuerdos amables, recuerdos violentos, recuerdos tiernos. Toda clase de recuerdos cupieron en esa mañana bajo el estímulo poderoso de la almeja.

Habíamos cruzado a la isla en una lancha a motor para disfrutar de un baño más solos, sin tanta gente al borde de adivinar nuestros complejos de panza o de malas, de pésimas artes natatorias. Eran apenas diez a quince minutos de plácida navegación desde la playita de las palapas marisqueras hasta las aguas transparentes de la isla y todos nos sentíamos muy contentos de vivir, dispuestos a sacarle la esencia a cada uno de esos minutos. *Todos* éramos apenas cuatro, pues, Sésamo, algo más entradito en años, algo más

reposado, y posiblemente algo más indiferente a los placeres de la costa (por ser él mismo de la costa), quiso quedarse al otro lado con una rubia (cerveza) y un platón de ostiones en su concha. Cuatro tipos que hacía ya tiempo no veían el agua salada, que casi habían olvidado el sabor del pescado, como si en tierra adentro no hubiera pescado, y el olor de los mariscos frescos, que si están verdaderamente frescos por lo general no tienen olor. Cuatro —casi tres, porque a uno lo vamos a omitir— para una mañana espléndida, una mañana... (leer lista de adjetivos en la página anterior para calificar la mañana).

—Vuelva a buscamos dentro de una hora —le dijo el gordito Alfredo al lanchero. Y saltamos todos de la lancha. Parménides lanzó un grito al caer.

—¡Carajo, chingada madre, me pegué con algo duro, me corté el pie!

Se agachó quejumbroso, metió la mano al agua y muy pronto, casi en el acto, la volvió a sacar trayendo entre sus dedos eso duro que lo había cortado. Nos quedamos atónitos mirándolo. Era una almeja, lo duro, una almeja de mediano tamaño. Una almeja blanca de concha estriada. Como resulta lógico, más que el tajo de Parménides nos impresionaba el hallazgo, de modo que apenas pasó el asombro, no faltó quien exclamara:

—Oye, es una almeja y no tiene por qué ser la única. Busquemos, busquemos. Seguro que hay más.

Los cuatro nos pusimos de inmediato a gatear en el agua moviendo las manos de lado a lado para palpar el fondo arenoso. Y de inmediato, también, empezamos a encontrar almejas —una y otra y otra— y a gritar a la vez de felicidad y entusiasmo.

Si el narrador de esta parte de la historia hubiese sido un pez, habría tenido que referirse a extraños instrumentos adheridos a largas palancas, o bien a animales de especie desconocida que con sus tentáculos inquietos palpaban minuciosamente la arena en el fondo del agua. Si hubiese sido (el narrador) una gaviota, la imagen vendría a golpearnos muy distinta: dos pares de anfibios cuadrúpedos, no del todo disímiles del caballo, que han llegado a estas costas a disputar con ellas el alimento, pues ¿qué otra cosa podrían estar haciendo durante tanto tiempo sino saboreando caracolillos, almejas y otros moluscos? Y si el narrador, finalmente, hubiese sido un hombre, no uno de los que ahí estábamos, en buen conocimiento de todo el asunto, sino un hombre que en pleno vuelo detiene su helicóptero sobre esa precisa zona del mundo, habría dicho, sin duda, que se trataba de un grupo de sujetos escapados de algún manicomio cercano... Queda plenamente demostrado aquello de que todo depende del color del cristal con que se mira, aunque ni el pez ni la gaviota estarían mirando a través de un cristal. Probablemente el hombre sí: de un cristal *sin* color.

Cuando al cabo de una hora volvió el lancharo a recogernos, nadie quería marcharse todavía.

—Ve tú —le dijo el gordo Alfredo a Parménides—, y regresa pronto con cuatro cajas de cervezas frías, dos kilos de limones, salsa picante y un par de cuchillos que te pueden prestar en alguno de los negocios.

Cuando regresaron le dijimos al lancharo que viniera por nosotros en unas dos horas más. A esas alturas teníamos sobre la arena un montón de por lo menos doscientas almejas, unas grandes, otras medianas, otras pequeñas. Curiosamente.

Lanzábamos gritos de euforia, transfigurados como pueden estar en esas circunstancias los que son de la ciudad. Y también, por supuesto, los que no son de la ciudad...

Releyendo, veo que esto último se pone demasiado descriptivo. Leo y releo. Tórico y retórico. Sí, la verdad es que desde *recuerdos violentos*, *recuerdos tiernos* lo narrado podría sintetizarse en un par de frases apretadas. Haremos, al menos, el intento de escribir primero ese par de frases para luego apretarlas lo más posible con una llave inglesa.

«... Recuerdos violentos, recuerdos tiernos... Mañana de recuerdos. Pie choca con duro. Almeja. Euforia. Cientos. Mañana de almejas y cerveza».

Además, me digo, por qué —y me repito—, por qué tanta explicación de todas estas horas previas, si lo que en realidad interesa —más que nada— es lo que ocurrió precisamente después, cuando el lanchero regresó por nosotros, ahora sí, para emprender por fin la retirada (compañeros de mi vida) de la isla y llevarnos otra vez a la playa de las palapas, del bullicio, de las ostionerías, llenos de almejas en el estómago, muertos de sed, sí, cocidos por el sol incansable, ahora en buen descenso mientras la lancha corta las olas y una suave llovizna de espuma nos alegra la piel ardiente y enrojecida, y mientras las casas se acercan y se divisa la Combi frente al restorán donde muy luego habremos de encontrar a Sésamo con sus nuevos amigos, pero *sobre todo*, con el Sogas que, para que vean el desorden de estas líneas, debía ser el verdadero protagonista del presente relato, junto a Tintorera. Al menos podemos dar crédito de que fue el feliz instigador, el estímulo esencial, la fuerza motriz de esta historia que hasta el minuto en que se

escribe la palabra «minuto» y hasta siete palabras después, no ha dicho nada, no ha cumplido con las reglas del juego, es decir de esta historia que no es en realidad una historia, sino un montón de caóticas impresiones incapaces de juntarse ni converger al punto que pudiera unir las, desintegrándose como una galaxia entera que por errores de la mano de Dios fuese a caer en alguno de los siniestros agujeros negros que tan bien describe Einstein debido, naturalmente, a que nunca los vio...

Porque del Sogas, hasta ahora, ni siquiera una palabra; para él, hasta ahora, ni siquiera una sonrisa. Ni un mínimo y dulce *close-up* de la cámara. ¡Hágase justicia!

Y, entonces como más vale tarde que temprano, digamos algo acerca del Sogas.

Hemos llegado a la gran palapa marisquera y Sésamo, entre vítores y risas de cierta euforia etílica, nos presenta uno por uno a todos, a todos uno por uno. El Sogas está a la cabecera y de inmediato, mientras nos saluda con una sonrisa bobalicona, algo cansada, llama a Sofanor y le pide cuatro bandejas más de camarones al mojo de ajo y cuatro nuevas órdenes de jaiba rellena, para los amigos que vienen llegando. El gordito Alfredo hace claras manifestaciones de una sed desesperada y en menos de lo que dura un abrir y cerrar (debiera ser, por lógica, un cerrar y abrir) de ojos, la mesa se cubre de botes cervecedores que despiden vaho de tan fríos, que vienen a consolarnos. Todos, todos, un gran salud, por Sésamo, viejo amigo del Sogas, y por el Doc, principalmente por el Doc, también viejo amigo, ex compañero de tareas y palomilladas en los días de colegio, nada menos que dieciocho años desaparecido, pinche Sogas, ¿cómo te

explicas esa suerte? La suerte de que dieciocho años después de no verse llegue tu cuate buscándote, qué te hiciste, pinche Doc. La suerte de que justo ese mismo día, también después de unos añitos (no tantos) aparezca Sésamo, ¡qué milagro! La suerte de conocer a estos nuevos cuates tan rojos y contentos que ahora levantan su copa para brindarle saludo. La suerte de que sea sábado, de que la tarde esté cayendo, cayendo (porque recuerden que la tarde caía...) y de que para gran remate de suertes y fortunas sea sábado y quede toda una larga noche por delante y un buen domingo de sueño también por delante (aunque en la mañana del lunes ya será por detrás).

—¿Quién es? —le pregunto al gordo Alfredo.

—¿Quién es? —Alfredo le pasa la pregunta a Sésamo.

—El síndico —me responde luego Alfredo.

—¿El cínico?

—No, el síndico... El representante del presidente municipal aquí en este pueblo... Una especie de cacique local...

—¡Salud por el síndico! —digo—. ¡Qué viva muchos años el dueño de este hermoso lugar perdido en la costa!

Todos siguen mi proposición diciendo qué viva, qué viva, qué viva el dueño, el mero-mero, el gran Sogas Gutiérrez que por más de dieciocho años no veía a su cuate el Doc, tan fornido ahora, maduro, tan profesional, bigote negro y recortado, camiseta a rayas.

—¡Salud, pinche Sogas!..

«Gordo sebosos», habría dicho Brigitte Bardot si le hubiera tocado describir al Sogas. «Y Dios creó a la mujer ¿para eso? Ni aunque fuera el último varón sobre la tierra,

¡matarife con olor a sangre de tiburón, asesino de los mares!».
A la Deneuve en cambio quizás le hubiese atraído, por ese bigote marcando las siete y veinte del reloj... Mucho peso, Sogas, mucha grasa.

Y sin embargo al Sogas se lo disputaban, íbamos sabiendo entre camarón y camarón, entre copa y copa, mientras la tarde caía, caía... Se lo disputaban dos; Juan Zamora y el mentado Tintorera, un tipo rápido y traicionero, de filudo colmillo y también de filudo puñal, al que le gustaba cazar los tiburones a mano, nada de cosas. Qué bueno que no esté aquí, pensé, diciéndome —ya con varias cervezas y varios rones a mi haber— que me caían muy mal los tipos que se zambullen mar adentro para cazar tiburones a mano, así como derrotaba Tarzán a los cocodrilos en sus hollywoodenses ríos. Pinche Tintorera. Ojalá algún día uno de esos escualos le diese buen merecido tiñendo de rojo las aguas de ese plácido, de ese salado, de ese verdoso, de ese profundo, de ese encrespado, de ese rico en fauna, de ese cambiante Mar de Cortés que tanto beneficio produce al Sogas... Y pensé ingenuamente que esa tarde, de seguro, el Tintorera no iba a aparecer por ahí, y que para nada me gustaría vérmelas con él a mano limpia. Ni tampoco, como es natural, a mano sucia. Ingenuamente, sí.

—Oye Sésamo, oye Doc... Ahí viene un amigo que quiero presentarles —dijo el Sogas—. ¡Apúrale, Tintorera, buey!

Un *escualofrío* me recorrió el espinazo cuando vi a Tintorera. No exagero al decir que el tipo tenía cara y facha de tiburón: una boca sin labios, casi debajo de la barbilla, dos brazos que literalmente aleteaban y un conato de joroba

filuda que en el agua se hubiese confundido fácilmente con la aleta dorsal de esos peces que tanto terror han provocado en el género humano (y en otros géneros como la novela y el cine). Es decir, era un tipo siniestro, de muy anchas espaldas, y paso zigzagueante, porque a todas luces venía ya muy borracho este terror de las aguas entrando en nuestra palapa para romper la paz de la tarde que caía, ay, ay, ay, mientras soplabla el viento.

—¿No han visto a Juan Zamora? —preguntó babeante, cara sonsa, sin saludar a nadie, con cierta carga de amenaza.

El Doc largó la risa. Rió primero solo y luego al unísono con el resto de nosotros que desafortunadamente nos contagiarnos. La mesa reía, reía.

—¿Que si no han visto a Juan Zamora? —remedó el Doc.

Nuevas risas generales. Casi ni se podía hablar. «Que si no han visto a Juan Zamora», decía uno primero y otro después, jadeando entre carcajada y carcajada. Que si no hemos visto a Juan Zamora.

Tintorera nos miraba mucho, exactamente como si no pudiera creer lo que estaba pasando, como si no atinara a comprender de qué se trataba esa escena, como incapaz de determinar si era realidad o sueño.

—Oye —le dijo Sésamo levantándose de la silla y poniéndose frente a él—, dinos qué crees tú, que hemos visto o que no hemos visto a Juan Zamora.

Acto seguido comenzaba a mirarnos risueño para indicar risa con su batuta, pero sólo pudo quedarse en el comienzo, pues no lo dejó terminar el sonoro «aletazo» que le asestó la bestia marina. Sésamo fue a caer a unos siete metros de la mesa, aturdido, para no volver a levantarse tan

luego. Se puede decir que dejamos de reírnos y que ya nadie quiso volver a repetir eso de si habíamos visto o no a Juan Zamora. El Sogas miró tranquilo a su joven mozo mientras pelaba un camarón grande, sin siquiera voltear la cabeza para saber qué suerte había corrido su viejo cuate Sésamo.

—Oye —le dijo calmo—. ¿Por qué tratas así a mis amigos? Ya sabes que eso no me gusta.

—Ando buscando a Juan Zamora.

—¡Y a mí qué chingaos me importa a quién andas buscando!... Seguro que otra vez quieres romperle la madre. ¿Para qué, imbécil? Te echas dos tragos y te da por matar al pobre Juanito. Ahora vete a recoger a Sésamo y lo traes a su asiento.

—¡Ni madres!

El gordito Alfredo ya estaba tratando de hacer volver en sí al viejo Sésamo, que en su desmayo *también* tenía cara de asombro. El Doc miró a Tintorera como si ya se le acabara la paciencia. Encendió un cigarrillo. Tomó un trago de su vaso y lo volvió a mirar como si ya se le...

—Oye Tintorera —dijo—, ¿que no oíste lo que te dijeron? Te lo voy a repetir.

Y lentamente, silabeando cada palabra, le ordenó que fue-ra-a-re-co-ger-a-Sé-sa-mo-y-lo-tra-je-ra-a-su-a-sien-to.

—Ni-ma-dres —respondió Tintorera.

Ayudado por el gordito Alfredo, Sésamo, sobándose la mandíbula con un pañuelo ensangrentado, volvió a su silla. Desde allí miró a Tintorera y sacando apenas una voz algo así como de tenor con hipo le dijo casi llorando:

—Oye, ¿de casualidad no has visto a Juan Zamora?

El Doc ya se había levantado y pudo contener al tiburón antes de que se abalanzara como una mole sobre el lastimado Sésamo, esta vez a matarlo.

—Tranquilo, muchachito, ¡no seas travieso! —le dijo, manteniéndolo a la distancia de un brazo estirado—. Te puede pasar algo.

Tintorera, no tan rápido como el rayo, debido quizás a los pícaros grados de lo que hubiera estado tomando durante las horas previas a ese momento celestial (luego intentará esta pluma dar una explicación de por qué escribió «celestial» para calificar al momento aludido), retiró su brazo hasta muy atrás, ladeando un poco el torso, e impulsó el inmenso puño cerrado de la mano de ese brazo en dirección al hermoso rostro moreno (Ornar Shariff de a peso, había dicho alguien, tal vez Sésamo), al sonriente rostro moreno, al casi perfecto rostro moreno de Doc, precisamente aquella tarde (que caía, caía), el mejor amigo del propio Síndico Sogas Gutiérrez. Pero ese puño no habría de golpear su objetivo, ese puño de acero, accionando por el recio resorte de un inverosímil brazo pescador tiburonero, quedaría inmóvil, tristemente inútil, despiadadamente nulo, por la rápida acción de la mano de Doc, el karateca. Un movimiento gracioso, para rematar, y el cuerpo resbaloso y brillante de Tintorera barría el suelo tirando sillas a su paso, como un bolo certero derrotando los palos.

Doc esperó a que se levantara.

—Ataca, ataca —lo instó, entreabriendo los labios para que relucieran blancos sus dientes, con fulgor de cuchillos—. Ataca, chavito, ataca. No tengas miedo. Así, a lo valiente. ¡Ataca!..

Enfurecido, casi hidrofóbicamente babeante, el joven embistió a toda carrera contra Doc Shariff. Esta vez el karateca —nadie pudo ver bien cómo— lo hizo dar dos vueltas en el aire y salir volando hasta chocar con uno de los postes de la palapa, que registró un estremecimiento relativamente sísmico y a punto estuvo de venirse abajo.

Todos a estas alturas reíamos en una mezcla de asombro y algarabía. Por supuesto, el que más reía era Sésamo, el bueno y vengativo Sésamo.

Sogas Gutiérrez permanecía sentado, sudoroso, grasiento, pelando camarones. Su expresión había cambiado y de algún modo a sus ojos llegaba ahora cierta sombra, y de algún modo su boca, de vértices ahora caídos, expresaba sino disgusto total, al menos cierto malestar. Impulsados por oscuros presentimientos, los cuatro almejeros del día apresuramos la mitad de una botella de ron que aún quedaba, así como por precaución, como por si los tiempos pudieran cambiar, como si en lugar de caer, caer la tarde, pudiese echársenos encima una noche negra y definitiva.

—¡Ya nos vamos, ya nos vamos! —dijo el Sogas, levantando con trabajo su pesado cuerpo—. Nos vamos, Doc, nos vamos Sésamo, todos nos vamos a ver a mis tiburones secándose...

¿Irse? ¿Por qué? Ya había dejado Tintorera de causar líos. No porque hubiese muerto, sino porque los vuelos y los golpes lo mantenían —para tranquilidad de todos— adormecido. ¿Irse? ¿Terminar ya con esa espléndida jornada de mariscos, sol, alcoholes? ¿Romper de cuajo un vuelo drogado donde la única droga es la intensidad de un día llevado a las regiones más extremas de los sentidos? ¿Por

qué? ¡Porque a Sogas Gutiérrez se le acabó el ánimo, se le bajó la risa, le dieron ganas de mear!.. Yo te voy a decir-bien, o sea, te voy a mal-decir, mejor: consúmete, Gutiérrez, quémate en los aceites hirvientes del infierno; arde y cruje como un gusano de maguey fatalmente condenado a la paila, siente tu piel apergaminarse dolorosamente y contraerse tu carne como un bistec en la parrilla, sufre, sufre mucho por querer llevarnos a todos a tus malditos tiburones, entrégate delirante al tormento, pero una cosa recuerda, Sogas Gutiérrez, piensa que alguna vez tú mismo, y alégrate, que tú mismo, sin el permiso de nadie, le pondrás tu propio nombre a una de las calles de este pueblo —¿aldea, comarca?— y entonces no pierdas nunca la sonrisa.

Sogas ya está de pie y mira con desagrado en todas direcciones.

—¡Luego hablamos, Sofanor! —grita hacia la cocina.

Pienso que (el gordito piensa que, Sésamo piensa que, Parménides piensa que, el Doc piensa que, todos, todos piensan que) ese «luego hablamos Sofanor» se refiere al pago de la cuenta, y se me viene natural la idea de que (al gordito Alfredo se le viene natural la idea de que, a Sésamo se le viene...) la gran víctima de toda esa jornada de siete cajas de camarones, ochenta jaibas rellenas, dos ollas de sopa de aletas de caguama, cervezas y rones a granel, no es otra que Sofanor, que no ríe, que acaso esté ya fraguando sórdidas venganzas, «luego hablamos», sí, total un síndico es un síndico y tiene también que hacer favores y lo mejor será servirle siempre bien.

Y todos vamos como en lenta y relajada caravana saliendo de la palapa mágica hacia esa tarde que caía, caía,

caía, y que muy, muy pronto dejaría paso a la noche, en este caso con luna, que iba a reflejarse plateada en el mar tranquilo que ya sube y sube y sube estrechándonos la calle de arena.

Pero ahora necesitamos un corte con urgencia. Venga un cuchillo. Si a la pluma que escribe se le escapó de pronto una frase tan sospechosa como «este momento celestial», es preciso explicar que ello se debe a que el momento, en realidad, *era* celestial. ¿Qué más se puede decir? Para qué tanta explicación, después de todo. Para qué insistir en que era uno de esos momentos en que los sentidos se abren a su diámetro máximo (¿serán redondos?) dejando que a través de ellos penetre multidimensional, la felicidad más plena. El momento era simplemente *celestial*. Es decir, era un adjetivo calificativo.

Estamos, pues, afuera, todos algo traposos de andar y difíciles de lengua. Con excepción de Tintorera: de lengua imposible y de paso nulo.

—¡A los tiburones! —dice Sogas Gutiérrez algo así como significando «el que sea valiente que me siga».

Y marchamos ocho, diez, doce personas por la arena, pegados al mar, mientras viene apareciendo espectacular una luna que contrariamente al «farolito», no alumbra *apenas* la calle desierta, sino que la alumbra a toda fuerza, porque además la calle no está desierta, no está desierta, pues inclinado en pose romántica contra el muro de una casita de madera está el Doc hablándole a una muchacha de cabellera larga y suelta que lo contempla con admiración y deseo, mientras a pocos pasos la tambora, acompañando a una voz antiguamente cursi, toca los compases casi finales de *soy prisionero del ritmo del mar*.

«Qué bonitos ojos tienes», le estará diciendo el Doc.

«¿Debajo de esas dos cejas?», preguntará la dulce, la pálida, la tierna, la esperanzada, la única, la divina muchachita del corazón nervioso, sin poder alejar de su mente la imagen de aquel instante en que Superman Doc le daba su de sobra merecido a Tintorera.

«Eres muy fuerte, muy fuerte», dirá ella.

«No, preciosa, ni tanto», responderá él modestamente. «Sólo que nunca me han gustado los matones, esos tipos que creen que pueden andar madreando a todos... ¿Sabes? Tu sonrisa es una fiesta y son como perlas tus dientes». (¿Se imaginará quizás el Doc bailando con ella toda de blanco y llena de velos un esplendoroso vals vienés sobre los mosaicos encerados de un gran salón barroco?). «Sí, como de perlas».

«Nunca hay que decir cosas que no son», dirá ella modestamente.

«Yo también estoy prisionero del ritmo del mar», dirá él, «y seré además prisionero del ritmo de tus caderas bailando», y suavemente la arrastrará hasta la parte más dura, más mojada, más cercana del agua, más fresca de la arena, abrazándola en los suaves, en los lentos, en los sensuales, en los plácidos... ¿qué?... ah, sí, compases de ese bolero de viejas épocas.

Y vamos todos avanzando, marchando a lo largo de la playa, en dirección al lugar donde el Sogas tiene disecándose los tiburones de su última jornada pesquera. Al sitio donde posiblemente *no* habremos de llegar debido a que la noche luminosa y plácida, noche de brisa y de sonos, parece aún encerrar alguna sorpresa que depararnos.

Marchamos. Encabezando el desfile va el propio Sogas, riendo de pura felicidad, abrazado con el gordito Alfredo como dos viejos cuates, «como dos buenos amigos que hace rato no se ven», contándose quizás qué cosas entre sus flujos alegres de sana risa. Atrás de ellos, pensativo, avanza Sésamo sobándose el mentón y tal vez preguntándose, muy en silencio ahora, si acaso alguien habrá visto a Juan Zamora. A su lado, Parménides enciende una pipa con tabaco de poderoso aroma y otros dos de los de la mesa se abrazan para sostenerse mutuamente. Enseguida están los músicos, manteniendo sus dos metros de distancia y afinando los compases con que Doc Casanova y su bella conquista avanzan bailando a un costado. Un cuadro que Goya hubiera querido pintar, es decir que *ya* hubiera querido pintar Go, para fijar la esencia de un minuto que podía perfectamente (así como perfectamente podía *no*) estar sintetizando el palpitar del universo entero.

—¿Por qué eres tan increíblemente hermosa?—pregunta Doc.

Ella aparta levemente el rostro de su pecho, sin dejar de bailar, para mirarlo fijo a los ojos en su sincero esfuerzo por determinar qué dosis de verdad pueda haber en esas tiernas palabras; pero cuando apenas está a punto de perforarlo con la potencia de su mirada, siente el choque y su mente cae en regiones de un abismo desconocido.

—¡Otra vez, pinche Tintorera! —exclama el Sogas.

La bella se levanta del agua escurriendo y, aterrada, huye entre gemidos y llantos. Sobre la humanidad ahogándose del Doc pesan los desproporcionados kilos de un miserable *tiburón* a punto de convertirse en asesino. El

Sogas jala con su mano la melena de Tintorera y al levantarlo emerge también de las «profundidades» el casi asfixiado Doc, echando agua hasta por las orejas.

—Oye, Sogas...

Tintorera no alcanza a terminar esa frase, deja caer su cabeza sobre el muy amplio torso del Sogas y comienza a llorar. Su jefe, su amigo, su protector, el Sogas, le acaricia el lomo afilado y mojado diciéndole:

—No llores, cabrón. Ya, cálmate. No me vengas a empezar otra vez con todo el rollo de que tu padre y que el Juan Zamora y todo eso. Ya, cálmate, Tintorera...

—Tú no me aprecias, Sogas.

—Ya, ya, no digas pendejadas.

—Tú prefieres a Juan Zamora, Sogas. Por eso es que quiero matarlo...

—Por eso es que quiero matarlo —remedó Sésamo con su voz de soprano mal pagada, iniciando de inmediato una carrerita para ocultarse tras los músicos que, a petición de Parménides, tocaban ahora la «Vereda tropical».

—... Por eso es que traté de ahuyentarlo de aquí para que no volviera nunca más.

—Ya, cálmate Tintorera, sigamos, vamos a los tiburones.

Empezó nuevamente el desfile sin que hubiera ofrecido tregua la tambora. Sogas abrazado ahora con Tintorera y el pobre gordito Alfredo muy solo y muy tambaleante. El Doc, ya vuelto a la vida, estrujando su camiseta rayada y mirando hacia las casitas de enfrente, tras uno de cuyos muros estaría la bella secando su cuerpo bañado en sal, ya verá, ya verá el cabrón de Tintorera que con Doc Venganza no se juega.

Marchamos al ritmo de esa despiadada, de esa cruel, de esa siniestra «vereda» que la había dejado ir en pleno trópico —¿por qué, por qué?— y que debía hacerla volver para besar su boca otra vez junto al mar, mientras Doc estrujaba las últimas gotas marinas de su camiseta rayada... De pronto la expectación, el suspenso, el temor de que algo grave se avecina. La procesión se detiene, estalla un trueno, se divisa una centella iluminar los espacios mientras los últimos jirones de una nube que pasa, que pasa, dejan otra vez libre a la hermosa luna cascabelera para que su luz caiga en un solo haz violento sobre una figura detenida en la noche: un hombre, un hombre joven, un hombre joven semidesnudo, un hombre joven semidesnudo con rostro de furia, un hombre joven semidesnudo con rostro de furia que nos hace frente desafiante, así como D'Artagnan desenvainaba su espada entre sonrisas para dar rápida cuenta de seis o siete guardias de Richelieu. Una ráfaga de terror recorre al desfile entero. Sogas Gutiérrez se deshace del meloso abrazo de Tintorera. Por primera vez la tambora detiene sus notas, se calla, se calla justo cuando debiera ahora simular esos redobles que anteceden al lanzamiento estelar del principal trapequista del circo. Avanza Sogas cauteloso y se detiene a un metro del iluminado de la luna.

—¿Qué buscas, Juan Zamora? —dice.

Se escucha una vocecita aguda que desde algún lugar recóndito (no, sólo cóndito) gime fingiendo temblores y con las notas precisas de la escala canta: *tiburón, tiburón... tiburón, tiburón.*

—A Tintorera busco —responde el héroe de la luz, de esa luz que destaca su piel morena y brillante, que destaca sus dientes blancos, parejos.

—¿Por qué no se dejan de mamadas? —dice Sogas casi con timidez.

Pero al mismo tiempo el Terror de las Playas ha dado un salto adelante, como un astronauta llegado del cielo, y sin esperar ningún tipo de diálogos lanza un puntapiés que da a tierra con Juan Zamora y su triste lamento.

—Aquí estoy, cabrón, aquí estoy. Esperándote, buey.

—Oye, no se peleen ahora —dice Sogas—. Estamos todos tan bien. Vamos, vamos juntos a los tiburones, como hermanos. Lo hemos pasado a todo dar. Casi veinte años que a Doc no lo veía. Y a Sésamo. Y los cuates nuevos, aquí están, uno hasta escritor es. Óyeme, Tintorera, no se peleen ahora. Si yo los quiero a los dos. A los dos los quiero yo. Si yo los quiero a los dos. Desde chavos los conozco y cómo no voy a saber que son a toda madre, ¿o no los tengo trabajando conmigo? ¿O no los trato como se debe? Sean amigos, no mamen, entiende, Tintorera, ¿qué culpa tiene Juanito de que tu papá se haya muerto? ¿Qué culpa tiene de que te empedes todas las noches a lo pendejo y te dé por salir a buscar almas que lastimar? Ándale, cuate Juan, entrégame tu cuchillo y que esto no pase a mayores, cabrón.

—Oigan, ¿por qué no siguen tocando? —se escucha decir a Parménides—. A ver, algún valsecito peruano...

Sólo en ese momento advertimos que los músicos ya no están tras nosotros. Se han hecho humo, se han escurrido sigilosamente, escudados por las sombras de la noche, que avanza, que avanza, que se encamina certera hacia el despertar de un alba como todas.

¿Habrá la bella secado sus ropas? ¿Palpitará su corazón en espera del regreso de Doc Romántico?

¿Sospechará que su ídolo tiene una esposa, una frágil esposa liviana cual pluma de ave, y tres hijitos gordos como lechones?

Doc, por su parte, estará masticando amargamente su rabia, la ira por el manjar que el imbécil de Tintorera le quitó de la boca. Y estará también mojado, desde luego, mojado y esperando el momento del desquite.

¿Qué soñará el gordito Alfredo, que en curioso equilibrio reposa dormido sobre la baranda de una lancha pescadora que también reposa dormida sobre la arena que también reposa dormida bajo la noche, que no reposa dormida, sino que avanza, que avanza?

¿Y Sésamo, por dónde ronda mientras está detenido el tiempo de este relato, mientras también está detenido el tiempo de esta *relata*? ¿Desde dónde podrá remedar ahora a la bestia sin que lo descubran?

Sí, los músicos se han ido con la música a otra parte. Se han marchado por la senda de la prudencia.

Y sumido cada cual en sus sueños, nadie ha visto a Juan Zamora reptar como una víbora hasta los pies de Tintorera (que escucha a Sogas y su sermón) y extender sus brazos como tenazas de alacrán cercándole las piernas para que caiga de bruces no al suelo, por suerte para su dentadura, sino al agua, por desgracia para sus pulmones, ya que apenas lo cubre la ola, Zamora el Saltarín cae sobre su cuerpo para dar inicio, señoras y señores al espléndido encuentro acuático que esta noche singular, esta noche como pocas, esta noche de luna, respetable público, deberá dejar sólo a uno vivo sobre una tierra estrecha donde no caben dos.

—¡Lo va a matar! —dice Sogas lanzando angustiado su enorme cuerpo al agua en un intento de separar a los rivales.

—¡No salpiquen! —es Sésamo, el buen Sésamo a la vista.

Entre pataleos, bofetadas, empujones, el Sogas da un empeñón contra la lancha (alcanzada ya por la marea) y el gordito Alfredo cae al agua para despertar de su sueño bruscamente.

—Yo total ya me mojé —dice Doc en un tono cargado de rencores, con actitud dispuesta a la venganza, y se incorpora también al bochinche.

Vamos, vamos todos al agua. Adelante, Parménides, Sésamo, todos, vamos al agua, que da miedo quedar solos aquí en tierra firme. Cuerpos caen y cuerpos se levantan. Cuerpos saltan. Voces llaman y voces gritan. Voces gimen. Otra nube cubre a la espléndida luna y no es posible dar una cuenta exacta de lo que está pasando. Si el narrador de esta parte de la historia fuera la noche, diría tal vez, sin reconocer a las personas por sus nombres, que el agua salada que un hombre gordo ha tragado, retorna a su origen con algunos seres ya sin vida que también retornan a su origen, para bien, así como a la gente le gusta siempre morir en su propia patria, aunque lo que no le guste mucho sea morir (ni siquiera en la propia patria), seres como por ejemplo camarones grandes y seres como por ejemplo camarones chicos. Y diría que el agua salada que un hombre flaco ha tragado retorna a su origen, etcétera... Almejas en este caso. Y en ese otro. Y en aquel. Diría —la noche— que todo parece una gran algarabía, el fin de un día que tuvo su mañana y que también tuvo su tarde (que cayó, que cayó) y durante el cual se comió mucho y se bebió mucho. Nada más eso diría. Porque la noche no sabe. No sospecha los conflictos. Ignora los odios. ¿Por qué va a saber la noche que en ella misma, dentro de

sus propias horas, deberán quedar resueltos para siempre el dolor de un hombre por su padre y su despecho por el favor perdido?

La nube que cubría la luna se ha roto en nubecillas como leves gasas que se alejan. Los rayos del violado satélite vuelven a caer sobre el nudo de esta historia para mostrar a la noche (ya no necesitamos su relato) y a varios otros seres que vomitan y se ríen, que se ríen y vomitan, los destellos de dos puñales que suben y bajan, que se acercan y se alejan, y que parecen, más allá de toda broma, dispuestos a no cejar hasta que uno deje al otro definitivamente inutilizado.

La noche avanza, avanza. Avanza como si quisiera alejarse de la violencia. Y lo que ya se acerca en cambio es el alba. Se divisa el clareo en el oriente, que vendrá pronto a buscarnos, que vendrá —ya dispersos los enjambres del alcohol— a atarnos un apretado nudo en la garganta que nos dejará sin aire y sin latido cuando estemos viendo todos, atontados de horror, entre un ejército inerte de camarones, almejas y trozos de tortuga, la sangre de Tintorera tiñendo el agua de la mañana mientras su cuerpo-escualo no decide bien si flotar o hundirse, dejando su joroba incipiente asomar a la superficie como una perfecta aleta dorsal.

—Vamos a los tiburones —dice llorando el Síndico Gutiérrez—, amigos, vamos, vamos ya todos a ver mis tiburones.

EN CHILE

La gota de más

Después de todo, tengo que reconocer con franqueza y humildad que de un tiempo a esta parte, cada vez que tomo unos tragos, me da por seguir adelante, termino dejando como un estúpido que se me caliente la sangre y en algún momento de la jornada las emprendo firme en contra de alguien; pierdo los estribos y quizás si hasta llegue a inventar miserablemente agresiones a mi persona que justifiquen la violencia, igual que el abuelo. El hecho es que me dejo llevar y que la cosa ya me viene perjudicando en forma, como que incluso perdí a Karla, la novia, un bombón bastante dulce y, bueno, pareciera que también bastante amargo.

Por ejemplo, no tenía para qué pegarle al Peter Klein en aquella comida que le ofreció la embajada alemana cuando obtuvo no sé qué distinción en la Bienal. Es verdad que él dijo que yo era un pésimo arquitecto y que se cagaba en las horribles «tortas» con las que estaba arruinando las calles del barrio alto. También es verdad que cuando lo conminé a que se sacara los lentes porque lo iba a masacrar, se negó a seguir mi consejo y tuve entonces que asestarle el puñetazo con lentes y todo, como en las películas. El golpe sonó igual que cuando se parte una nuez y tuve miedo de haberle roto el cráneo. Por eso no fue mala cosa que entre Salvatori y uno de los garzones me sujetaran con tanta fuerza en el momento en que salté sobre Klein para llevar más adelante la masacre.

Tampoco fue lógico que esa misma noche, al Spaniel de la embajadora, cuando me empezó a olfatear precisamente una presa de la que mucho solemos jactarnos, lo lanzara de certera patada a la piscina. Yo había salido a la zona boscosa del jardín para desaguar me un poco de tanto *highball*, y justo llega el regalón de la casa y comienza el olisqueo. Eso es lo que quiero decir: a lo mejor el perro tan sólo deseaba oler, sin pretensiones de llegar más lejos, pero mi tendencia a exagerar los hechos me llevó de inmediato a la convicción de que acto seguido me lo arrancaba de un implacable mordisco, y entonces le aseté el golpe con la punta del botín. Todavía me perfora un escalofrío cuando recuerdo el gemido con que quiso delatar tanta injusticia el pobre animal, y bueno, lo que ocurrió después, con la embajadora, es materia de otro relato, ay, esa mirada del cachorro verdaderamente podría raspar el alma hasta del más duro rufián.

Cuando mi amigo Joseph, el fino pintor de niñas y viejos que vuelan por los aires, cumplió sesenta años, la fiesta fue grande y otra vez creo que me anduve sobrepasando. En un largo mesón de espesa caoba reposaban diversas bandejas ofreciendo lonjas de pavo, camarones gigantes del Ecuador, *roast-beef*, ensaladas de palmito, *andives* y otras delicias, y no puedo negar que en un momento se me haya despertado poderosamente el apetito. Los invitados —artistas un tanto zarrapastrosos, políticos de noble casimir, musas de toda índole y también familiares de Joseph— ya habían comido y a esa hora la demanda de tales manjares era baja, pero como yo, al revés de los demás cristianos, dediqué mis ansias a beber primero whisky y después vino, de pronto sentí el aviso de que algo sólido

alegraría mi estómago, disponiéndolo para recibir el coñac y otros licores de mayor envergadura que venían. La luz del comedor estaba apagada y para prepararme un plato, tuve que encenderla. El Toño Román bailaba con una morena bastante ordinaria, algo así como una secretaria de tercera, y tuve la impresión de que les molestó bastante que yo los hubiera expuesto a la vista pública.

Mientras llenaba mi plato, esa impresión se convirtió en certeza, ya que el Toño Román nuevamente apagó la luz, como retándome a duelo. Quedé a ciegas y con el plato a medio hacer, ofuscado y pensando de qué manera solucionar mi problema. No había caso, era necesario presionar otra vez ese interruptor y así lo hice. Ahora el Toño y la mujerzuela bailaban casi sin moverse, lamiéndose como si intentaran devorarse el uno al otro. También tenían apetito, a su manera. Retorné a mi plato y antes de siquiera tenerlo en la mano, la luz volvió a apagarse.

—¡Córtala, huevón! —dije entonces—. ¿No te das cuenta de que quiero comer?

—Y nosotros queremos bailar, ¡imbécil! —gritó el Toño, como un verdadero energúmeno.

De modo que no me quedó más remedio que empuñar el tenedor y clavárselo en el cuello. El chorro de sangre saltó fatalmente sobre mi plato y en el acto supe a las claras que la batalla estaba perdida y que nunca llegaría a hincarle el diente a esas delicias, así que me dio más rabia todavía y me le fui encima al Toño, decidido a matarlo. Pero todo terminó igual. Lo sujetan a uno entre varios y se acaba la pelea.

Hay, al parecer, un punto en que la mínima gota de más, según decía mi abuelo, marca toda la diferencia. Es

verdad. Hasta ese momento, las cosas andaban bien; con esa gota sobrepasándose, llega sin alternativas la catástrofe.

Sin embargo, lo peor fue hace unas dos semanas, cuando la Karla y yo fuimos a comer a casa de un colega arquitecto con otros amigos y donde también llegó como invitado de piedra un grandote fanfarrón de esos que lo saben siempre todo y se creen dueños de cada situación. Me cayó de la patada y no creo haber sonreído ni una vez ante sus chirigotas. El vino blanco y el congrio en salsa de camarones estaban de primera y la noche se ofrecía abierta y espléndida. Contamos chistes, recordamos viejas anécdotas y de pronto, igual que las otras veces, cuando ya relajados bailábamos y cantábamos, llegó la gota de más y nuevamente magnifiqué los hechos y me porté como un estúpido. Bailaba un boquerito acaramelado con la dueña de casa y de pronto abrí los ojos para descubrir nada menos que la Karla, sentada sobre la alfombra con sus lindas piernas estiradas sin zapatos, sonreía plácida por la sensación que parecían producirle las caricias que el grandote le prodigaba en el pie.

—Lindas patitas —escuché que le dijo el fantoche. Y ella sonreía.

Confieso que mi reacción no fue inmediata, pero esa escena no me resultó muy agradable, de manera que fui a beber más whisky y creo que más o menos cuando se manifestó el efecto, reaccioné mal. Tomé una de las sillas y traté de reventársela en el lomo. No a ella, al grandote. El tipo era francamente duro de lomo y, además, bastante impasible, ya que no perdió nunca la calma, lo que me exasperó hasta la ira. Sin embargo, como digo, lo sujetan a uno.

Ahora, desde aquella noche yo, el bruto, no tengo novia. Pero tengo eso sí, y que lo sepan, la absoluta voluntad de cambiar. ¿Qué tiene de malo que a uno lo insulten, que no lo dejen servirse un plato de manjares, que le hagan caricias públicas en el pie a la pormetida? Puras leseras, nada serio, y todo porque la gota de rebase no la detectamos a tiempo, sabio abuelo. Bueno, yo perdí, perdí lo que más quería —quiero, digo—, pero también gané. Gané porque el próximo sábado, en el matrimonio de Karla con el grandote, no pienso tomar ni un miserable trago. Lo juro por lo más sagrado.

EN UNIÓN SOVIÉTICA

Vodka

A Eduardo Moubarak

Con una separación de bastantes años, fueron en total dos mañanas las que Pedro y yo despertamos juntos en distintas camas del mismo cuarto, sorprendidos y durante un rato largo, más o menos ignorantes de qué vueltas de la vida nos habrían llevado hasta ahí.

La primera fue como por los finales de los cincuenta en un bosque de Isla Negra, un ranchito a pocos kilómetros de la casa del Vate, donde habíamos pasado la tarde entre caracoles, mascarones de proa y botellas de todas las épocas. La segunda fue mucho después, como que a Pedro las canas le teñían ya la barba y como que comenzaba a echar esos degenerados kilos irreversibles; fue además en plena U. P., cuando tuvimos que salir de viaje, y ocurrió en un pequeño departamento de las afueritas de Moscú, la misma mañana en que pasamos esa rabia por el tipo del arenque ahumado justo cuando ya nos íbamos después de un succulento desayuno de cervezas, salchichón y pepinillos en vinagre.

Yo había conocido a Tania en casa de un pintor algo deschavetado al que le gustaba mucho que sus invitados acabaran por caer exhaustos de licor. Estaba cerca del río y de las cúpulas esas doradas que en el primer despertar del día recordaban aquellos tiempos de niño en que los cuentos de hadas orientales habían convertido a Scherezade en la dictadora de nuestros sueños.

Llevábamos Pedro y yo varias cuadras de nuestro camino esa noche debido a que logramos defendernos un poco del aguardiente como de ochenta grados que el dueño de casa insistía en que bebiéramos una y otra vez. Amanecía ya y antes de cruzar el puente para enfilarse hacia el hotel nos detuvimos un poco atónitos ante el oro mágico y violento que esas cebollas disparaban a los ojos con la primera luz del sol. —¡Qué maravilla!— había dicho Pedro comenzando a orinar sobre un farol aún encendido en la esquina de una calleja que recordaba el paso de un cochero triste al que Chejov hubiera hecho hablar con su caballo. No circulaba un alma a esas horas y el acto no podía ofender moral alguna, de modo que lo imité:

—Yo no creo en Dios —dijo Pedro con un suspiro—. Pero cuando meo sí creo en Dios —era la frase que siempre le gustaba decir al desaguarse.

Había conversado con ella más que con nadie (con Tania, digo) ya que era la única rusa en esa reunión que hablaba español.

—No se pronuncia vodka —me decía brindando—. Se pronuncia *vuodka*.

—*Vuodka* —repetía yo como un imbécil, además bastante mal porque nunca me aprobaba. Esa «u» era, parece, muy sutil, muy pequeña.

Tenía mi amiga un par de ojos profundamente azules, azules como nunca pensé que podían existir, de un azul semejante al de las aguas que desde el avión vemos que siguen al aro verdoso que rodea a las islas de coral, y una cabellera rubia y suave levemente ondulada a la manera de esas hermosas vírgenes medio marinas de Boticelli.

—*Butechile* —pronunciaba ella. Ya un poeta había hecho la comparación (me dijo). Un poeta que la había amado. Un gran poeta poderoso de verbo pero algo hinchado de vanidad, aseguraba.

—Te gustó la rubia —dijo Pedro cuando ya cruzábamos el puente y el pulso de la ciudad comenzaba a sentirse

—Sí —le dije—. Me gustó la rubia.

No sólo me había gustado. También me había dejado inquieto con su invitación.

—Quiero que comas conmigo mañana —me dijo antes de que Pedro y yo emprendiéramos la retirada, cuando ya no se respiraba más que puro alcohol—. Los dos solos —y me preguntó que dónde me recogía a la una en punto. Le dije que en la puerta de San Basilio, primero porque me quedaba al lado del hotel, y luego porque me encantaba mirar esas cúpulas con colores de caramelo y suponía que como toda mujer, Tania llegaría tarde... Después ya todo fue pensar en cómo me iba a liberar a esa hora del programa del día, en qué excusa iría a darle a la «pirivuoska» para esquivar la visita a la exposición.

—Está buena la rubia —dijo Pedro—. Parece un ángel.

Pero en los ojitos de Tania bailaba una llama que no me parecía precisamente de ángeles, una llamita pícara más bien diabólica.

Podía decirle a la «piri» que estaba enfermo y que me quedaría en cama, pero en ese caso corría el riesgo de que me mandara un médico jeringa en mano que quizás si hasta descubriera la farsa. Algo tendría que inventar y

en ésas me devané inútilmente los sesos durante lo que quedaba de mañana, ya que la cosa había resultado de lo más sencilla.

—Dormí muy mal anoche y estoy cansado —le dije a la «piri»—. Casi preferiría no ir a la exposición —ese «casi» estuvo de primera.

—Muy bien, Jorge —me dijo—. En ese caso mejor descanse. Podemos arreglar para que vaya otro día.

De modo que a la una clavada, bien bañado y fresco, le lancé a Tania, mientras frente a San Basilio nos acercábamos, uno de esos silbiditos para celebrar las piernas bien formadas: y se lo merecía de sobra.

El almuerzo fue de los buenos en cuanto a conversación: ¡Tania era la personificación del encanto! Gastronómicamente estuvo también de antología, pese a que hagamos una crítica: entre plato y plato las meseras se echaban una eternidad. Nos reíamos hartos y nos contábamos cosas y nos mirábamos fijo a los ojos a puro brindis de un vino georgiano que recordaba mucho a los pipeños de Cauquenes.

No voy a negar que soy hombre de prejuicios y que sentí un poco de vergüenza cuando ella sacó de su bolso unos billetes para pagar la cuenta, pero las cosas eran así, afirmó categórica, ella invitaba. Además, la verdad neta es que yo no tenía más que unos pocos rublos que no habrían alcanzado ni para el postre. Pero siempre queda algo de ese deseo malsano de atender a la dama.

Dimos una vuelta por las colinitas del río, cerca de la Lomonosov, y recalamos finalmente en su casa, donde ocurrieron algunas cosas bastante dulces que no debe un caballero decir de mujer casada.

Porque aunque no me lo había confesado, ahí sobre la mesa de noche estaba la foto de los dos.

—Cuando nos casamos —dijo Tania.

Y también dijo —le contaba yo después a Pedro, cuando íbamos a casa de ellos a cenar, la noche antes de esta mañana que les digo de lo del arenque— que como a los dos o tres años juntos, el matrimonio se había deteriorado bastante por la intromisión del poeta fatuo aquél que la encontraba parecida a las vírgenes de *Butechile*. Se había dejado tentar, dijo, algo enloquecida por los elogios con que él le bombardeaba el ego y por los versos que día a día le hacía llegar. Pero finalmente, pues descubrió desde luego que era su marido el incomparable, el que le daba placeres más profundos, sólo que al confesarle toda la historia había cometido el más garrafal de los errores, porque no es que él no la perdonara, sino que no podía entender el hecho y la herida no le cicatrizaba para nada. Y viendo aquella foto podía yo imaginarme esos ojos retorciéndose en el momento en que escapa el odio por los poros, y podía imaginarme las escenas que ella me contó, las que venían después de mucho vodka, *vuodka*, digo.

Sentados a la mesita de la cocina, cenarían charlando sobre las últimas noticias: los astronautas muertos ante la consternación y el llanto de todo el pueblo soviético, las epatantes declaraciones de Evtushenko en el Congreso de Escritores, el negro asesinado en las Colinas de Lenin. Comerían quizás arenque fresco y sopa fría de betarragas, acompañados de un vodka heladito y la consabida cerveza rubia para alternar trago y trago.

Serían tiernos el uno con el otro hasta el momento en que él diera el puñetazo sobre la mesa, cuando el líquido de la botella hubiera bajado de su línea ecuatorial.

—Ya comenzaste.

—¿Yo comencé? ¿Yo?

Ella se levanta, deja unas cuantas cosas sobre el lavaplatos y sale de la cocina.

—¿Ah, no te gusta conversar, ah?

Da otro puñetazo sobre la mesa y rechinan platos y botellas. Ella cierra la puerta al salir. Entonces él se levanta y la abre de un certero puntapié que queda marcado sobre la madera.

—¡Ven acá! —le grita.

Tania se da vuelta. Su cara tiene miedo, angustia y furia, mezclados, pero sobre todo miedo.

—¡Sucia! —dice él—, ¡eso es lo que eres, una sucia!

Ella retrocede porque él avanza. Cuando está frente a la puerta del dormitorio la alcanza el manotón que la tira sobre la cama. Luego las manos fuertes de él le aprietan el cuello hasta que ella se retuerce ante el terror de la asfixia. Él afloja. Se cubre la cara con esa mismas manos. Sale despacio del cuarto y se va de la casa sin dar siquiera un portazo, a rondar la noche quizás preguntándose por qué lo haría, por qué el recuerdo de un hecho pasado le hacía perder el control de esa manera, por qué el vodka, por qué la violencia. Por qué todo. Y sintiendo por Tania una incontenible ternura que avanza como una ola gigantesca y que después de gastar un poco las suelas lo haría volver y besarla en su sueño y quién sabe si hasta llorar entre sus pechos.

Y así, después de esa vez me dejó invitado para una cena en su casa y que llevara a Pedro también, porque nos iba a preparar unos platos muy especiales de Kasajstán y a Mijail, desde luego, teníamos que conocerlo.

De manera, pues, que esta segunda vez —la primera fue en un bosque de Isla Negra, si se acuerdan— abrí los ojos y lo primero que veo es Pedro reclinado sobre un catre de campaña en la salita comedor de Tania.

—Necesito una cerveza —me dijo con cierta angustia.

Me levanté del sofá en que había dormido con la ropa puesta y di una mirada de reconocimiento, aguzando también el oído para ver en cuáles andábamos. El silencio era total. Me movilicé a la cocina. Allí, en las dos cabeceras de la mesa estaban Mijail y Tania sin hablar.

—Buenos días —dije.

—Hola —dijo ella.

Él no levantó la vista.

—Necesitamos una cerveza con urgencia —dije.

En el suelo estaban las dos botellas de vodka y la docena de cervezas que nos habíamos tomado en la noche acompañando a un cordero como pocos. Tania se levantó para atendernos y yo busqué el baño para meter la cabeza en agua fría. Al rato, los cuatro estábamos bebiendo cerveza y comiendo salchichón y Pedro y Mijail reanudaban su amistad nocturna.

En la noche los dos habían llevado a cabo lo que fácilmente pudiéramos llamar un diálogo de sordos. Pedro le hablaba a Mijail en español.

—Somos un país chico —le decía con entusiasmo—, ¡pero estamos empezando a construir el socialismo!

Y pensando bien las cosas, eso era precisamente lo que estábamos. Después de todo en apenas poco más de un año habíamos nacionalizado el cobre, llevado la reforma agraria a todos los rincones de nuestro *campo de flores bordado* y hasta estatizado todita la banca.

Pero Mijail le contestaba en ruso y *eso* yo no lo puedo reproducir, ni Pedro tampoco podía entenderlo, aunque tal vez los idiomas no sean el único medio de comunicación entre los hombres. Porque no puedo negar que Pedro le escuchaba a Mijail todo lo que decía en ruso y abría los ojos, gesticulaba, se conmovía, reía o hasta se ponía triste, de manera que algo debe de haber entendido, algunas ondas le llegarían. Mijail también bebía, escuchando a Pedro, hacía gestos, cambiaba de expresión, reía, se enojaba; pero sobre todo bebía.

Tania lo miraba de reojo, como al disimulo, y siempre luego me miraba a mí.

Cuando ya la segunda de *vuodka* se iba terminando, es decir había bajado de la mitad, Mijail la asió con las dos manos y dijo algo en ruso llevándosela hacia el pecho con ojos hostiles. Tuve ganas de decirle a Tania que nunca debía permitir que la botella bajara de la mitad, pero no era un buen momento para hablar. Vi la mirada de Pedro y esa mirada estaba diciendo verdades. En ella había nostalgia. No de la tierra lejana, no de sus hijos perdidos en el mundo, marineando por los mares, no de su compañera poniéndole siempre el hombro a las cosas. La nostalgia era de esa botella que Mijail abrazaba como a

la amante a quien se despide para siempre; de aquello que *sí* y *no* tenemos... La nostalgia de Pedro era por la noche, porque sin seguir amando a sorbos a esa botella de *vuodka* nunca las cosas serían iguales. Entonces noté cómo en los ojos suaves, mansos, casi amorosos de Pedro se empezó a dibujar la furia. No que para mí eso fuera nuevo: yo ya la conocía desde la noche en el bosque de Isla Negra.

—¡Dámela! —dijo Pedro muy hosco.

Mijail hizo un gesto de defensa de la botella.

—*Niet* —dijo, y luego murmuró arrastradamente una frase que también contenía hostilidad.

Tuve la desagradable sensación de que ese resto de vodka estaba muy en disputa y que yo quedaba olímpicamente fuera de la pelea.

—¿Qué dice Mijail? —le pregunté a Tania.

Decía justo eso: lo que quedaba de vodka se lo iba a tomar solo, que ningún trago más a nadie. Pedro se consideró ofendido y se puso de pie.

—¡Me voy, huevón! —me dijo a mí.

¡Se iba! Eso me pareció bueno; no tenía idea de dónde estaba parado, eran las tres de la mañana; la noche en Moscú parecía boca de lobo, para decir una vulgaridad; no hablaba una sola palabra de ruso. ¡Pero se iba! Echó los pasos hacia la puerta y salió. Algo dijo Tania en ruso y al cabo de unos minutos Mijail se empinó nuevamente la botella sin timidez y se puso de pie con expresión nostálgica. Sorprendió en ese momento el chispazo de dos miradas que chocaron, me dio un palmazo en la espalda y diciendo una sarta de frases con mucha jota y

con mucha ka me empujó insistentemente, pesadamente, hacia Tania. Luego salió tras la huella de Pedro, sin dejar la botella de vodka.

Tania también había tomado sus copas y ahora lloraba con calma, con cierta resignación.

—Dice que no valgo nada. Que te haga el amor a ti mientras él y Pedro se van, se van lejos.

Quise abrazarla en un intento de ternura, pero ya los tragos me tumbaban y no supe más del condenado mundo hasta despertar en la mañana y ver a Pedro también sorprendido y como sin entender mucho de las cosas.

Entonces, después de esas cervezas matinales y componedoras con salchichón y pepinillos igualmente buenos para la «caña», después de otro par de horas de conversa entre Pedro y Mijail y de un silencio un tanto culpable de Tania y mío, casi ya al mediodía, salimos al sol del otoño moscovita y lo que me echó a perder definitivamente la jornada fue el tipo ese que hacía una pequeña cola para comprar arenque ahumado en un puesto ambulante. Y digo me la echó a perder porque dos días antes habíamos estado en la tumba del soldado desconocido: en pleno Kremlin, delante mío una niñita rubia de seis o siete colocaba un ramo de flores junto al fuego eterno y entonces volví también a la infancia, me fui veinticinco años al pasado y me metí dentro de *Estrella Norteña*, una película que se trataba de la guerra, y había un bombardeo, quizás en Leningrado, y la gente caía en las calles sobre la nieve, abatida por las explosiones y entre toda la gente caía, al ir corriendo cerca de una esquina, una niñita rubia de seis o siete años y escuché el

silbido de los bombazos y las detonaciones y el rugido inquietante de los aviones nazis y sentí todo el horror, de manera que me salí apresurado de la película y llorando también por la linda rusita muerta, y regreso a la tumba del que simboliza a todos los caídos bajo la metralla alemana y esta otra rusita que pone un ramo de flores es la misma rusita de la película y entonces me hincó y le doy un beso en la frente, pensando en que una de las dos tuvo que morir para que la otra fuera feliz sobre la tierra. Por eso se me bajó tanto el ánimo cuando Pedro quiso hablar con el fulano que estaba comprando arenque.

—Soy de un país muy chico —le dijo Pedro. Tania tradujo—. Un país que recién empieza a hacer el socialismo.

El borracho también habló. Tania volvió a traducir:

—Ojalá que no lo hagan como aquí.

Pedro se desconcertó y yo le dije:

—Vámonos, huevón.

Y nos despedimos de nuestros anfitriones y así como aquella otra vez en Isla Negra nos fuimos a pescar tomoyos, ahora echamos a caminar hacia la calzada de los autobuses. No hablamos nada. Con un nudo en la garganta y las manos en los bolsillos fui pateando las piedras que se me atravesaban, mordiendo los garabatos, y no sólo por lo del tipo de los arenques sino por todo en general, por darme cuenta de que en todas partes, hasta en las viñas del Señor, se cuecen habas.

EN MÉXICO

Blowing in the wind

—¿Te acuerdas del Búker? —me pregunta ella como a sangre fría mientras yo, entre dormido escucho y repito la pregunta y, claro, los recuerdos se me vienen de a montón, pero no sólo del Búker, sino todos, todos los recuerdos, esas tardes oscuras y lluviosas desde la ventana de nuestro departamento en los Edificios Condesa, y las canciones de las niñas, que te pasan primero una pregunta —*¿dónde están todas las flores, dónde se han ido?*—, y te depositan luego una respuesta que viene como de otra parte.

¿Dónde están todas las flores, quién se las llevó?, quise volver a preguntarme. Y la respuesta llegó sola, como siempre, llegó rápida y precisa: *The answer, my friend, is blowing in the wind.*

Se inauguraba la primera exposición de Marcos en la mejor galería de la Zona Rosa y mientras me dirigía al extremo de la sala grande por una copa de champaña, ella se me atravesó con una sonrisa algo tristona, pero sí sonrisa.

—¿Tú eres Kiko Falcone?

—Sí —le dije.

—¿Te acuerdas de mí?

La miré con atención. No me acordaba.

—Por supuesto —respondí.

—Mentiroso, no me reconoces...

Entonces la escudriñé mejor: ojos claros, acuosos, cuerpo esbelto, labios fáciles de retorcer.

—La verdad es que no te reconozco. Como que me acuerdo y que no —le dije, más por galantería.

—Los Edificios Condesa —dijo—. «Peyton Place».

—Ah, claro —me hice—. Tú vivías en los Condesa, por las entradas de Matehuala.

Los departamentos Condesa eran quizás los más antiguos, pero también los mejores de México, D.F. Amplios como una casa, techos altos, terminaciones de lujo, ventanas grandes. Ocupaban una manzana completa entre las calles Pachuca y Mazatlán, y a la mitad estaban cortados por el callejón Matehuala. Eran plato preferido de pintores, novelistas, estrellas de cine y teatro, Maricarmen, las Pecanins, Claudio Obregón. Y por esos años, a partir del 73, lo fueron también de algunos chilenos que llegaron a México huyendo de las tropelías de la dictadura. La colonia Condesa, además, era un sector sin oropeles ni pretensiones, a prueba de engolados y nuevos ricos. Cerca del Bosque de Chapultepec, de la Zona Rosa y, también del centro, mantenía aún cierto encanto romántico, el aspecto de un pasado más digno, pocos edificios, muchas casas, algunas con buenos patios, avenidas con calzada al medio. Pero éstos fueron también los tiempos en que la paz del barrio se iba a terminar, al menos por un largo rato, perturbada por los cortes en diagonal que empezaba a propinarle a la ciudad el implacable cuchillo de los ejes viales, las vías rápidas diseñadas para alegrar al automóvil. De todas maneras mantenía un qué sé yo diferente. Y aunque rondaban también los mañosos como

el Güero, capaces de violar muchachas y de endilgarle malas yerbas al prójimo, los adolescentes de la zona —hijos de actores, poetas o cantantes— parecían más sensibles, más interesados por lo que pueda haber a la vuelta de la esquina.

Caminando Veracruz hacia Insurgentes, se llegaba luego al Parque España y de ahí un paso al «Belle Epoque», donde sólo daban películas antiguas. Y por el otro lado, al señorial Paseo de la Reforma que hizo construir Maximiliano para transitar dichosamente a su castillo.

Tras algunos meses de residencia en casa de la familia Becerra, profesionales solidarios con los exiliados que en número creciente llegaban de Chile, y tras mucha búsqueda, Carla y yo encontramos el J-6, de Matehuala. Yo había empezado a ganar algunos pesos y aunque el abrazo de agradecimiento a los Becerra lo dimos apretado y verdadero, el día de nuestra mudanza fue también muy feliz. No teníamos mesas, ni sillas, ni estantes, ni refrigerador, ni nada. Apenas una cama matrimonial que compramos de segunda mano. Pero estábamos muy felices. Un año antes, al pasar por México un solo día —rumbo a Cuba—, la ciudad nos pareció tan deslumbrante que nos miramos y dijimos «habría que venirse a vivir un tiempo». El tiempo llegó pronto, aunque no fue nuestra la decisión.

—Por Matehuala, ¿no? —insisto.

—No. Mentiroso. No te acuerdas de nada. Yo no vivía en los Condesa, pero iba mucho. De ahí eran mis amigos. Pasaba casi todas las tardes en tu casa —en ese

momento se nos acercó Bernarda, copa en mano, y yo aproveché para seguir viaje hacia la meta por la champaña.

Más allá de la medianoche, con la mente un poco errante por las resbaladizas calles de tanto ron, y cansado también de la música y la risa, me levanté del pouf donde me había sumido un par de horas antes y partí a despedirme de Marcos, a felicitarlo nuevamente y a decirle lo buena que estaba su exposición, cómo se advertían el trabajo tenaz y la persistencia del talento.

—¿Te vas? —me dijo Bernarda, una de nuestras tres niñas, la de Carla. Ángela y la Flaca eran mías.

—¿Quién era la chava que andaba con un tipo en pantalones de cuero? —aproveché de preguntarle.

—Ah, Sonia. ¿En serio no te acuerdas de ella?

—¿Tendría que acordarme?

—Pero si iba a diario a la casa y te gustaba mucho, decías que era linda. Y ella decía que tú eras un viejo atrayente.

—Es que el tiempo... Son diez años, la mitad de nada, según Gardel. ¿Era la que llevaba un perrito blanco?

—Claro, Kiko, no te hagas.

Hola... ¿Hola qué?.. ¿Cómo podría llamarte? No me sale ya decirte «gatita», ni «cabra linda» ni todas esas cosas. ¿Te llamaré por ahora apenas Carla?

En los días de aquel invierno frío y lluvioso de Santiago, tanto Carla como yo —aún bastante jóvenes, sobre todo ella— nos movíamos por la vida un poco a ciegas, desconcertados debido a la ruptura de nuestros matrimonios. Pero tuvimos la suerte de que su camino y

el mío se cruzaran y los horizontes empezaran a clarear. La primera cita fue en una esquina de Plaza Brasil. Yo cargaba una bolsa de víveres que acababa de comprar y la invité a comer.

—Dos opciones —le dije—: o entramos a un restorán barato, porque ando con poco billete, o vamos a mi casa y preparo una sopa de mariscos.

La casucha interior que había arrendado estaba en otro extremo de la ciudad y el trayecto en micro duró casi una hora. Sin embargo, se me hizo corto. Nos estábamos conociendo y, además, ella le concedió cariños a mi ego al elogiar entusiasta una novela mía que acababa de publicarse, la primera. Cuando al fin llegamos a mi calle, cerca ya de plena cordillera, empezaban a caer las gotas aún escasas de una lluvia que nos hizo apurar el paso y terminó siendo cómplice de ese primer encuentro. Cuando el caldo marinero estuvo listo y nos sentamos a la mesa con la botella de vino blanco ya medio vacía, la lluvia había cobrado vigor y golpeaba fuertemente el tejado de cinc de mi cabaña. Levanté la copa y miré a Carla como lanzándole alegremente la pregunta ¿y ahora? Ella me devolvió un gesto de resignación, algo así como «qué le vamos a hacer, nos liquidó la maldita lluvia». Porque esa noche tuvo que quedarse a compartir mi cama. Y se quedó para siempre (o más bien hasta ese momento, en el comedor de nuestro departamento en los Condesa, en que apenas la llamaré Carla). Nos encontramos bien aquel invierno y fuimos felices. Por las mañanas ella salía a sus clases de ballet y yo repartía mi tiempo escribiendo cuentos, algunos artículos, y dando un curso de literatura. La súper

pareja, nos decían los amigos, y nuestro ánimo nunca decaía. Entonces:

Hola, Carla. Quisiera decirte que en el fondo yo soy igual que muchos tipos, nada distinto, igual que casi todos. ¿Cuántos en tan sólo un año no se habrán separado de sus mujeres para después repetirse un tanto irritados y llorones que la *hicieron de oro*, y buscar, un poco tarde, maneras de castigarse? Y no lo digo pensando en las cenas, los desayunos, la ropa siempre limpia y bien planchada, la casa impecable. Hay cosas más importantes, como mirar en una sola dirección, vibrar con los mismos acordes, lanzar gritos parecidos.

—Carla —te digo—. Fui a la embajada a firmar la solicitud de retorno.

El comité central había determinado el retorno a Chile de sus militantes exiliados que pudieran entrar. Los que no, debían iniciar gestiones para que les fuera otorgado el permiso. Poco después empezaron a aparecer las listas y paulatinamente se inició el regreso. Muchos exiliados encontraron razones, buenas o malas, para negarse a retornar, y otros se manifestaron contra la humillación que significaba pedir licencia para poder vivir en el país propio. Yo era de los que deseaba volver a lo que diera lugar. Tenía dos hijas de las que me lastimaba mucho vivir tan lejos, y tenía también mucha rabia.

—¿Me oíste, Carla? Fui a la embajada.

—Trataré de ir a firmar mañana —respondes. Nos servimos un poco más de vino en la mesa larga del comedor, dominada por los volcanes de la fotomural, y nos servimos también un poco más de tiempo. Nos servimos tres, cuatro, cinco meses.

—Carla —te digo—. Fui a la embajada. Todavía no hay respuesta. No aparece mi nombre en la última lista.

—Trataré de ir a firmar mañana —respondes. Y volvemos a servirnos un poco de vino. Y otro poco más de tiempo.

—Carla —te digo—, tú no quieres irte, ¿verdad? Esta vez no respondes. Otro poco más de vino.

—¿Verdad que no? ¿Que no quieres irte?

Tu mirada no es la misma que suele responder las preguntas que siempre te estoy lanzando.

—Si el permiso me sale —digo—, me iré muy rápido. Solo, como sea, sin ti. Pero me voy.

Te sirves vino y no respondes.

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

Ahora respondes que sí. Y entonces empieza a fraguarse un nuevo código.

Dejaremos de estar juntos: llegó el cansancio, el momento de la crisis. Desde ahora estoy solo y me convenzo fácilmente de que me importa más el lugar donde voy a vivir que la persona con quien voy a vivir. Caminaré por muchas calles y a la hora del coctel no estaré con dos «cubas» preparadas esperando que llegues del trabajo. Tendrás que prepararte el trago tú sola. Para mí esa hora del coctel será la hora de la cantina, donde me pille.

Por fin estamos de acuerdo. Se rompieron las amarras; de muchas maneras —o quizás de una sola—, ya no estamos juntos. Recuerdo: calle Tegualda, Santiago de Chile, 1973, rondan furgones militares por la ciudad, helicópteros por el cielo cercano, caminamos del brazo como si nada.

Tú: Hablé con los compañeros. Tienes que asilarte, salir pronto.

Yo: Nos vamos, entonces.

Tú: No. Te vas solo. Hablé con el embajador sueco. Le dije quién eras, que tenías que salir...Yo te seguiré después.

Yo: Nos vamos juntos. O nada.

Tú: Bueno, si se puede...

No fue como nuestros viajes anteriores, como cuando nos bañábamos en las playas blancas de Isla de Pinos, pleno Caribe, ni como cuando encontramos ese departamento en Torrecilla del Leal, Madrid vieja, ni como las terroríficas veladas en La Motte Picquet, ni como las frías caminatas por Strandvagen, ni como aquel cinematográfico safari por las reservas de Amboseli, ni como ninguno de los otros viajes.

Partimos en el más deprimente de los aviones y supiste que nunca me habría ido dejándote en la trampa. Y después, los meses de tedio en un país y en el otro hasta recalar. México y la casa de los Becerra, las primeras ofertas de trabajo y la vida como volviendo a comenzar desde cero, a pesar de todo lo que habíamos dejado atrás, de lo hecho y deshecho en más años de los que parecían pocos, en menos de los que habríamos de completar aquí.

Un nuevo código, algo a qué atenerse. Ya sabes que me iré a como dé lugar, sin ti, Carla, que a como dé lugar te quedarás, y así seguimos viviendo, con dos ingenuidades y tres o cuatro malestares, pero al menos con una verdad. Después de todo, la cosa del retorno no iba a venir tan rápida, aunque ya nunca volveríamos a ser los mismos dos.

Desde la pieza de las niñas nos llega el rasgueo incipiente de Ángela con su guitarra nueva, entonando esa canción que su voz va tarareando bajito, como si no quisiera que la escucháramos: *the answer, my friend, is blowing in the wind*. Me pregunto de qué respuesta puede tratarse y cuál será la interrogante. Entra Bernarda al comedor, algo agitada. La Flaca aún no llega. Tengo a las dos mías por las vacaciones. Bernarda es permanente. Cada nueve meses las recibo nueve meses mayores y me toma unos días adaptarme a los cambios de la nueva edad. Pero algo es algo. Otros exiliados sólo pueden ver crecer a sus hijos en las fotografías que reciben un par de veces al año. Quise traerlas, cuando partimos, y tuve listos los salvoconductos para ellas. La madre estaba de acuerdo. Pero a última hora se le filtró el miedo —quizás sí con razón— y decidió dejarlas.

Bernarda viene como si hubiera subido corriendo las escaleras.

—Mamá, ¿podemos ir mañana a un paseo?

—¿Dónde? —dice Carla.

—Cerca. Por Malinalco.

—¿Dónde?

—Unos amigos de Clarisa. Ella nos lleva. Con Walter.

Tocan a la puerta del pasillo trasero. Es Clarisa, con la Flaca, ambas radiantes, Clarisa y su melena roja vibrando al ritmo del viento que se cuele por la ventana, la Flaca con su nuevo peinado a la *garzón* y sus ojos deslumbrantes. No es el momento de ponerse otra vez a discutir. Me miras, Carla, y adivinas que la idea no me gusta. Pero tu mirada quiere decirme que son adolescentes,

que recuerde cuando yo lo era, que todo eso, y tiendo a ceder, con ganas de que sí vayan, se diviertan y le saquen a la vida algo de placer. Pero con miedo. Acabo por decir no. Un no rotundo y pesado que me hace bajar la vista. Las niñas me miran con rencor. Lo entiendo, pero qué se le va a hacer. México es México y ellas son apenas adolescentes. En cada aventura se cuele el olor inquietante de los presagios. Chicos y chicas sin la experiencia de un par de cervezas al volante por las carreteras sinuosas. Cómo explicarles, cómo hacerlas entender que no se trata de cautelarles la doncella, ningún temor de lo que pueda ocurrir en esos territorios, sino que es la intuición de peligros más oscuros. Escuchando el final de esa canción que en la otra pieza tararea Ángela, vuelvo a quedar sin comprender cuál es la pregunta. El último verso surge ahora tembloroso: *the answer, my friend, is blowing in the wind*. Nos miramos con Carla, proponiéndonos otra copa de vino, la última, ¿verdad?

Los cuerpos primero, luego los huesos y finalmente el polvo de Clarisa y Walter permanecerán para siempre lado a lado. Llueve en el panteón y hay muchas caras demacradas y llorosas, toda la chaviza de los Condesa, «todas las flores», apretados unos con otras. La madre de Clarisa tiene valor para hablar, intenta explicar esas muertes, conformarse, buscarle símbolos al vuelo de la camioneta, encontrar un sentido. Igual cosa hace el padre de Walter, recordando con voz entrecortada a Romeo y Julieta. Las flores lloran, se unen a la lluvia. Bernarda, Angela, la Flaca, el «Enano», Marcos, el Gordito. ¿Por

qué ahora —se preguntan las flores—, ahora que por fin Clarisa respiraba entusiasmo y emanaba perfumes, cuando parecía haber dado, después de tumbo y tumbo, con una certera posibilidad de dicha? Lluve y hasta el verde de los prados parece lúgubre, acompaña solidario a las almas dolientes. De pronto, como un murmullo discreto se eleva hacia el cielo el canto triste de las flores y se va entretejiendo en el viento la música y la poesía de la tonada con que la pelirroja hacía vibrar a todos los Condesa y que se va enredando, enredandó, como un mosquito en la piedrá. Me toca leer unas palabras que escribí. Me despejo la garganta y la emoción: «Querida Clarisa: como de costumbre, ando agarrándome a palos con el tiempo. Estoy a punto de salir de la ciudad y esta carta, escrita en una tarde igual a muchas que miraste desde tus ventanas del Condesa, en que el cielo se pone denso, pesado, y amenaza castigarnos con su lluvia, tendrá que salir a borbotones en lugar de verse habitada por la calma y la meditación, como yo quería.

He pensado mucho en ti estos días. Hasta empecé un cuento por cuyas escenas rondarán tú y Walter, tus amigos, el barrio, las «flores» del Condesa. Será un cuento no sólo sobre las personas sino también sobre algunos sinsentidos de la vida y de la muerte, un cuento sobre la gran estupidez, sobre aquellas cosas que nunca llegaremos a comprender, las preguntas sin respuesta. No vayas a pensar que soy un mentiroso. Escucha las primeras líneas, garabateadas en un cuaderno. Dicen: *De la frondosa melena zanahoria que solía iluminar de puerta en puerta los oscuros y algo sórdidos pasillos interiores del Condesa, subsiste*

ahora sólo el poderoso recuerdo, una especie de presencia lejana y misteriosa, como si de pronto fueran a aparecer sus ojos tímidos diciendo un «¡hola» apenas perceptible... Son, te digo, las primeras líneas y te prometo que lo voy a terminar, a escribir muchas veces. Estoy seguro que nadie que haya escuchado tu voz podrá entender, que todos, como yo, se harán miles de preguntas. Y te dejo ahora, colorina que nos alegraste con tu sonrisa y tus canciones. Para ti y Walter, otro abrazo tierno de este cuate que seguirá asombrado por tu ausencia».

La lluvia arrecia y los relámpagos iluminan lápidas, mausoleos, pasajes. Nadie se mueve.

Sonia era entonces la que llevaba un perrito blanco, la que yo debo haberme comido con los ojos cada vez que se desplazaba en sus bluyines ajustados y con las tetitas cimbrando como flanes sin prisiones. Tal vez su joven alma también ávida intuyó mis apetitos y la puso en la fila para converger alguna vez al mismo punto, como los que se buscan sin razón aparente, sólo porque tal vez sí tengan un destino. Cierta noche, durante los tamales con mole poblano, bajo la adusta mirada de los volcanes en la foto del comedor, conversamos en familia.

Bernarda: Sonia dice que eres a toda madre.

Yo: Tiene razón.

Carla: Podrías mirarte al espejo.

Yo: ¿Estoy muy mal?

Carla: Te va sobrando un poco de panza, y las ojeras te matan.

Yo: Cumplí cuarenta.

Carla: Caminas pesado.

Yo: Pero Sonia dice que estoy a toda...

Carla: ¡Y a mí qué me importa lo que dice Sonia!
¡Mírate al espejo, mejor!

Yo: ¿En serio, estoy tan mal?

Angela: No, papito, no hagas caso, estás muy lindo.

Bernarda: Pero con cinco kilos menos estarías mejor.

Una tarde Sonia estaba en casa y tenía al perrito en los brazos. Me acerqué a acariciarlo y, sin querer, mis manos rozaron sus pechos. Hubiera querido ser un degenerado, o haber estudiado para crápula. Ella no dio un paso atrás. Me miró, dejándose. Yo seguí: «Hola, perrito; hola, pinche perrito». Esa misma tarde, cuando se fue a despedir, otra vez sin querer —o quizás queriendo—, le invadí medio labio con el beso, y tampoco hubo señales de queja...

Era la del perrito, entonces, según Bernarda en la exposición de Marcos, bastante cambiada para apenas diez años —la mitad de nada—, sin esa alegría agresiva, a pesar de lo joven, como si hubiera ido y vuelto, estrellándose con cierta violencia en el regreso. Otros tiempos, claro. Y le pediré a Bernarda el teléfono, porque las cosas simplemente no pueden quedar así, en que no la reconocí y listo, a la misma que tantas noches me quitó el sueño.

Los jóvenes del paseo eran cuatro: Clarisa, Walter y otra pareja de vecinos nuevos, y aquel fin de semana en que los temores me derrotaron generando el áspero NO, les habían prestado dos cosas: una camioneta y una cabaña en Malinalco. Lo demás no lo recibieron en préstamo,

sino que tuvieron que comprarlo: unas botellas de ron, pollos rostizados y un paquetito de yerba *golden* para alivianar las horas, soltar el ánimo, exacerbar los sentidos y poder entonces captar realmente todas las dimensiones del mundo, cada uno de los esplendores con que la vida siempre intenta sorprendernos, poder volar, elevarse y respirar a pleno pulmón como si el aire en verdad fuera limpio, aun allá. Pero algunos ya sabíamos que la yerba es conveniente fumarla en paz, en casa, sobre territorio sólido y jamás en movimiento, porque entonces vienen los vuelos, a menos que sólo se quiera volar, volar, volar hasta las últimas moradas, que pueden hallarse en la curva del camino, o el fondo del océano.

No circulaban muchos autos aquella noche de domingo que se estaba acercando ya bastante a la mañana. Tampoco llovía, ni se levantaba niebla. El viaje pudo haber sido muy sereno. Pero ante una curva que limitaba con el abismo, debe haber persistido con terquedad el deseo de volar, tanto como para que la dirección de la camioneta permaneciera fija, sin girar, las ruedas continuaran su camino recto, y cuatro muchachos cantando emprendieran el vuelo feliz, luego la caída, el choque con la roca y el indefectible fuego.

A veces es bueno hacerle caso al miedo, te digo, Carla. ¿El destino está escrito, o lo va tejiendo la vida? Siempre recuerdo aquella serpiente atravesada por una flecha loca que le interceptó el camino. «Interceptar el camino», ¿qué es eso? Y te pregunto por qué razón te has cortado así el cabello y —sobre todo— por qué has implantado en tu cabeza esos rulos que no hacen juego

con tu mirada. De acuerdo, tales cosas pueden pasar y pasan, pero eso no significa que si dos personas más accedían, o lograban el permiso para plegarse al paseo, todo hubiera tenido que ocurrir de la misma forma. Es decir, no hay por qué darle gracias a Dios. Lo importante era estar todos juntos y entender las preguntas... También era importante ir a la embajada a firmar, ¿me comprendes?

Sonia me mira con interrogación mientras yo la miro con ciertas ideas dándome vueltas y no le respondo. Tomamos un express que he preparado en la cafetera italiana de tornillo. Antes de que llegara he tratado de disimular un poco el desorden del piso que ahora comparto con Eladio, el Gordito implacable, autor de ese mismo desorden y también de otros: discos desparramados por la alfombra que se va cubriendo de polvo, tazas vacías en cada mueble, en cada brazo de sillón, calcetines malolientes en los rincones, parches en la pared, hoyos en el suelo, humedades, oscuridad, todo lo sórdido que puede tener un departamento.

Ya le he contado a Sonia la historia completa de estos últimos diez años: los desajustes de la separación, justo cuando parecía que los nuevos desafíos planteados por el exilio nos habían dado fuerza y unido más, para llegar en cambio a este gran cansancio que permitía el desamor, que albergaba otro encuentro: Maira, esa especie de salvación transitoria que permite pensar «no estoy tan mal»; y mis viajes le he contado, las invitaciones que había recibido a París, Nueva York, San Francisco, Panamá y otros lugares que le fueron insuflando aire fresco a la

pesadez del destierro; y le he hablado de algunos de mis pequeños éxitos, novelas traducidas, uno que otro premio, y de los amores locos, la argentina preciosa y posesiva que cada mañana quería decidir el color de los calcetines que debía ponerme y que por un tiempo —corto— convirtió mi vida en un quilombo, como decía ella; de la tenacidad del dictador, que apretaba las tuercas y después de tantos años seguía matando; y del gran cansancio, también le hablé.

Ella también me ha dicho cosas de su joven vida, del rictus, la ausencia de sonrisa, la búsqueda brutal, aquí y allá, del orgasmo que sólo a veces llega, las angustias de ese compañero que viste pantalones de cuero y llora por las noches, de lo que para ella había significado el Búker.

Casi todo nos hemos dicho, como si nos conociéramos; y es casi la primera vez que hablamos.

—¿Te acuerdas de tu perrito? —digo.

Se ruboriza.

—¿Por qué me llamaste?

—En la exposición de Marcos no te reconocí.

—Me di cuenta.

—Unos días después, soñé contigo como eras entonces, con el perrito en brazos —la miro dentro de los ojos. Por primera vez sonrío. Entonces estiro la mano y acaricio su barbilla suave. Luego la beso.

La beso mirándola como si fuera entonces, en aquellas mismas tardes de lluvia en los Condesa cuando yo iba a buscar a Ángela a la academia de dibujo. Ese año en marzo, Ángela no regresó a Santiago con la Flaca.

Decidió quedarse en Ciudad de México y yo la había inscrito en la academia y en un instituto de enseñanza de inglés. También tomaba clases particulares de matemáticas y de guitarra. Un año escolar no significaba mucho, pensé. Pensamos. Aquí ganaría en otros aspectos. Era una chica a ratos solitaria, de pocas palabras, muy observadora y penetrante, de fuerte voluntad, y hasta esos momentos —puní pum pum catapuní puní pum, solía despertarme en las mañanas—, el padre parecía ser su gran amor y a él parecían dedicadas las canciones que cantaba a dúo con la Flaca, Alfonsina vestida de mar, yo era el rey de ese país y ya vendrán tiempos mejores, negro José. Ésa me gustaba mucho, porque de alguna manera, los tiempos no eran buenos.

Detenido el coche en doble fila, esperé mientras salían los alumnos, todos, todos salían menos Ángela. Entré a buscarla y me enteré de que esa tarde mi hija no había asistido a clases. La modelo terminaba de ponerse sus ropas. Volví al auto y regresé a los Condesa. En la puerta del edificio la encontré conversando muy entusiasmada con un muchacho greñudo, de expresión asustadiza.

—Hola, papito.

—Soy Jaime —dijo el muchacho.

Le di la mano mirándolo con desconfianza, casi con la certeza de que ya era, o sería pronto, el primer novio de mi hija menor, acaso su primer amor, o segundo, digamos, porque después de todo, hasta entonces, el primero había sido yo.

—¿No suben? —quise sonreír.

—Es que ya se va el «Enano» —dice Ángela.

—¿El enano?

—Así le dicen.

—¿Fuiste a dibujo?

—Claro.

—Bueno, te veo arriba. Adiós, «Enano», mucho gusto.

En la estancia amplia del departamento, Bernarda, la Flaca y Sonia bailaban música rock muy alegres, llenas de risa, la risa que Sonia aún no había perdido.

—Hola —me dicen al verme, sin dejar de caderear a lado y lado. Sonia me mira. Se pasa la lengua por los labios. Ya luego subirá Ángela y aclararemos las cosas. Que no haya ido a su clase me importa menos que la mentira.

En el dormitorio, Carla apenas levanta la vista del libro que lee, una novela de Saroyan que le regalé. Me la vendió el Búker.

—Saliste en la tarde —dice.

Me encojo de hombros, quitándome la chamarra con cierta rabia. Ya vislumbro lo que vendrá solapadamente y espero el «dónde fuiste», «con quién te juntaste», «en qué andas», buscándonos el odio.

Pero ahora sé que no era odio, Carla. Era algo mucho menos grave. Apenas era cansancio. La fatiga de todos esos años, de los continuos aplazamientos para el retorno, las pequeñas traiciones, las copas acumulándose cada noche. Un cansancio que era como la muerte misma y que se nos había metido vena adentro para hacernos mirar a otras esquinas, escuchar otros cantos, buscar la gracia de ojos distintos, de orgasmos con diferente sonido, de cabelleras

desconocidas. Pero odio no era, ahora lo sé. Aunque de pronto una tarde, sí hubiera tenido algo concreto que responder a las preguntas que empezaron a espolear tu curiosidad celosa. Algo como por ejemplo «fui al cine con Maira», «salí a caminar con Maira», «fui a tomar un café con Maira». Maira traía no sólo el aire fresco, el alkaseltzer para la dura resaca, traía también cierta posibilidad de recuperar esperanzas, de autoafirmarse al ritmo de las tristezas de Bolling o Piazzola, o de Susana Rinaldi cantando que a pesar de todo, dejándola abierta, verás que se cuele el sol por tu puerta, es decir, traía más que nada ese poco de voluntad necesario para seguir andando y no darlo todo por perdido. Trajo otra vez la ilusión del amor. Que me acostaba con Maira, jamás te lo habría dicho, tú sabes. Faltar a los códigos, no. Aunque el beso que desde tu auto me sorprendiste dándole en plena calle como quien encuentra una aguja en un pajar, fue de algún modo la ruptura del código. Y fue también otra ruptura, la del cántaro al agua, fue muchas rupturas que se enfrentaron desde tu trinchera a una ilusoria pasión que parecía mucho pero que no era, que al poco tiempo —después de las heridas, las lágrimas, del basurero abierto para los años que cierran un ciclo que seguía vigente— se rompe también, como una pompa de jabón, salpicando resplandores y perdiéndose en la más absoluta de las nadas, como si nunca... Si hubieras ido a firmar a la embajada; si no te hubieras encrespado el cabello; si hubieras llegado a casa un poco más temprano la tarde que en el momento preciso en que yo salía del edificio, iba pasando Maira por ahí, para mal de los pecados de toda una caterva de seres un tanto aburridos del aburrimiento del amor. Todo eso, sí, Carla. Pero odio no.

—¿Te acuerdas del Búker? —vuelve a preguntar Sonia, apartando la sábana que nos acalora. Después del café, vino el beso. Después lo demás. Recuerdo, claro, la mirada triste del Búker, la mugre incrustada en la piel de sus dedos, de sus brazos, de sus tobillos olvidados de calcetín, lo recuerdo mirándome desde la colchoneta en el suelo con una sonrisa apenada, muy sonrisa, sin uno que otro diente, con simpatía, una botella de tequila en la mano, con ausencia, sin temblores. En el suelo del caótico departamento-estudio que comparten Marcos, el Gordito Eladio y el «Enano» Jaime. Lo recuerdo cuando lo conocí, también, en una librería de Anzures leyendo un fragmento de sus primeros «rollos» con el habla trastabillante de mucho alcohol y esa mirada tan necesitada de afecto, y lo recuerdo la tarde en que llegó casi cayéndose a venderme una guitarra para regresar a la cantina, y los doscientos que le pasé sin guardarme la guitarra, a cuenta de algunos libros que me llevaría otro día. Le digo a Sonia que sí me acuerdo.

—Yo lo amaba —sigue—. Habría dado cualquier cosa por él.

No la miro. Imagino que la marcó la tristeza del Búker, el sinremedio de su alcoholismo, su expresión sin vuelta, y esa conmovedora ternura que solía ejercer con el prójimo. En el departamento-estudio, él me mira desde el suelo, semi echado en la colchoneta, y yo le digo a mansalva: «Te quieres matar, verdad», a secas, sin una pizca de compasión. Sonríe y bebe otro trago. «Hay maneras más rápidas», digo. Sonríe y bebe.

—Lo esperaba a la salida de las cantinas —sigue Sonia—, para acompañarlo hasta su casa.

O hasta su pocilga, pienso, recordando que cuando lo dejó su mujer, esas piezas se fueron convirtiendo en un basural de latas y botellas y colillas y papeles, y el polvo se fue asentando ahí con mucha propiedad. «Otras maneras —le digo—, como por ejemplo un balazo en la boca o un tajo en las venas». Me mira desde el suelo, sonrío y bebe. «Es mucho más seguro que este método».

—Lo llevaba hasta su puerta —sigue Sonia—, y ahí, en su confusión, él me miraba tomando mi cara con las dos manos y me daba un tierno beso con olor a tequila en los labios, y ése era mi premio mayor, todo a lo que podía aspirar un par de noches a la semana.

Quiero seguir hostilizándolo en un débil intento de hacerlo desistir, de evitar su suicidio definitivo. El «Enano» Jaime me corta el paso. «Déjalo, por favor —dice con respeto y angustia—, cada uno es dueño de matarse como quiera». Pero no de joder a los demás, pienso.

—Después —dice Sonia—, tenía que afrontar los castigos por llegar tarde a casa. Una vez mi padre me dijo que era una puta.

El «Enano» me mira con severidad y solicitud, como para que ya la corte y deje al Búker en paz, qué me meto, soy libre para irme, nadie me retiene ahí, por muy padre de Ángela que sea, por muy su «suegro», ¿entiendo? Deje en paz al cabrón Búker, que beba hasta la muerte y se mate como quiera, no lo chingue, ya está bastante mal, casi no puede estar peor, lo que es mucho, todo eso me dice con la mirada, tiene razón, pinche «Enano».

—Cuando murió —recuerda Sonia—, creí que se acababa el mundo, que me volvía loca y que nunca volvería a ver la luz —yo imagino al Búker cuando llega a la cantina a duras penas, casi a rastras, y desde el otro lado de la barra el mesero le avisa que su mujer ha regresado, que pasó por él y lo anda buscando, lo espera en casa. Lo veo llegando a su departamento en el desconcierto feliz, bañándose largamente en la tina lleno de sonrisa, y muriendo luego por la noche en brazos de la que amaba, la que un día lo dejó y ahora vuelve, muriendo como un ángel con la cara sucia.

—Si sólo hubiera podido estar con él al momento de su muerte —dice Sonia.

—¿Sabes cómo murió? —pregunto.

—De infarto.

—No. Murió de felicidad; por lo tanto confórmate.

Le robo una chupada a su cigarrillo. El humo no circula, se estanca, nos atrapa, y en ese momento sé que vamos a ser pareja, a seguir hasta que la muerte nos separe y todo eso. Empiezo nuevamente a mordisquear sus pezones, coloco una de mis manos en su sexo y le abro ligeramente las piernas; los dedos de sus pies me acarician y mi boca desciende vientre abajo hasta detenerse ahí. Sudan los cuerpos. Se me antoja una pregunta seria y definitiva sobre ese joven compañero que llora por las noches. Decido dejarla para después y sigo concentrado, como si fueras tú, Carla, otra vez tú, mirándome con tristeza cuando saliendo definitivamente de nuestra habitación, te digo que me voy. Al pasar frente al cuarto de las niñas, escucho a Jaime y Ángela entonando juntos

*¿Dónde están todas las flores, dónde se han ido? Sigo. Me detengo también frente al living, donde Bernarda, la Flaca y Sonia cantan esa otra en inglés, que se le entremezcla y parece calzarle como anillo al dedo: *The answer, my friend, is blowing in the wind, the answer is blowing in the wind.**

EN NAIROBI, KENYA

La bailarina de Uganda

Al llegar de la excursión que hicimos a la reserva, un poco mareado de tantas cebras y jirafas, de la mirada tímida y la carrera alada de gacelas y venados, de los haces de sol perforando violentamente las nubes bajas y densas, de los colores opulentos de las aves, en fin, me zampé a la rápida un bistec con arroz y decidí subir al grill del segundo piso a esperar lo que viniera, aunque para no engañar a nadie tendría que decir, mejor, a buscar una de esas buenas ocasiones de trabar amistades provechosas a la soledad de un viajero más o menos aburrido. Iba cruzando ya el vestíbulo del hotel para alcanzar la escalera, cuando la acompañante brazo a brazo de un inmenso vikingo, una chica afro-hindú, me miró dibujándome un beso con los labios. Me pregunté que cómo podía ser tan puta, ¡si iba saliendo con el tipo del brazo! Pero su gesto maligno me dejó un tanto inquieto y más predispuesto todavía a convertirme en presa de cualquier garra que decidiera echármese encima. Conté los peldaños mientras subía, y al encontrarme en el centro de mi meta, busqué una mesa tímida, arrinconada, que me permitiera no llamar la atención. Te sientes incómodo cuando varias mujeres a la vez comienzan a preocuparse exclusivamente de lo que haces, guiñando el ojo, disparando besitos, llamando con la mano y mostrando los dientes blancos contra el fondo oscuro de la piel, contra el brillo negro de los labios.

Pedí una cerveza y me puse a leer hipócritamente un pocket book de galaxias y naves espaciales que aún no me clavaba el anzuelo. Digo «hipócritamente» porque la verdad es que ahí no se podía leer. Lo que sí se podía era fingir, usar un libro como pretexto, como un escudo, como una especie de insecticida, o de lepra, mirando hacia todos lados sin llamar la atención, haciéndose el muy concentrado, el fanático lector a quien nada le interesa más allá de las historias de su texto

Sentadas al mesón del bar, tomaban cerveza varias parejas bulliciosas que podrían haberse descrito como radiantes de alegría. También en algunas mesitas había parejas que contribuían muy en serio a llenar de humo el ambiente. Y en otras, salpicadas allí y allá, espléndidas mujeres solas corrían ojo sin timideces. Un par de blancos de aspecto fresco, recién duchados quizás, de peinados todavía húmedos, escudriñaron bien el lugar y luego se dirigieron cada uno a una de las mesas ocupadas por mujeres solas. Dos ancianos europeos completaban el cuadro poniendo la nota desafinada. Tal vez, recién llegados, ignoraban que el «decente» era el grill del primer piso y no éste. Las mujeres, entre los veinte y los treinta, calculo, se veían en general hermosas, derrochaban colores vivos a lo «reina del trópico», hablaban en voces muy altas y reían casi a gritos

Me sirvieron la cerveza y continué mi teatro hipócritamente, igual que antes, porque si bien el fin inmediato de mi libro podía ser la autodefensa, la posibilidad de observar sin ser observado, no dejaba, en otro sentido, de expresar también las señales de un temor hacia algo que no

sólo se temía, sino que se deseaba a la vez. Por eso, cuando llevaba unas tres cervezas y debiera haber avanzado por lo menos cuatro capítulos del libro que no estaba leyendo y la negra de pañuelo floreado pasó contoneándose frente a mi mesa, le sostuve la mirada, a la espera del ataque.

—¿Qué haces tan solo? —abrió fuego.

—Leo —me defendí monosilábico.

—¿No te gusta conversar, reír un poco? Eres un solitario. ¿O quizás eres huraño?

—Sólo estoy leyendo —le dije—. ¿Hay algo de malo en eso? Pero si quiere podemos conversar, si usted me acepta una cerveza.

—Gracias. Iba camino al toilette. Vuelvo.

Cuando volvió, dejé rápidamente el libro, me puse de pie a lo caballero y «asiento, por favor».

—¿Una cerveza? —pregunté para que no fuera a ocurrírsele pedir alguna de esas bebidas sofisticadas que en cualquier bar del planeta cuestan un ojo de la cara.

—Una cerveza, sí. Muy buena.

Y sentada frente a mí, le lanzó a estos ojitos relativamente asombrados una sonrisa apoteósica.

—¿Americano? —preguntó.

—Frío frío.

—¿De dónde? —parecía bastante desilusionada de que no fuera «americano».

—Adivina.

—¿Inglés? —sonrisa.

—No, no, siempre frío.

—¡Griego! Entonces tienes que ser griego. Yo estuve en Atenas...

Hasta Grecia parecía llegar su imaginación geográfica. Bonita cara, linda sonrisa. ¿Qué podía haber estado haciendo en Atenas?

—No. Soy de América Latina —le dije de una vez, para terminar ya con esas estúpidas adivinanzas—. De Chile.

—¿De Chi...?

—Chile.

—Ajá. América.

—¿Y tú?

—De Uganda.

—¿Y qué haces por aquí?—. Era una pregunta de veras deprimente.

—Bueno, bailo. Estoy en una compañía.

—¿En cuál? —ahora la pregunta era doblemente estúpida, considerando que yo apenas llevaba tres días en Nairobi, y que no conocía ninguna compañía, y por último que las compañías me importaban un pepino.

Respondió algo que no entendí y me acordé de que si no quieres que te contesten huevadas, no preguntes huevadas.

—¿Y dónde bailas? —seguí.

—Bailo y canto.

—¿En qué parte?

—Es que ahora ya terminó nuestro contrato —otra sonrisa kilométrica. Se la correspondo ampliamente.

—Preguntaba porque me hubiera encantado verte bailar. Me gustan mucho las danzas... —no se me ocurría las danzas qué— ... las danzas...

—Puedo bailar para ti. Especialmente —bueno, poniéndole firme el traste a la jeringa, aquí venía el trato—. Este hotel es muy bueno —siguió la negra—. Aquí nadie se preocupa. Mucha libertad. Mucha discreción.

Le expresé con otra sonrisa enormemente tierna que yo no era hombre de billetes. Me mira a lo ofendida, qué me figuro. Ella no, ella no es como las de Kenya. Las de Uganda son distintas. Da una mirada a su alrededor señalándome a todas las preciosas negritas circundantes. Ella no. Que yo le gusto, que así es la cosa, pero que también tiene una hija y la está educando, muy caro eso, pero de todos modos ella no es igual, jamás se mete con africanos de modo que es limpia y sana a toda prueba, es decir, sólo porque de por medio está su hija, cien chelines, pero si no, ¡no! No es de Kenya. Aprieto los botones de mi calculadora mental y en breve los cien chelines me anotan la apreciable cifra aproximada (diez igual setenta, cinco igual treinta y cinco: ciento cinco igual quince) de quince dólares, mientras otra sección de la útil computadora interna que me dejaron los años de colegio, repite indeclinablemente que soy un puro huevón, que por buena que sea la negra, ni ganas tengo de encamarme, pero que ahí estoy, arriesgando un par de preciosas balas de la cartuchera, medio comprometido ya, porque ahora qué

—¿Y qué edad tiene tu hija?

—Bueno, yo ya no soy una niña.

—Eres joven.

—Pero no una niña. Por eso hablo de cien chelines solamente.

Se me vino la imagen de la afro-hindú que tiró aquel beso cuando salía del brazo con un tipo bastante «nórdico». Bueno, ella sí era una niña, no tendría más de diecisiete.

—Eres joven y eres bonita —le dije—. Y me gustas.

Se lo dije porque era joven y bonita. Y porque me gustaba. Me gustaba su risa, me gustaba su gracia, su piel oscura y suave.

—Okey —sacó finalmente las tenazas—, sabes, no es bueno que estemos aquí tanto rato. Subamos a tu pieza.

—Si quieres vamos y te convido un poco de whisky —dije—. Pero de los cien chelines, ni hablar.

—Vamos primero. Lo importante es salir de aquí, porque todas éstas me tienen mala voluntad debido a que soy de Uganda y no como ellas, sino distinta.

Tendría que haber sido un técnico de mucha experiencia y especialización para captar cuál era la diferencia entre ser de Uganda o no.

—Soy de Uganda —repitió—. Muy limpia. Ningún cuidado conmigo.

No sé por qué tardé tanto en darme cuenta de que la cerveza (son grandes las botellas) y lo que pudiera haber bebido antes ya le estaba haciendo burbujas en su cerebro ugandés.

—Vamos —dijo. Estábamos de pie y me tomó de un brazo y mientras cruzábamos ese salón hacia la escalera me sentí pésimo, como si todos los ojos del piso se me estuvieran clavando en la espalda, en la frente, en la pupila, como si toda sonrisa visible fuese una mueca irónica que me dirigían para premiar la majestuosa torpeza que estaba desplegando, porque a cuentos claros, había que ser bien huevón para ir subiendo la escalera con una negra que a lo mejor ni era de Uganda, colgada de tu brazo y balanceando una cartera que debía ser lo suficientemente amplia para que cien chelines no dejaran de caber, de modo que ¡no!, me dije entonces, y volví a insistirle en que íbamos a mi pieza a tomar whisky, sin otros compromisos.

El par de vasos de *scotch* bien nutridos con que nos festejamos en mi dormitorio nos soltó a los dos la lengua, y las manos comenzaron pronto su juego fatal de botones y cierres y como lo de los cien chelines tampoco parecía importarnos demasiado, aproveché para decirle que lo más que tenía eran seis dólares, en dólares, y que eso significaba unos cuarenta chelines y que se lo advertía sin tardanza como honrado que era desde chiquito para que no se hiciera muchas ilusiones y pudiese, en fin, disponer de su tiempo, pero no, a ella yo le gustaba, dijo, con chelines o sin chelines y al menos estaba segura, sabía, sabía que los «americanos» éramos gentes decentes y no como otros, que ya, pues, ya, que me desvistiera porque quería pronto hacer foqui-foqui conmigo, que no éramos como los italianos, bandidos, desgraciados, que una vez a ella y a su amiga las llamaron a bordo de un enorme navío en Mombasa y después de hacerlas tomar más de un poco de ginebra seco y de darles como caja uno y otro, al amanecer, antes del zarpe, las tiraron al agua para evitarse el pago. El cadáver de la amiga lo encontraron flotando cerca de la playa, pero ella se salvó porque sabía nadar, sí, los americanos nunca hacían eso y, de seguro, pensé, las habrían lanzado por la borda cantando *O solé mío* los muy hijos de puta, y por eso no le gustaban los puertos, aunque se ganaba mucho, sí, pero la verdad es que con los marineros nunca se sabía. Ahora, al menos, ya estaba prohibido que subieran las mujeres a los barcos, porque, oyéralo bien, ellas no habían sido ni las primeras ni las últimas víctimas de ese siniestro pirataje, y su amiga se llamaba Rose y por lo menos una vez al año le llevaba flores al cementerio y qué rico era yo, qué buen sexo, pero como los oficios son los oficios, qué lástima, a lavarse y a vestirse

y a contar los billetitos. Se disiparon las lágrimas vertidas por la memoria de Rose y tuve ganas de hacer como el marinero bachicha y arrojarla ventana abajo en el mismo momento en que me dijo que era necesario que la acompañara hasta el primer piso y saliera con ella del hotel porque si se iba sola, en «Recepción» la atajaban y tenía que pagar, entendí, una especie de peaje, cuota de tránsito. Tercera imagen de la afro-hindú saliendo con el vikingo. No fuera esta negra del diablo a lanzarle un beso a nadie al salir, porque la mataba.

—No pienso vestirme —le dije tentativamente.

—Pero es necesario —lo medio cantó con tal tristeza, que habría que haber sido un desalmado para negarse, de modo que antes de otra palabra, ya tenía puestos los calzoncillos.

Salimos del brazo y al pasar frente a «Recepción» miré de reojo a los tipos furiosos, tragándose de veras el buey. Afuera llovía. La ugandesa subió a un taxi y me dio desde dentro las gracias. Se había arrancado mi sueño y me propuse escribir un par de cartas. Al pasar de nuevo hacia el ascensor, no les dirigí ni la más mínima mirada a los tipos de «Recepción». Los llamaría de arriba para que me mandaran una mineral y hielo. No hacía calor, llovía, tenía media botella de whisky y, bueno, en la tarde me había andado codeando con los leones, las jirafas y las avestruces. Para un solo día, de sobra. Ni reflexionar era preciso. Por supuesto que no escribí ese par de cartas. Y por supuesto que al echarme otra vez sobre la cama revuelta, me dije complacido que era una buena cosa no haberse topado al salir con algún tipo capaz de arrancarle un besito a la ugandesa. Porque la mato.

Índice

